

Procopio de Cesárea

HISTORIA SECRETA

CLÁSICOS DE HISTORIA 79

PROCOPIO DE CESÁREA

HISTORIA SECRETA

ÍNDICE

PROEMIO.....	3
I. CÓMO EL GRAN GENERAL BELISARIO FUE CEGADO POR SU ESPOSA.....	4
II. CÓMO LOS TARDÍOS CELOS AFECTARON EL JUICIO MILITAR DE BELISARIO.....	6
III. EL PELIGRO DE ENCONTRARSE CON LAS INTRIGAS DE UNA MUJER.....	9
IV. CÓMO TEODORA HUMILLÓ AL CONQUISTADOR DE ÁFRICA E ITALIA.....	11
V. CÓMO TEODORA ENGAÑÓ A LA HIJA DEL GENERAL.....	14
VI. IGNORANCIA DEL EMPERADOR JUSTINO, Y CÓMO SU NIETO JUSTINIANO ERA EL VIRTUAL GOBERNANTE.....	17
VII. ULTRAJES DE LOS AZULES.....	19
VIII. CARÁCTER Y APARIENCIA DE JUSTINIANO.....	22
IX. CÓMO TEODORA, LA MÁS DEPRAVADA DE TODAS LAS CORTESANAS, GANÓ SU AMOR.....	24
X. CÓMO JUSTINIANO PROMULGÓ UNA NUEVA LEY QUE LE PERMITÍA CASARSE CON UNA CORTESANA.....	27
XI. CÓMO EL DEFENSOR DE LA FE ARRUINÓ A SUS SÚBDITOS.....	29
XII. PROBANDO QUE JUSTINIANO Y TEODORA ERAN REALMENTE DEMONIOS CON FORMA HUMANA.....	32
XIII. AFABILIDAD Y PIEDAD ENGAÑOSAS DE UN TIRANO.....	35
XIV. JUSTICIA EN VENTA.....	37
XV. CÓMO LOS ROMANOS SE CONVIRTIERON EN ESCLAVOS.....	39
XVI. QUÉ LES OCURRÍA A AQUELLOS QUE CAÍAN EN DESGRACIA ANTE TEODORA.....	41
XVII. CÓMO SALVÓ A QUINIENTAS PROSTITUTAS DE UNA VIDA DE PECADO.....	43
XVIII. CÓMO JUSTINIANO MATÓ A UN TRILLÓN DE PERSONAS.....	46
XIX. CÓMO SE APODERÓ DE LA RIQUEZA DE LOS ROMANOS Y LA MALGASTÓ.....	49
XX. DEGRADACIÓN DE LA CUESTURA.....	51
XXI. EL TRIBUTO DEL AIRE, Y CÓMO A LOS EJÉRCITOS FRONTERIZOS SE LES PROHIBIÓ CASTIGAR A LOS INVASORES BÁRBAROS.....	53
XXII. OTRAS CORRUPTELAS EN LOS ALTOS CARGOS.....	55
XXIII. CÓMO LOS TERRATENIENTES FUERON ARRUINADOS.....	58
XXIV. INJUSTO TRATO A LOS SOLDADOS.....	60
XXV. CÓMO ROBÓ A SUS PROPIOS OFICIALES.....	63
XXVI. CÓMO EXPOLIÓ LA RIQUEZA DE LAS CIUDADES Y SAQUEÓ A LOS POBRES.....	65
XXVII. CÓMO EL DEFENSOR DE LA FE PROTEGÍA LOS INTERESES DE LOS CRISTIANOS.....	68
XXVIII. SU VIOLACIÓN DE LAS LEYES DE LOS ROMANOS, Y CÓMO LOS JUDÍOS FUERON MULTADOS POR COMER CORDERO.....	70
XXIX. OTROS INCIDENTES QUE LO MUESTRAN COMO UN MENTIROSO Y UN HIPÓCRITA.....	72
XXX. OTRAS INNOVACIONES DE JUSTINIANO Y TEODORA, Y UNA CONCLUSIÓN.....	74

PROEMIO

Al narrar cuanto ha llegado a sucederle hasta ahora al pueblo Romano en las guerras, expuse en orden todas sus acciones, en la medida en que me resultaba posible, de acuerdo con los tiempos y los escenarios correspondientes. Sin embargo ya no voy a organizar de este modo los sucesos posteriores, puesto que a partir de este momento me propongo escribir todo cuanto haya podido suceder en cualquier parte del imperio Romano. La razón de ello es que no era sin duda posible consignar esos sucesos del modo en que debe hacerse cuando todavía estaban vivos sus actores. No era en efecto posible ni pasar inadvertido al gran número de espías ni ser descubierto sin padecer una muerte miserable, pues ni siquiera podía confiarme a los familiares más próximos, antes bien me vi obligado a ocultar las causas de muchos de los acontecimientos mencionados en los libros precedentes.

Será por lo tanto preciso que en este punto de mi obra revele lo que hasta el momento se había silenciado, así como las causas de lo que he expuesto previamente. Pero ahora que me encamino a otra empresa, en cierto modo ardua y terriblemente difícil de superar, la de las vidas de Justiniano y Teodora, resulta que me encuentro temblando y me echo atrás en buena medida cuando considero que esto que habré de escribir en este momento pueda parecer increíble o inverosímil a las futuras generaciones; especialmente, cuando el tiempo, en su largo flujo, haya avejentado mi relato, temo cosechar la reputación de un mitógrafo y ser incluido entre los poetas trágicos. No voy a acobardarme ante las dimensiones de mi tarea, pues confío sin duda en que mi libro no va a carecer del apoyo de testigos. Pues los hombres de hoy, al ser los más capacitados testigos de los sucesos, transmitirán fidedignamente a los tiempos venideros la credibilidad que éstos les merecen.

A pesar de ello, en numerosas ocasiones me retuvo otra reflexión durante largo tiempo a pesar de que estaba ansiando escribir este libro. Consideraba en efecto que esta obra resultaría inconveniente a las generaciones futuras, porque antes conviene que las más viles acciones sean desconocidas para la posteridad, que el que lleguen a oídos de los tiranos y susciten en ellos el deseo de emularlas. Pues a la mayor parte de los que sustentan el poder siempre es fácil que la ignorancia les mueva fácilmente a imitar las malas acciones de sus antepasados, y así se sienten invariablemente atraídos, de una forma natural y espontánea, por los crímenes cometidos por los más antiguos. Sin embargo, al final una consideración me llevó a redactar la historia de estos hechos: el pensar que los tiranos que vengan luego tendrán clara conciencia, en primer lugar de que no es improbable que les sobrevenga un castigo por sus crímenes -justamente lo que llegaron a padecer estos hombres-, y además, de que sus acciones y caracteres quedarán para siempre consignados por escrito: tal vez así sean por este mismo motivo más reacios a la hora de transgredir las leyes. Pues ¿quién entre los hombres venideros podría conocer la licenciosa vida de Semíramis o la locura de Sardanápalo y Nerón, si no hubieran dejado recuerdo de estas cosas los escritores de entonces? Especialmente a aquellos que padezcan idéntico destino, si es que esto ocurriese, a manos de los tiranos, no les dejará sin duda de ser útil oír este relato, pues los que se ven envueltos en la desgracia acostumbran a consolarse con el pensamiento de que los males no les sobrevienen sólo a ellos. Por estas razones, pues, procederé en primer lugar a decir cuántas infamias cometió Belisario y luego expondré también cuántas infamias cometieron Justiniano y Teodora.

I. CÓMO EL GRAN GENERAL BELISARIO FUE CEGADO POR SU ESPOSA.

El padre de la esposa de Belisario, una señora a la que he mencionado en mis libros precedentes, fue (al igual que lo fue su abuelo) cochero, ejerciendo este oficio en Constantinopla y en Tesalónica. Su madre fue una de las mujeres, que de reputación dudosa, se dedicaban al teatro; y ella misma desde el primer momento llevó una vida completamente frívola. Familiarizada con las sustancias mágicas usadas por sus padres antes que ella, aprendió cómo usar aquellas que sometían voluntades y se convirtió en la dañina esposa de Belisario, después de haber parido ya a muchos niños.

Fue una esposa infiel desde el comienzo, pero tenía cuidado de encubrir sus indiscreciones usando de las usuales precauciones; no por estar avergonzada de sus prácticas ni por albergar algún temor hacia su esposo (pues ella nunca sintió vergüenza de nada y lo engañaba fácilmente con sus artimañas mágicas), sino porque temía el castigo de la Emperatriz, pues Teodora la odiaba y le había enseñado sus dientes. Pero cuando esta Reina se vio implicada en dificultades, se ganó su amistad ayudándola, primero a destruir a Silverio, tal como se relatará en este trabajo y después a causar la ruina de Juan de Capadocia, como he relatado en otro lugar. Después de esto, se hizo más y más despreocupada y, apartando de sí todo disimulo, se abandonó a los placeres.

Había un joven de Tracia en la casa de Belisario: Teodosio de nombre, y de la herejía eunomia, la cual habían profesado sus padres. Cuando estaba a punto de llevar a cabo su expedición a Libia, Belisario bautizó a este muchacho con el agua bendita y lo recibió con los brazos abiertos como miembro de su familia de ahí en adelante, acogiéndolo con su esposa como a su hijo, de acuerdo con el rito cristiano de adopción. Y Antonina no sólo abrazó a Teodosio con el cariño razonable que se tiene a un hijo por la santa palabra, y lo mantuvo así cerca de sí, sino que pronto, mientras su marido estaba ausente en campaña, se enamoró sobremanera de él; y enajenada de sus sentidos por este mal, depuso de todo miedo y vergüenza ante Dios y los hombres. Comenzó ella gozando de él ocultamente, y terminó regalándose con él en presencia de los sirvientes y las criadas. Porque estaba ya poseída de pasión y abrumada claramente por el amor, no podía ver ningún obstáculo a su consumación.

En cierta ocasión, en Cartago, Belisario los sorprendió en el acto, pero consintió en ser engañado por su esposa. Encontrando a los dos en una habitación subterránea, se airó mucho; pero ella le contestó, sin mostrar miedo ni tratando de ocultar nada, «Vine aquí con el chico para enterrar la parte más valiosa de nuestro botín, donde el Emperador no lo descubrirá». Así respondió a modo de excusa, y él olvidó el asunto como si la hubiera creído, incluso cuando vio los pantalones de Teodosio desceñidos algo inmodestamente. Pues tan prisionero estaba del amor de esta mujer, que prefirió desechar las pruebas contempladas por sus propios ojos.

Como su locura progresaba a un grado indescriptible, aquellos que veían a donde estaba llegando guardaron silencio, salvo una esclava, de nombre Macedonia. Cuando Belisario estaba en Siracusa tras de haber conquistado Sicilia, le hizo a su amo jurar solemnemente que no la traicionaría a ella ni a su amante, y entonces le contó toda la historia, presentando como testigos a dos jóvenes esclavos que atendían el dormitorio.

Cuando oyó esto, Belisario ordenó a uno de sus sirvientes matar a Teodosio; pero éste supo de ello a tiempo de poder huir a Éfeso. Porque la mayoría de sus esclavos, instados por la debilidad de carácter de este hombre, estaban más dedicados a agrandar a su esposa que a mostrarle lealtad, y así incumplieron la orden que les había dado en lo concerniente a Teodosio. Pero Constantino, cuando vio la pena de Belisario por lo que le había sucedido, se compadeció de él enteramente y le comentó, «Yo habría intentado matar a la mujer antes que al muchacho». Antonina escuchó esto, y

albergó contra él odio secretamente, para que, cuando hubiere ocasión, hacer manifiesto el odio que guardaba contra él. Pues era un escorpión que podía ocultar su picadura.

Así no mucho después de esto, por sus encantamientos o filtros o caricias, persuadió a su marido de que las acusaciones contra ella eran falsas. Sin mayor dificultad ni dilación envió una carta a Teodosio para que volviera, y prometió entregar a Macedonia y a los dos jóvenes esclavos a su mujer. Ésta, se dice, primero les cortó cruelmente la lengua y luego descuartizó sus cuerpos en pequeños trozos que fueron metidos en sacos y arrojados al mar. Uno de sus esclavos, Eugenio, que ya había participado en la perdición de Silverio, la ayudó en su crimen.

Y no fue mucho después de esto Belisario fue disuadido por su esposa para matar a Constantino. Lo que ocurrió en este tiempo en relación a Presidio y las dagas lo he narrado en mis anteriores libros. Pues mientras que Belisario habría preferido dejar a Constantino en paz, Antonina lo dejó en paz hasta que se vengó, como acabo de repetir. Y como resultado de este asesinato, se despertó una gran enemistad contra Belisario en los corazones del Emperador y de todos los notables Romanos.

Así iban los asuntos. Pero Teodosio dijo que no podía regresar a Italia, donde Belisario y Antonina permanecían ahora, a menos que Focio fuera expulsado. Pues este Focio era de esa clase de hombres que mordería si alguien consiguiera ser mejor que él en alguna cosa, y tenía razón de estar invadido por la indignación contra Teodosio. Aunque aquel era un hijo legítimo, estaba totalmente olvidado mientras que Teodosio incrementaba su poder y riquezas: dicen que de los dos palacios de Cartago y Rávena Teodosio había tomado un botín que se contaba en cien centenarios, puesto que le había sido dado a él sólo la gestión de aquellas propiedades de las que se habían apoderado.

Pero Antonina, cuando supo de la decisión de Teodosio, nunca dejó de tender trampas a su joven hijo Focio y concebir proyectos maléficos contra su persona, hasta que aquel vio claro que tendría que escapar a Constantinopla si quería vivir. Entonces Teodosio vino a Italia y se reunió con ella. Allí permanecieron entregándose a su amor, sin impedimentos del marido complaciente; y después regresó en compañía de ambos a Constantinopla. Aquí Teodosio llegó a estar tan preocupado de que el asunto llegara a ser de público conocimiento, que estuvo cerca de perder la razón. Vio que sería imposible engañar a todos, ya que la mujer no era de lejos capaz de ocultar su pasión y satisfacerla con discreción, ni reflexionaba en absoluto del hecho de que fuera de hecho y de reputación entendida por adúltera.

Por tanto, fue a Éfeso, y habiéndose tonsurado según el rito religioso, se hizo monje. Con lo cual Antonina, perturbada por su pérdida, mostró ostensiblemente su pena poniéndose de luto; ¡y daba vueltas por la casa chillando y gimiendo, lamentándose incluso en presencia de su marido qué buen amigo había perdido, qué fiel, qué cariñoso, qué amoroso, qué vigoroso!. Al final, incluso su esposo se unió a ella en su dolor. Y el pobre infeliz lloró también, llamando a su querido Teodosio. Finalmente Belisario fue incluso al Emperador y rogó a éste y a la Emperatriz, hasta que éstos consintieron en llamar a Teodosio de vuelta, como a uno que era y siempre sería imprescindible en la casa de Belisario.

Pero Teodosio rehusó abandonar su monasterio, diciendo que estaba completamente convencido en entregarse para siempre a la vida en clausura. Esta noble declaración, con todo, no fue del todo sincera, ya que era sabedor de que tan pronto Belisario dejara Constantinopla le sería posible reunirse en secreto con Antonina. Lo que, de hecho, así hizo.

II. CÓMO LOS TARDÍOS CELOS AFECTARON EL JUICIO MILITAR DE BELISARIO.

En efecto, pronto Belisario partió para luchar contra Corroes, y tomó a Focio con él; pero Antonina quedó en Bizancio, aunque esto era contrario a su costumbre. Ella siempre había preferido viajar adondequiera que su marido fuera, para que éste, estando solo, no entrara en razón y, olvidando sus sortilegios, pensara de ella tal y como se merecía. Pero entonces, para que Teodosio pudiera tener de nuevo libre acceso a ella, planeó una vez más cómo librarse de Focio para siempre. Sobornó a algunos de los guardias de Belisario para que difamaran e insultaran a su hijo todo el tiempo; en tanto ella, escribiendo cartas casi todos los días, lo denunciaba, y así cargó con todo contra él. Obligado por todo esto a contraatacar contra su madre, Focio consiguió que un testigo viniera de Constantinopla con pruebas del trato de Teodosio con Antonina y lo llevó ante Belisario y le ordenó contar toda la historia.

Cuando Belisario lo escuchó, se airó en extremo, cayó a los pies de Focio, los besó, y le rogó que vengara a uno que había sido tan agraviado por aquellos que menos tendrían que haberlo tratado así: «Mi carísimo hijo», dijo, a tu padre, quienquiera que fuera, nunca has conocido, pues te abandonó en el pecho de tu madre cuando su vida tocó a su término. Ni te has beneficiado incluso de sus bienes, puesto que no fue bendecido por la riqueza. Pero criado por mí, aunque era solamente tu padrastro, has alcanzado una edad en la que puedes vengar mis males. Yo, que te he criado en el rango consular y dado la oportunidad de adquirir tales bienes, puedo llamarme tu padre y madre y completo pariente, y tendría razón, hijo mío. Pues no es por el parentesco de sangre, sino por los hechos amistosos que los hombres han solido medir y ponderar sus lazos los unos con los otros.

»Ahora ha llegado la hora, en que debes sólo mirar por mí en la ruina de mi casa y la pérdida de mi mayor tesoro, pero como uno que comparte la vergüenza de su madre en la reprobación en que incurre ante los ojos de todos. Y considera también, que las faltas de las mujeres ofenden no sólo a sus maridos, sino que afecta incluso más amargamente a sus hijos, cuya reputación sufre más por esta razón, que se espera que hereden el carácter de aquellos de los que nacen.

»Recuerda ya esto de mí, que aún amo a mi esposa sobremanera; y si está en mi mano castigar a la destructora de mi casa, no le haré ningún daño. Pero mientras Teodosio esté presente, no puedo perdonar esta acusación que pesa contra ella».

Cuando hubo oído esto, Focio convino en servirle en todo; pero al mismo tiempo estaba temeroso de que algún problema pudiera venirle de esto, ya que tenía poca confianza en la fuerza de voluntad de Belisario, cuando era su esposa la que estaba de por medio. Y entre otras tristes alternativas, recordó con disgusto qué había ocurrido con Macedonia. Así obligó a Belisario a prestar todos los juramentos que son más sagrados y vinculantes entre los Cristianos, y cada uno juró no traicionar al otro, incluso en el peligro más mortífero.

Entonces decidieron que por el momento no había llegado la ocasión de actuar. Pero tan pronto que Antonina llegara de Constantinopla y Teodosio regresara a Éfeso, Focio iría a Éfeso y tendría a su disposición a Teodosio y sus bienes.

Fue en este tiempo en que habían invadido Persia con todo el ejército, y entonces le ocurrió a Juan de Capadocia lo que está escrito en mis trabajos precedentes. Aquí tuve que silenciar un asunto por prudencia, a saber, que no fue sin maldad que Antonina engañó a Juan y a su hija, y mediante muchos juramentos, que los cuales más reverenciados por los Cristianos no hay, les indujo a que confiaran en ella como en alguien que nunca les haría daño. Después de que hubiera hecho esto, sintiéndose más confiada que antes en la amistad de la Emperatriz, envió a Teodosio a Éfeso, y ella misma, sin sospecha de oposición, partió al Este.

Belisario acababa de expugnar la fortaleza de Sisaurano cuando le fueron traídas noticias de que ella venía; y él, considerando sin importancia todo lo demás, dispuso que el ejército se retirara. Porque ocurrió, como he mostrado en otra parte, que otras cosas habían sucedido en la expedición que influyeron en él para dar esa orden de retirada, pero, como dije en el prefacio de este libro, no era seguro para mí en ese tiempo comentar todos los motivos subyacentes de esos eventos. Se hizo a consecuencia de ello acusación contra Belisario por todos los Romanos puesto que había puesto los asuntos más urgentes del estado por debajo de los intereses menores de su casa. Pues el hecho fue que, poseído por una celosa pasión por su esposa, estaba poco dispuesto a avanzar más desde el territorio Romano, de modo que tan pronto supiera que su esposa estaba de camino desde Constantinopla, pudiera inmediatamente apoderarse de ella y vengarse de Teodosio.

Por esta razón ordenó a las fuerzas bajo Aretas cruzar el Río Tigris; y regresaron a casa, no habiendo logrado nada digno de mención. Y él mismo tuvo cuidado de no abandonar la frontera Romana por mucho más que a una hora de camino. De hecho, la fortaleza de Sisaurano, yendo por la calzada de la ciudad de Nisibis, no está a más de un día de jornada para un hombre que tenga un buen caballo desde la frontera Romana; y por otra vía sólo hay la mitad de distancia. Así si hubiera deseado empezar a cruzar el Tigris con todo su ejército, creo que podría haber tomado todo el botín en el país de Asiria, y haber marchado hasta la ciudad de Ctesifonte, sin que nadie pudiese habersele opuesto. Y podría haber rescatado a los cautivos Antioquenos y a cualesquiera otros Romanos desafortunados que habían sido llevados allí, y haberlos devuelto a sus tierras de origen.

Además, fue culpable de que Cosroes pudiera volver sin impedimento a su tierra desde la Cólquide. Cómo ocurrió lo explicaré a continuación. Cuando Cosroes, hijo de Cabades, al invadir la tierra de Cólquide, logró no sólo lo que he narrado en otro lugar, sino también capturar Petra, una gran parte del ejército de los Medos fue destruido, ya en la batalla, ya por la dificultad del terreno. En efecto, Lazica, como he explicado, carece casi de calzadas y es muy montañosa. También la peste, cayendo sobre ellos, había diezmando buena parte del ejército, y muchos murieron por falta de alimento y cuidados. Fue en este tiempo que ciertas personas vinieron de Persia con nuevas de que Belisario, habiendo vencido a Nabedes en batalla ante la ciudad de Nisibis, se estaba aproximando; que había expugnado por asedio la fortaleza de Sisaurano, capturado a punta de espada a Blescames y a ochocientos jinetes Persas; y que había enviado un segundo ejército Romano al mando de Aretas, caudillo de los Sarracenos, a cruzar el Tigris y saquear toda la tierra allá donde hasta entonces no había conocido tal peligro.

Sucedió también que el ejército de Hunos que había Cosroes enviado a la Armenia Romana, como maniobra de diversión de modo que los Romanos no conocieran su expedición a Lazica, se había encontrado con Valeriano y sus Romanos, como otros nuncios entonces refirieron; y que aquellos bárbaros habían sido estrepitosamente batidos en batalla, y la mayoría de ellos muertos. Cuando los Persas escucharon esto, decayeron en verdad de espíritu por su mala fortuna entre los Lazios, temieron entonces que se encontrarían con un ejército hostil dadas las presentes dificultades, entre precipicios y yermos, y perecerían todos en el desorden. Y temieron también por sus hijos, esposas y su país; de hecho, los más nobles en el ejército de los Medos difamaron a Cosroes, diciendo que había roto su palabra y la ley de los hombres, al invadir en tiempo de paz la tierra de los Romanos. Cosroes había agraviado, clamaban, a la más antigua y grande de todas las naciones, que aquel no podría posiblemente sobrepasar en la guerra. Un motín era inminente.

Alarmado ante esto, Cosroes encontró el siguiente remedio a su problema. Les leyó una carta que la Emperatriz había escrito recientemente a Zaberganes. Esta era la carta:

«En qué medida te estimo, Zaberganes, y que te creo amigo de nuestro Estado, tú, que fuiste embajador ante nosotros no hace mucho tiempo, eres bien conocedor. Actuarías conforme a esta alta opinión que tengo de ti, si pudieras persuadir al Rey Cosroes de optar por la paz con nuestro gobierno. Si haces esto, puedo prometerte que serás recompensado por mi marido, que nada hace

sin mi consejo».

Cosroes leyó esto en voz alta, y preguntó en tono de reproche a los comandantes Persas si pensaban que este era un Imperio cuando lo estaba gobernando una mujer. Pudo entonces calmar su nerviosismo. Pero incluso así, se retiró del lugar con considerable ansiedad, pensando que en cualquier momento las fuerzas de Belisario se le enfrentarían. Y cuando ningún enemigo apareció para impedir su retirada, con gran alegría regresó a su país.

III. EL PELIGRO DE ENCONTRARSE CON LAS INTRIGAS DE UNA MUJER.

Al volver a territorio Romano, Belisario encontró a su esposa que acababa de llegar de Constantinopla. A ésta, caída en desgracia, la puso bajo guardia, y a menudo estuvo a punto de condenarla a muerte; pero según pasaba el tiempo se debilitaba, derrotado, supongo, por el renacer de su amor por ella. Pero dicen que fue incluso privado de sentido por filtros que ella le administró a él.

Entretanto el ultrajado Focio se había ido a Éfeso, llevando al eunuco Calígono, alcahuete de su señora, con él, en cadenas; y bajo tortura, a lo largo de ese día Calígono confesó todos los secretos de su dueña. Pero Teodosio una vez más supo de su peligro y huyó a la Iglesia de San Juan el Apóstol, que era el santuario más sagrado y reverenciado de los contornos. Con todo, Andrés, obispo de Éfeso, fue sobornado por Focio para que se lo entregara.

Teodora albergaba entonces algún temor por Antonina, ya que se había enterado de lo que le había ocurrido; de modo que envió una carta a Belisario para que llevara a su esposa a Constantinopla. Focio, en oyendo esto, envió a Teodosio a Cilicia, donde sus lanceros y escuderos habían de pasar el invierno; ordenando a aquellos que lo llevaban hacia allá que lo hicieran tan secretamente como fuera posible, y a la llegada a Cilicia lo encerrarán ocultamente en la guarnición, no permitiendo que nadie supiera dónde estaba. Entonces, con Calígono y con el considerable peculio de Teodosio, Focio partió a Constantinopla.

Entonces la Emperatriz mostró a todo el mundo que por cada asesinato que se ejecutaba en su favor y la hacía ser deudora podía pagar una mayor e incluso más salvaje recompensa. Pues Antonina había tendido trampas y traicionado para favorecerla a un enemigo suyo, el Capadocio, al que poco antes había engañado. Provocó la caída y ruina, por causa de Antonina, a un buen número de hombres inocentes. Torturó a algunos conocidos de Belisario y de Focio, cuando la única acusación que había contra ellos era ser amigos de los dos (y a día de hoy desconocemos cuál fue su destino final), y otros fueron por ella enviados al exilio en base a la misma acusación.

Un hombre que había acompañado a Focio a Éfeso, un Senador que también se llamaba Teodosio, no sólo perdió su hacienda sino que fue arrojado a un calabozo completamente oscuro, donde fue atado a un pesebre mediante una cuerda liada alrededor de su cuello tan corta que el lazo estaba siempre apretado y no podía ser aflojado. Consecuentemente el pobre hombre tenía que permanecer en el pesebre todo el tiempo, para comer, dormir o hacer las otras necesidades corporales. La única diferencia entre él y un burro era que no podía rebuznar. El tiempo que pasó este hombre en tal situación fue no menos de cuatro meses; después de los cuales, vencido por la melancolía, se volvió loco, y por ello lo dejaron libre, y luego murió.

Al reluctante Belisario forzó a reconciliarse con su esposa; mientras que Focio, después que lo había torturado como a un esclavo y azotado en las espaldas y los hombros, fue obligado a rebelar dónde estaban Teodosio y el alcahuete. Pero a pesar de su dolor en la tortura guardó silencio como había jurado hacer; sin embargo siempre había sido débil y enfermizo, había tenido que ser muy cuidadoso con su salud, y hasta entonces no había sido sometido a tales ultrajes y maltratos. En cualquier caso ninguno de los secretos de Belisario divulgó.

Después, sin embargo, todo lo que hasta entonces había sido tramado fue conocido. En descubriendo a Calígono en las proximidades, Teodora se lo devolvió a Antonina, y después hizo a Teodosio volver a Constantinopla, donde lo ocultó en su palacio. Un día después de su llegada fue enviado a Antonina: «Mi queridísima señora», dijo ella, «una perla cayó ayer en mis manos, tal como ningún mortal antes nunca había visto. Si así lo deseas, no te impediré echar un vistazo a esta joya, sino que te la mostraré a ti». No sabiendo qué había ocurrido, su amiga pidió a Teodora que le

mostrara la perla; y la Emperatriz, sacando a Teodosio de los aposentos de uno de los eunucos, se lo descubrió a Antonina.

Por un momento Antonina, sin habla ante la joya, permaneció muda. Luego cayó en un éxtasis de gratitud, y llamó a Teodora su salvadora, su benefactora, y su verdadera amiga. Después de eso, la Emperatriz mantuvo a Teodosio en palacio, iniciándolo en toda forma de lujuria y declaró que incluso lo nombraría general de todas las fuerzas Romanas antes de que la larga justicia, con todo, interviniera. Arrebatado por la disentería, desapareció del mundo de los hombres.

Entonces en el palacio de Teodora había algunos calabozos secretos: oscuros, ignotos y remotos, donde no se apreciaba la diferencia entre el día y la noche. En uno de ellos languideció largo tiempo Focio. Tuvo, con todo, la buena fortuna de escapar, no una, sino varias veces. En la primera buscó refugio en la Iglesia de la Madre de Dios, que es la más santa y famosa de las iglesias de Constantinopla, y allí se puso en el altar como suplicante. Pero ella lo capturó incluso allí, y lo sacó de allí por la fuerza. En la segunda huyó a la Iglesia de Santa Sofía y alcanzó el santuario de la santa fuente, que de todos los lugares los Cristianos más reverencian. Así incluso de allí la mujer fue capaz de arrastrarlo: porque para ella ningún lugar era demasiado temible o venerable como para no transgredirlo, no pensaba nada sobre la violación de todas y cada una de las cosas sagradas. Como el resto del pueblo, los sacerdotes Cristianos quedaron mudos de horror, pero se mantuvieron a un lado y le toleraron que hiciera cuanto deseara.

Así pues Focio permaneció tres años de esta manera en su celda; y entonces vino el profeta Zacarías a él en un sueño y le ordenó en el nombre del Señor escapar, prometiéndole auxiliarlo en ello. Confiando en la visión, ganó de nuevo la libertad y sin conocimiento de nadie hizo viaje a Jerusalén. Aunque se puso a la vista de incontables miles de hombres en su huida, nadie vio al joven. Allí se salvó, tomó los hábitos monacales y se vio libre finalmente del castigo de Teodora.

Pero Belisario, faltando a su palabra, no adoptó ninguna medida para vengar a su cómplice que sufría tales impíos maltratos tal y como se ha relatado. Y todas sus expediciones militares desde ese momento en adelante fracasaron, presumiblemente por deseo de Dios. Pues su siguiente campaña contra Cosroes y los Medos, que estaban por tercera vez invadiendo territorio Romano, fue muy criticada por cobardía; si bien una cosa buena se dijo de él, que había hecho retroceder al enemigo. Pero cuando Cosroes cruzó el Río Eúfrates, expugnó la gran ciudad de Calínico sin lucha, y esclavizó a miles de ciudadanos Romanos, mientras que Belisario se cuidaba de no perseguir al enemigo en retirada y se ganó por ello la reputación de ser una de estas dos cosas: traidor o cobarde.

IV. CÓMO TEODORA HUMILLÓ AL CONQUISTADOR DE ÁFRICA E ITALIA.

Poco después de esto, el siguiente desastre cayó sobre él. La peste que he descrito en otro lugar estaba acabando con la población en Constantinopla y el Emperador Justiniano cayó gravemente enfermo, de tal modo que se dijo incluso que había muerto de ella. El rumor se expandió hasta alcanzar los campamentos del ejército Romano. Allí algunos de los oficiales dijeron que si los Romanos intentaban elevar a un segundo Justiniano como Emperador en Constantinopla, nunca lo reconocerían. Luego la salud del Emperador mejoró y los oficiales del ejército lanzaron acusaciones unos contra otros; los generales Pedro y Juan el Glotón alegaron haber oído a Belisario y a Buzes haciendo la declaración antedicha.

Estas negativas opiniones fueron tomadas por la Emperatriz indignada como algo declarado por los dos hombres para referirse a ella. Así llamó a todos los oficiales a Constantinopla para investigar el asunto; y convocó a Buzes de improviso a sus aposentos privados, so pretexto de que deseaba discutir con él asuntos de gran urgencia.

Entonces bajo palacio había un sótano subterráneo, seguro y laberíntico, comparable con las regiones infernales del Tártaro, en que aquellos que la habían ofendido eran finalmente enterrados. Y así Buzes fue arrojado a este sitio, y allí el hombre, aunque de rango consular, permaneció sin que nadie supiera de su destino. Ni podía, puesto que estaba entre tinieblas, saber si era de día o de noche, ni podía saber de nadie; pues el hombre que cada día le arrojaba la comida era mudo, y la situación era la de una bestia salvaje que se encuentra con otra. Todo el mundo pronto lo consideró muerto, pero nadie osó mencionarlo o acordarse de él. Pero después de dos años y cuatro meses, Teodora tuvo piedad del hombre y lo liberó. Y fue visto como alguien que regresaba de entre los muertos. Pero después de esto quedó medio ciego y enfermo. Esto fue lo que le hizo a Buzes.

Belisario, aunque ninguna de las acusaciones contra él fue probada, fue a petición de la Emperatriz relevado de su mando por el Emperador; quien nombró a Martino en su lugar como General de los ejércitos de Oriente. Los lanceros y escuderos de Belisario, así como sus criados que destacaban en el servicio militar, ordenó que fueran divididos entre los otros generales y algunos de los eunucos de palacio. Haciendo lotes de aquellos hombres y sus armas, se los repartieron según decidía la suerte. Y a sus amigos y a aquellos que antes le habían servido se les prohibió incluso visitar a Belisario. Era amargo, y nadie incluso lo habría tenido por creíble, ver a Belisario como un ciudadano privado en Constantinopla, casi abandonado, melancólico y miserable de apariencia, e incluso temiéndose una posible conspiración para acabar con su vida.

Entonces la Emperatriz supo que había adquirido una gran hacienda en Oriente y envió a uno de los eunucos de palacio para confiscarla. Antonina, como he relatado, estaba entonces absolutamente alejada de cualquier intento de tratar con su marido, pero en los términos más amistosos e íntimos con la Emperatriz, puesto que había conseguido librarse de Juan de Capadocia. Así, para complacer a Antonina, Teodora arregló todo de modo que la esposa parecía haber pedido gracia por su marido, y haberle salvado la vida de tal peligro; y el pobre infeliz no sólo se reconcilió totalmente con ella, sino que le permitió que le hiciera el más humilde esclavo por haberle salvado de la Emperatriz. Y así es cómo ocurrió esto.

Una mañana, Belisario fue a palacio como siempre con sus pocos e insignificantes compañeros. Encontrando al Emperador y a la Emperatriz hostiles, fue injuriado en su presencia por ciudadanos corrientes. Luego a la tarde se fue a su casa, dando vueltas cuando se retiraba y buscando en todas las direcciones a aquellos que pudieran estar acercándosele para asesinarlo. Acompañado por este miedo, entraba en su casa y se acostaba solo en su lecho. Su espíritu menguó, perdió incluso el recuerdo del tiempo en que era un hombre; sudando, mareado y tembloroso, se

encontraba perdido; devorado por terrores penosos y preocupación mortal, estaba totalmente anulado.

Antonina, que ni sabía apenas cuál había sido su destino ni se preocupaba mucho de qué había pasado con él, caminaba arriba y abajo cerca fingiendo un ataque al corazón; pues ellos aún albergaban sospechas uno del otro. Mientras tanto, un oficial de palacio, Quadrato de nombre, había venido cuando estaba cayendo el sol, y pasando a través del pasillo externo, se paró repentinamente en la puerta de las habitaciones de los hombres para decir que había sido enviado ahí por la Emperatriz. Y cuando Belisario oyó eso, dejó caer sus brazos y piernas sobre el sofá y se sentó, listo para el final. Hasta tal punto toda hombría lo había abandonado.

Quadrato, sin embargo, se aproximó sólo para entregarle una carta de la Emperatriz. Y la carta rezaba: «Conoces, Señor, tu ofensa contra Nos. Pero porque estoy muy en deuda con tu esposa, he decidido olvidar todos los cargos contra ti y perdonarte la vida. Así para el futuro puedes tener buen ánimo en cuanto a tu integridad personal y la de tus propiedades; pero sabremos por tu conducta cómo te comportas con ella».

Cuando Belisario leyó esto invadido por la alegría y deseando dar muestra de su gratitud, saltó del asiento y se postró a los pies de su esposa. Con cada mano acariciando una de sus piernas, lamiendo con su lengua la planta del pie primero de uno de sus pies y luego del otro, proclamó que ella era la causa de su vida y de su seguridad: que en adelante sería su esclavo fiel, en vez de su esposo.

La Emperatriz dio entonces trescientas piezas de oro de su peculio al Emperador, y fue devuelto a Belisario el resto. ¡Esto es lo que le ocurrió al gran general al que el destino no mucho antes le había concedido tomar cautivos de su espada a Gelimer y a Vitiges! Pero la riqueza que este súbdito suyo había adquirido había roído mucho con la envidia los corazones de Justiniano y de Teodora, que juzgaban excesiva y digna de una corte real. Y decían que había ocultado mucho del dinero de Gelimer y Vitiges, que por conquista pertenecía al Estado y había sólo entregado una pequeña parte, completamente insignificante, al Emperador. Pero, cuando examinaron los trabajos que el hombre había logrado, y los gritos de reprobación que despertarían entre el pueblo, puesto que no tenían ningún pretexto creíble para castigarlo, lo dejaron en paz. Pero justo entonces la Emperatriz, encontrándolo aterrorizado y acobardado, con un golpe de mano llevado a cabo llegó a ser la dueña de toda su fortuna.

Para ligarlo a ella para lo sucesivo, dispuso los esponsales de Joannina, hija única de Belisario, con su nieto Anastasio.

Belisario entonces pidió que se le devolviera su antiguo cargo, y como General de Oriente conducir los ejércitos Romanos una vez más contra Cosroes y los Medos; pero Antonina no quiso oír hablar de ello. Allí fue donde había sido antes insultada por él, dijo, y nunca quiso ver más a ese lugar. Consecuentemente, Belisario fue en vez de ello nombrado Conde de los establos imperiales, y enviado por segunda vez a Italia; acordando con el Emperador, dicen, no pedirle en ningún caso dinero para esta guerra, sino preparar todo el avituallamiento militar de su peculio privado.

Entonces todos tomaron por seguro que Belisario había convenido esto con su esposa y había hecho el acuerdo sobre la expedición con el Emperador, para conseguir simplemente alejarse de su posición humillante en Constantinopla; y que tan pronto como hubiera conseguido salir de la ciudad, se propondría tomar las armas y tomar represalias, como noble y como hombre, contra su esposa y los que lo habían ofendido. En su lugar, hizo tabla rasa de todo lo que había padecido, olvidó o se desentendió de la palabra de honor dada a Focio y a sus otros amigos, y siguió a su esposa en un perfecto éxtasis de amor: y ello cuando ella entonces había alcanzado la edad de sesenta años.

Con todo, tan pronto como llegó a Italia, un nuevo y diferente problema le ocurría al

despuntar cada día, pues incluso la mano de Dios se había vuelto contra él. Pues los planes que este general había elaborado en la campaña anterior contra Teodato y Vitiges, aunque no parecían ajustarse a los acontecimientos, resultaron generalmente en su favor; mientras que ahora, aunque estaba confiado en idear planes mejores, tal y como se esperaba por su experiencia anterior en la guerra, aquellos sin embargo devinieron todos a mal, de modo que el juicio final fue que no tenía ningún sentido de la estrategia.

Así está claro que no es por la sabiduría de los hombres, sino por la mano de Dios que los asuntos de los hombres son dirigidos; y estos hombres lo llaman Destino, no sabiendo la razón de las cosas que ven ocurrir; y lo que parece ocurrir sin causa es fácil de llamar un accidente del momento. Pero este es un asunto sobre el que dejemos que cada cual opine por sí mismo según su gusto.

V. CÓMO TEODORA ENGAÑÓ A LA HIJA DEL GENERAL.

De esta segunda expedición a Italia Belisario no sacó nada en claro salvo desastres: pues en cinco años completos de campaña fue incapaz de poner pie en esa tierra, como he relatado en mis libros anteriores, porque no había una posición sostenible allí; sino que durante todo el tiempo navegó de un lado a otro por la costa.

Totila, de hecho, estaba muy deseoso de encontrarse con él ante las murallas de su ciudad, pero no pudo sorprenderlo allí, pues como el resto del ejército Romano tenía miedo de luchar. Por lo cual Belisario no recuperó nada de lo que se había perdido, y además incluso perdió Roma; y todavía más, si hubiere quedado alguna cosa más que perder. Su mente estaba ocupada por la avaricia durante este tiempo, y no pensaba en otra cosa más que en lucrarse. Puesto que el Emperador no le había entregado fondos, saqueó primero a todos los Italianos que vivían en Rávena y Sicilia, y doquiera encontrara oportunidad, alegando que les estaba haciendo pagar un precio por los actos de sus pasadas vidas. Así, por ejemplo, fue a Herodiano y le pidió dinero, profiriendo toda clase de amenazas, y esto enojó tanto a Herodiano que se rebeló contra el ejército Romano y ofreció sus servicios, junto con sus seguidores y la ciudad de Spoleto, a Totila y los Godos.

Y ahora demostraré cómo ocurrió que Belisario y Juan, el sobrino de Vitaliano, se enfrentaron: un conflicto que trajo un enorme desastre a los asuntos Romanos.

Entonces odiaba la Emperatriz tan profunda y visiblemente a Germano, que nadie se atrevía a emparentarse con él, aunque era nieto del Emperador. Sus hijos permanecieron solteros mientras ella vivió, y su hija Justina, aunque estaba en la flor de sus dieciocho primaveras, no estaba aún comprometida. Consiguientemente, cuando Juan, enviado por Belisario, llegó a Constantinopla, Germano fue obligado a postularse como un posible yerno, aunque Juan no era en absoluto digno por su posición de tal alianza. Pero cuando hubieron llegado a un acuerdo, se ligaron mutuamente por los más solemnes juramentos para sellar la alianza por todos los medios a su alcance; y esto fue necesario porque ninguno tenía confianza alguna en la buena fe del otro. Pues Juan sabía que estaba aspirando a un matrimonio muy superior a su rango, y Germano temía que incluso este hombre pudiera intentar romper el acuerdo.

La Emperatriz, efectivamente, fue incapaz de contenerse ante esto: y por todos los medios, por todas las artimañas posibles, incluso indignas, intentó abortar estas negociaciones. Cuando, pese a sus amenazas, no pudo disuadir a ninguno de ellos, públicamente amenazó a Juan de muerte. Después de esto, al regresar Juan a Italia, temiendo que la hostilidad de Antonina pudiera forjar un complot contra él, no se atrevió a reunirse con Belisario hasta que aquella marchó a Constantinopla. Que Antonina había recibido el encargo de la Emperatriz de ayudar a asesinarlo, nadie podría considerarlo inverosímil; y cuando examinó los hábitos de Antonina y la sumisión de Belisario a su esposa, Juan estaba con razón muy alarmado.

La expedición Romana, ya en sus últimas fuerzas, entonces se colapsó totalmente. Y así es como Belisario concluyó la guerra Gótica. En su desesperación pidió al Emperador que le dejara ir a casa tan rápidamente como le permitiera la navegación. Y cuando recibió el consentimiento del Emperador para que así lo hiciera, se fue inmediatamente con vientos favorables, diciendo un largo adiós al ejército Romano y a Italia. Dejó casi todo en poder del enemigo; y mientras estaba de camino a casa, Perusia, duramente asediada por el más amargo asedio, fue capturada y sometida a todas las miserias posibles, como he relatado en otro lugar.

Como si esto no fuera ya bastante, sufrió otro revés personal de la siguiente manera. La Emperatriz Teodora, deseando unir a la hija de Belisario con su nieto en matrimonio, dirigió a los padres de la muchacha frecuentes misivas. Para evitar este enlace, difirieron la ceremonia hasta que

podieran ambos estar presentes en ella, y entonces, cuando la Emperatriz los llamó a Constantinopla, contestaron que no podrían salir de Italia en ese momento. Pero la Emperatriz estaba aún determinada de que su nieto fuera el dueño de la hacienda de Belisario, pues sabía que la hija de aquel sería su heredera, ya que Belisario no tenía más hijos. Pero ya no tenía confianza en Antonina; y temiendo que después de su muerte Antonina no se mantendría leal a su casa, a pesar de todo lo que ésta había ayudado tan útilmente a la Emperatriz en sus problemas, y que rompería el acuerdo, Teodora ejecutó algo poco virtuoso.

Hizo que el muchacho y la joven vivieran juntos sin ceremonia celebrada alguna. Y dicen que obligó a la joven contra su deseo a acostarse ilegítimamente con él, de modo que, siendo así desflorada, la muchacha aceptaría el matrimonio, y el Emperador no podría prohibir el asunto. Con todo, después de la primera cohabitación, Anastasio y la muchacha se enamoraron, y durante no menos de ocho meses continuaron sus relaciones extramaritales.

Pero cuando, después de la muerte de Teodora, Antonina llegó a Constantinopla, no quería olvidar el ultraje que la Emperatriz había cometido contra ella. No importándole el hecho de que si unía a su hija a cualquier otro hombre, la estaría convirtiendo en una prostituta, se negó a aceptar al nieto de Teodora como yerno, y la apartó de su amado por la fuerza, ignorando por completo sus ruegos.

Por este acto de obstinación insensible fue universalmente censurada. Y aún cuando su esposo regresó a casa, fácilmente lo convenció de que su conducta había sido la correcta: lo que rebeló abiertamente cuál era el carácter de este hombre. Todavía, aunque había empeñado su palabra a Focio y a otros amigos, y luego la había incumplido, había quienes simpatizaban plenamente con él. Pues pensaban que la razón de su perjurio no era su apocamiento ante su mujer, sino su temor de la Emperatriz. Pero después de Teodora muerta, como he dicho, tampoco pensó en Focio o en alguno de sus amigos; y estaba claro que llamaba a Antonina su dueña, y a Calígono el alcahuete, su amo. Y entonces todos vieron su ignominia, le hicieron pública burla y le dijeron a la cara que era un tonto. Entonces la locura de Belisario quedó totalmente al descubierto. Tales eran, en general, para describir los hechos sin ocultamientos, los pecados cometidos por Belisario.

En cuanto a Sergio, hijo de Baco, y sus crímenes en Libia, he descrito suficientemente el asunto en otra parte en un capítulo sobre el particular: cómo fue el más culpable del desastre allí del poder Romano, y cómo había incumplido el juramento que había hecho sobre los Evangelios a Levathae, y dio criminalmente muerte a sus ochenta embajadores. Así dejé dicho para que ahora añada sólo esto, que nadie fue a Sergio con intención alguna de traición, ni Sergio tenía sospecha alguna de que aquellos fueran traidores; pero, pese a tal, después de invitarlos a un banquete bajo promesa de inmunidad, los condenó vergonzosamente a muerte. Esto ocurrió en perjuicio de Salomón, el ejército Romano y todos los Libios. A consecuencia de este hecho, especialmente después de muerto Salomón, como he dicho, ni oficial ni soldado tenían deseo alguno de aventurarse a los peligros del combate. Muy notablemente Juan hijo de Sisínolo, se mantuvo totalmente alejado de la guerra debido a su odio a Sergio, hasta que Areobino arribó a Libia.

Este Sergio era amante del lujo y no un soldado; joven de naturaleza y años; un rufián celoso y fanfarrón; un vividor lascivo y borracho. Pero después de que se convirtió en el pretendiente aceptado de su sobrina y ésta estaba relacionada con Antonina, esposa de Belisario, la Emperatriz no permitió que fuera castigado o removido de su cargo, incluso cuando vio que Libia estaba por perderse. Y ella y el Emperador dejaron incluso que Salomón, hermano de Sergio, marchara impune después de la muerte de Pegasio. Cómo sucedió esto, lo narraré ahora.

Después que Pegasio había rescatado a Salomón de Levathae, y los bárbaros se habían marchado a casa, Salomón con Pegasio su rescatador y unos pocos soldados partieron a Cartago. Y en el camino Pegasio recordó a Salomón el mal que había hecho, y le dijo que diera gracias a Dios por su rescate de manos del enemigo. Salomón disgustado de serle reprochado haber sido tomado

cautivo, inmediatamente mata a Pegasio; y este fue su agradecimiento al hombre que le había salvado. Pero cuando Salomón llegó a Constantinopla, el Emperador le perdonó bajo la consideración de que el hombre al que había asesinado era un traidor al estado Romano. Escapando Salomón así de la acción de la justicia, se fue alegremente a Oriente a visitar su país natal y a su familia. Pero la venganza de Dios cayó sobre él en el mismo viaje, y le hizo abandonar este mundo.

Esta es la explicación del asunto concerniente a Salomón y Pegasio.

VI. IGNORANCIA DEL EMPERADOR JUSTINO, Y CÓMO SU NIETO JUSTINIANO ERA EL VIRTUAL GOBERNANTE.

Ahora vendré en relatar la clase de personas que eran Justiniano y Teodora, y por qué medios arruinaron el Estado Romano.

Durante el gobierno del Emperador León en Constantinopla, tres jóvenes campesinos de origen Ilirio, llamados Zimarco, Ditibisto y Justino de Vederiana, después de una desesperada lucha con la pobreza, abandonaron sus casas para buscar fortuna en el ejército. Marcharon a Constantinopla a pie, cargando sobre sus hombros sus mantas en las cuales no envolvieron ningún otro equipaje excepto las galletas que habían cocido al horno en su casa. Cuando llegaron y fueron admitidos en el servicio militar, el Emperador los eligió para la guardia de palacio; pues eran los tres hombres de buena apariencia.

Después, cuando Anastasio accedió al trono, estalló la guerra con los Isaurios, cuando esta nación se rebeló; y contra éstos Anastasio envió un ejército considerable bajo el mando de Juan el Jorobado. Este Juan por alguna ofensa arrojó a Justino a la cárcel, y al día siguiente lo habría condenado a muerte, si no hubiese sido detenido por una visión que se le apareció en un sueño. Pues en este sueño, dijo el general, había sostenido a un ser gigante en apariencia y en todo punto más poderoso que los mortales: y este ser le ordenaba dejar al hombre al que había arrestado ese día. Despertando de este sueño, dijo Juan, decidió que el sueño no era digno de consideración. Pero a la noche siguiente la visión se produjo nuevamente, y de nuevo escuchó las mismas palabras que había oído antes; pero incluso así no se persuadió de obedecer tal orden. Pero por tercera vez se le apareció la visión en sus sueños, y le amenazó con terribles consecuencias si no hacía lo que el ángel ordenaba, precaviéndole de que estaría en dolorosa necesidad de este hombre y de su familia en tiempos posteriores, cuando el día de la cólera lo alcanzara. Y en ese punto Justino fue liberado.

Transcurriendo el tiempo, este Justino alcanzó un gran poder. Pues el Emperador Anastasio lo nombró Conde de la guardia palaciega; y cuando el Emperador partió de este mundo, por la fuerza de su poder militar Justino se apoderó del trono. Por este tiempo era ya un anciano con un pie en el sepulcro, y tan analfabeto que no podía leer ni escribir: lo que nunca antes pudo haberse dicho de un gobernante Romano. Fue costumbre de este Emperador firmar sus edictos con su propia mano, pero ni elaboraba decretos ni era capaz de entender los negocios del estado en nada.

El hombre al que le tocó asistirlo como Cuestor se llamaba Proclo; y éste manejaba todo a su gusto. Pero para que pudiera haber alguna evidencia de la mano del Emperador, inventó el siguiente dispositivo para que lo usaran sus secretarios. Cortando de un bloque de madera las formas de las cuatro letras necesarias para hacer la palabra Latina que significa «he leído», y sumergiendo la pluma en la tinta usada por los emperadores para sus firmas, la ponían en los dedos del emperador. Poniendo el bloque de madera que he descrito en el papel que sería firmado, dirigían la mano del emperador de modo que su pluma contorneara las cuatro letras, siguiendo todas las curvas de la plantilla: y así se retiraban luego con el FIAT del emperador. Así es como los Romanos fueron gobernados bajo Justino.

Su esposa se llamaba Lupicina: una mujer esclava y bárbara, que fue traída para ser su concubina. Con Justino, cuando el sol de su vida estaba ya por ponerse, ascendió al trono.

No era Justino capaz de hacer a sus súbditos nada bueno ni malo. Pues era simple, incapaz de mantener una conversación o hacer un discurso, y completamente bárbaro. Su nieto Justiniano, siendo aún joven, era ya el virtual gobernante, y el de más y peores calamidades para los Romanos que ningún otro hombre en toda su historia anterior que había acaecido hasta nosotros. Pues no tenía escrúpulos contra el asesinato o el apoderarse de la propiedad de otras personas; y no le

costaba nada deshacerse de miríadas de hombres, incluso cuando no le habían dado ningún motivo para ello. No tenía cuidado de preservar las costumbres establecidas, sino que estuvo siempre impaciente de nuevas experiencias, y en suma, era el más grande corruptor de todas las nobles tradiciones.

Aunque la peste, descrita en mis anteriores libros, atacó a todo el mundo, no menos hombres escaparon que perecieron; pues algunos nunca padecieron la enfermedad, y otros se curaron después de que los hubiera golpeado violentamente. Pero de este hombre ningún Romano pudo escapar; pero como si fuere una segunda pestilencia enviada desde el infierno, cayó sobre la nación y no dejó a nadie totalmente incólume. A algunos mató sin razón, y a otros liberó para luchar con la miseria, y su destino era peor que el de aquellos que habían perecido, de modo que rezaban por que la muerte los liberara de sus penurias; y a otros robó sus propiedades y sus vidas simultáneamente.

Cuando no quedaba ya nada que arruinar en el estado Romano, se determinó en conquistar Libia e Italia, por ninguna causa salvo aniquilar al pueblo de esos lugares, como ya había hecho con aquellos que realmente eran sus súbditos.

De hecho, no habían pasado más de diez días desde su accesión, cuando mató a Amantio, jefe de los eunucos de palacio, y a otros varios, en base a la acusación no más grave que la de que Amantio había hecho algún comentario irreflexivo sobre Juan, arzobispo de la ciudad. Después de esto, fue el más temido de los hombres.

Inmediatamente después de esto se revolvió contra Vitaliano, al que había en principio dado garantías de integridad, y participado con él en la comunión Cristiana. Pero poco después sospechó y receló de él y asesinó a Vitaliano y a sus acompañantes en un banquete en palacio, mostrando así que él no se consideraba en modo alguno ligado por los más sagrados juramentos.

VII. ULTRAJES DE LOS AZULES.

El pueblo desde mucho antes se hallaba dividido, como he explicado en otra parte, en dos facciones, los Azules y los Verdes. Justiniano, uniéndose al primer partido, que se había realmente mostrado en su favor, fue capaz de poner todo en confusión y agitación, y, por su poder, de poner el Estado Romano de rodillas ante él. No todos los Azules estaban deseando seguir a su líder, sino que había muchos que estaban impacientes de que estallara una guerra civil. Y aún incluso éstos, cuando estalló el problema, parecían los más prudentes de los hombres, pues sus crímenes eran menos tremendos de lo que eran capaces de hacer en virtud de su poder. Ni los guerrilleros Verdes se quedaron quietos, sino que mostraron su resentimiento tan violentamente como pudieron, aunque uno a uno eran continuamente castigados; lo que, de hecho, les urgía a cada momento a ulteriores temeridades. Pues los hombres que son agraviados, probablemente llegarán a desesperarse.

Entonces fue que Justiniano, alimentando el fuego e incitando abiertamente a los Azules a la lucha, hizo a todo el Imperio Romano sacudirse desde sus cimientos, como si un terremoto o un cataclismo lo hubiera golpeado, o cada ciudad dentro de sus límites hubiera sido tomada por el enemigo. Todo por todas partes fue desarraigado: no se dejó nada imperturbado por él. La ley y el orden, a lo largo del estado, abrumados por la confusión, se volvieron del revés.

Primero los rebeldes revolucionaron el estilo de usar su pelo. Pues hicieron que se cortara diferentemente del resto de los Romanos: no tocando el bigote o la barba, que permitieron continuara creciendo tanto como pudiera, como lo hacen los Persas, pero dejando el pelo corto en el frente de la cabeza hasta las sienes, y haciendo que colgara hacia abajo en gran longitud y desorden en la parte posterior, como los Masagetas. Esta combinación extraña fue llamada por ellos el corte de pelo Huno.

Decidieron después usar el ribete púrpura en sus togas, y lo mostraban en un vestido que indicaba un rango superior a su clase social: pues esto sucedía solamente por el dinero adquirido ilícitamente por el que podían comprar este adorno. Y las mangas de sus túnicas fueron cortadas firmemente sobre las muñecas, mientras que desde éstas a los hombros eran de una anchura increíble; así, siempre que se movieran las manos, como al aplaudir en el teatro o animando a un auriga en el hipódromo, estas mangas inmensas se agitaban visiblemente, exhibiendo al público qué constituciones hermosas y bien desarrolladas eran éstas que requerían tan gran ropa para cubrirlos. No consideraban que por la exageración de este vestido la flaqueza de sus cuerpos impedidos aparecía más patente. Sus capotes, pantalones, y botas eran también diferentes: y esto también fue llamado el estilo Huno, que fue imitado.

Casi todos llevaban armas abiertamente de noche, mientras que por el día encubrían sus dagas de doble filo a lo largo del muslo debajo de sus capotes. Recogiéndose en cuadrillas tan pronto como caía la oscuridad, robaban los bienes en el amplio Foro y en los estrechos callejones, arrebatando a los transeúntes sus capas, correas, broches de oro, y lo que tenían en sus manos. Algunos fueron muertos después de ser asaltados, de modo que no podían informar a nadie del robo.

Estos ultrajes trajeron la enemistad de todos sobre ellos, en especial la de los Azules que no habían tomado parte activa en la discordia. Cuando incluso éstos fueron molestados, comenzaron a usar cinturones y broches de bronce y capotes más baratos que los que la mayoría de ellos estaban por privilegio autorizados a exhibir, para que su elegancia no les causara la muerte; e incluso antes de que el sol se pusiera se marchaban a casa para ocultarse. Pero el mal progresó; y como los delincuentes no eran castigados por aquellos que tenían la responsabilidad de mantener la paz pública, su audacia creció más y más. Pues cuando el crimen no halla castigo alguno, no hay límites

para los abusos; puesto que incluso cuando es punido, nunca está totalmente erradicado, estando la mayoría de los hombres por naturaleza fácilmente inclinados al error. Tal era, entonces, la conducta de los Azules.

Algunos del partido contrario se unieron a esta facción para así encontrarse incluso con gente de su bando originario que les habían maltratado; otros huyeron en secreto a otros lugares, pero muchos fueron capturados antes de que pudieran huir, y perecieron ya a manos de sus enemigos ya por sentencia de los tribunales. Y muchos otros jóvenes se ofrecieron a esta banda quienes nunca antes habían tenido interés alguno en la pugna, pero se vieron ahora atraídos por el poder y la posibilidad de cometer las insolencias que podían entonces tener permitidos. Pues no hay villanía a la que el hombre dé nombre que no fuera cometida durante este tiempo, y dejada impune.

Entonces, al principio, asesinaban sólo a sus oponentes. Pero las cosas fueron a más y también asesinaron a hombres que nada habían hecho contra ellos. Y hubo muchos que los sobornaron con dinero, señalando a enemigos personales, a los que los Azules inmediatamente mataron, declarando que aquellas víctimas eran Verdes, cuando de hecho eran sin duda extranjeros. Y todo esto no sucedía sólo en la oscuridad y a hurtadillas, sino a cada hora del día, en cualquier lugar de la urbe, ante los ojos de los más notables hombres del gobierno, si ocurría que estuvieran presentes. Pues no necesitaban encubrir sus crímenes, no teniendo miedo de castigo alguno, sino que consideraban más bien como un motivo de incrementar su reputación, como probando su fuerza y hombría, matar con un movimiento de daga a cualquier hombre inerme que pudiera pasar por ahí.

Nadie tenía esperanza de vivir mucho bajo este estado de cosas, pues todos presentían que serían el siguiente en morir. Ningún lugar era seguro, ningún momento del día ofrecía garantía alguna de seguridad, puesto que estos asesinatos se daban en lo más sagrado de los santuarios incluso durante los oficios religiosos. Confianza no había ninguna en los amigos o parientes de uno, pues muchos murieron por la conspiración de miembros de su propia casa. No mucho más valor tenía la ley o el pacto a causa de este desorden, sino que todo se trocó en violencia y confusión. El Estado se asemejó a una tiranía, pero no una, sin embargo, que hubiera quedado establecida, sino una que estaba diariamente cambiando y siempre recomenzando.

Los magistrados parecían haber perdido el sentido, y su ingenio esclavizado por el miedo de un hombre. Los jueces cuando, decidiendo los casos que se presentaban ante ellos, fallaban, no lo hacían según lo que ellos encontrarán recto o legal, sino con arreglo a que las partes en litigio fueran amigo o enemigo de la facción en el poder. Pues un juez que obviara esta instrucción se estaba condenando a sí mismo a muerte. Y muchos acreedores fueron obligados a aceptar los recibos que habían enviado a sus deudores sin ser pagado lo que se les debía; y muchos asimismo contra su deseo tuvieron que liberar a sus esclavos.

Y dicen que ciertas mujeres fueron forzadas por sus propios esclavos a hacer lo que no querían; y los hijos de nobles, en connivencia con esos jóvenes bandoleros, obligaron a sus padres, entre otros actos contra sus deseos, a transferirles a ellos sus propiedades. Muchos muchachos fueron constreñidos, con el conocimiento de sus padres, a satisfacer los deseos antinaturales de los Azules; y las mujeres felizmente casadas hallaron el mismo infortunio.

Se dice que una mujer de belleza no dudosa se dirigía con su marido al suburbio que hay enfrente del continente; cuando algunos hombres de su parcialidad se reunieron con ellos en el agua, y saltando al bote, la arrastraron abusivamente del lado de su marido y la obligaron a embarcar en su bajel. La mujer le había dicho en voz baja a su esposo que confiara en ella y no tuviera miedo alguno de sufrir ningún reproche, ya que ella no permitiría que la deshonraran. Entonces, mientras él la miraba con gran pena, ella se arrojó al Bósforo y salió inmediatamente del mundo de los mortales. Tales fueron los hechos que este partido se atrevió a cometer en aquel tiempo en Constantinopla.

Pero todo esto desazonaba al pueblo menos que las ofensas de Justiniano contra el Estado. En

efecto, aquellos que sufren muy penosamente a manos de malhechores son liberados de la mayor parte de su angustia por la expectativa de que serán vengados alguna vez por la ley y la autoridad. Los hombres que tienen confianza en el futuro pueden sobrellevar más fácil y menos dolorosamente sus apuros del presente; pero cuando son ultrajados por el gobierno incluso, lo que les acontece es naturalmente más penoso, y por la pérdida de toda esperanza de compensación caen en la total desesperación. Y el crimen de Justiniano fue que no sólo estaba poco dispuesto a proteger a la víctima, sino que no veía razón alguna por la que no debía ser la cabeza visible de la facción culpable; dio grandes sumas de dinero a aquellos jóvenes, y se rodeó de ellos: y a algunos hasta los llegó a nombrar para altos cargos y otros puestos de honor.

VIII. CARÁCTER Y APARIENCIA DE JUSTINIANO.

Esto se producía entonces no sólo en Constantinopla, sino en cada ciudad, pues como cualquier enfermedad, el mal, comenzando allí, se extendió a través de todo el Imperio Romano. Pero el Emperador no estaba preocupado por el problema, incluso cuando se producía continuamente ante sus propios ojos en el hipódromo. Pues estaba muy satisfecho y se asemejaba sobremanera al asno tonto, que sólo camina, sacudiendo sus orejas, cuando uno lo arrastra por el frenillo. Como tal Justiniano actuaba, y sumió todo en la confusión.

Tan pronto como asumió el poder de manos de su tío, su disposición era gastar sin restricción el dinero público, que entonces tenía en su control. Dio mucho de él a los Hunos, que, de cuando en cuando, invadían el Estado; y por ello las provincias Romanas eran objeto de continuas incursiones, pues estos bárbaros, una vez sabedores de la riqueza Romana, nunca olvidaron la ruta que conducía a ella. Y arrojó mucho dinero al mar en forma de diques, como para dominar el eterno rugido de las olas. Pues construyó celosamente rompeolas de piedra lejos del continente contra el inicio del mar, como si por el poder de la riqueza pudiera superar el poder del océano.

Reunió para sí todas las propiedades privadas de los ciudadanos Romanos de todo el Imperio: algunas acusando a sus titulares de crímenes de los que eran inocentes, otras malinterpretando a propósito las palabras de sus dueños haciéndolas pasar por el deseo de hacerle un regalo de entre sus bienes.

Y muchos, convictos de asesinato y otros crímenes, le entregaron sus pertenencias y así escaparon de la pena por sus delitos. Otros, disputando fraudulentamente el título de terrenos que colindaban con los suyos, cuando veían que no tenían posibilidad de alcanzar a alegar los mejores argumentos contra los demandados, con la ley contra ellos, le cedían su disputado derecho al emperador para liberarse del litigio. Y así estas personas por un gesto que no les costaba nada, obtenían su favor y podían ilegalmente ganar al mejor de sus oponentes.

Pienso que este es tan buen momento como cualquier otro para describir la apariencia personal del hombre. Físicamente no era ni alto ni bajo, sino de altura media; no delgado, sino moderadamente grueso; su cara era redonda, y no de mal aspecto, pues tenía buen color, incluso cuando ayunaba durante dos días. Para abreviar una larga descripción, se parecía mucho a Domiciano, hijo de Vespasiano. Era aquel al que los Romanos odiaron tanto que incluso hacerlo cuartos no satisfizo su animadversión contra él, sino que fue por el Senado emitido un decreto por el que el nombre de este Emperador nunca debía ser escrito, y que ninguna estatua suya debía ser conservada. Y así este nombre fue borrado en todas las inscripciones de Roma y en cualquier sitio en que hubiera sido escrito, excepto sólo donde aparece en la lista de Emperadores; y en ninguna parte se puede ver estatua alguna de él en todo el Imperio Romano, salvo una en bronce, que fue labrada por la siguiente razón.

La esposa de Domiciano era de libre nacimiento y noble; y no se había hecho odiosa a nadie, ni había asentido a los actos de su esposo. Por ello fue muy querida; y el Senado envió a por ella, cuando murió Domiciano, y le instaron a que pidiera cualquier favor que deseara. Pero ella pidió sólo esto: erigir en su memoria una imagen de bronce, donde ella deseara. El Senado se lo concedió. Entonces la mujer, deseando dejar un memorial para el futuro del salvajismo de aquellos que habían asesinado a su esposo, concibió este plan: recogiendo todas las partes del cuerpo de Domiciano, los ensambló exactamente juntos y unió el cuerpo de nuevo, en su apariencia original. Tomando esto para los escultores, les ordenó que labraran la miserable imagen en bronce. Así los artesanos la esculpieron, y la esposa la tomó, y la colocó en la calle que conduce al Capitolio, a mano derecha según uno va allí desde el Foro: un monumento a Domiciano y una manifestación de la manera de

su muerte hasta este día.

Toda la persona de Justiniano, su manera de expresarse y todas sus características pueden verse claramente en esta estatua.

Tal que así era Justiniano en apariencia; pero su carácter era algo que no pude describir completamente. Pues era a la vez vil y malhechor; como la gente dice coloquialmente, un perverso moral. Él nunca era sincero con nadie, sino siempre insidioso en lo que decía y hacía, pero fácilmente ciego ante cualquiera que deseara engañarlo. Su naturaleza era una mezcla antinatural de locura y maldad. Lo que en viejos tiempos dijo un filósofo peripatético era también verdad sobre él, que cualidades opuestas se combinaban en un hombre como en la mezcla de colores. Intentaré retratarlo, empero, en cuanto pueda penetrar en su complejidad. Este Emperador, entonces, era engañoso, desviado, falso, hipócrita, con varias caras, cruel, experto en disimular su pensamiento, nunca inclinado a las lágrimas por alegría o dolor, aunque podía derramarlas falsamente a su voluntad cuando la ocasión lo requería, mentiroso siempre, no sólo de improviso, sino en la escritura, y cuando hacía juramentos sagrados a sus súbditos en su misma presencia. Luego rompía inmediatamente sus acuerdos y garantías, como el peor de los esclavos, a los que de hecho sólo el temor de la tortura lleva a confesar su perjurio. Era un amigo desleal, un enemigo traicionero, devoto del asesinato y del saqueo, pendenciero e inveterado revolucionario, fácilmente atraído a cualquier maldad, pero nunca queriendo escuchar un buen consejo, presto a maquinarse males y llevarlos a la práctica, pero encontrando cualquier cosa buena desagradable a sus oídos, aunque la supiera de oídas.

¿Cómo podría alguien describir en palabras el carácter de Justiniano? Éstos y muchos otros vicios, incluso peores, se revelaron en él como en ninguna otra naturaleza mortal; parecía haberse reunido la maldad de todo el resto de los hombres y plantada en el alma de este hombre. Y además de esto, era demasiado propenso a escuchar acusaciones; y demasiado rápido en castigar. Pues decidía tales casos sin un examen completo, dictaminando el castigo cuando había oído solamente al acusador. Sin vacilación escribió decretos para saquear países, expugnar ciudades y esclavizar naciones enteras, sin causa alguna que lo justificara. De modo que si uno deseara examinar todas las calamidades que habían acontecido a los Romanos antes de este tiempo y las comparara con sus crímenes, pienso que se concluiría que este solo hombre había asesinado a más hombres que en toda la historia precedente.

No tenía escrúpulos en apoderarse de la propiedad ajena, y no ideaba siquiera excusa alguna, legal o ilegal, para confiscar lo que no le pertenecía. Y cuando era suyo, estaba más que presto a malgastarlo en una insana exhibición, o darlo como soborno innecesario a los bárbaros. En suma, ni retenía mucho tiempo el dinero en su poder ni dejaba a nadie tenerlo: como si su razón fuera no la avaricia, sino los celos de los que tenían riquezas. Sacando toda la riqueza del país de los Romanos de esta manera, se convirtió en la causa de la pobreza universal.

Este era pues el carácter de Justiniano, hasta donde puedo retratarlo.

IX. CÓMO TEODORA, LA MÁS DEPRAVADA DE TODAS LAS CORTESANAS, GANÓ SU AMOR.

Tomó una esposa; y cómo nació ésta y se crió, y, casada con este hombre, destruyó el Imperio Romano desde sus fundamentos, me dispongo ahora a relatar.

Acacio era el guarda de las bestias salvajes usadas en el anfiteatro de Constantinopla; pertenecía a la facción Verde y tenía el sobrenombre de «guardaosos». Este hombre, durante el imperio de Anastasio, cayó enfermo y murió, dejando tres hijas llamadas Comito, Teodora y Anastasia: de las cuales la mayor no alcanzaba aún los siete años de edad. Su viuda contrajo segundas nupcias con otro hombre, el cual junto con ella decidió cargar con la familia de Acacio y continuar en la profesión de éste. Pero Asterio, el maestro de baile de los Verdes, en siendo sobornado por otro los removió de este oficio y se lo asignó a otro hombre que le dio dinero. Pues el maestro de baile tenía el poder de distribuir tales cargos como quisiera.

Cuando esta mujer vio al populacho reunido en el anfiteatro, puso coronas de laurel sobre las cabezas de sus hijas y en sus manos, y las hizo ponerse en tierra en actitud de suplicantes. Los Verdes contemplaron esta muda súplica con indiferencia; pero los Azules se vieron movidos a conceder a las niñas el mismo oficio, ya que su propio guarda de animales acababa de morir.

Cuando estas chicas cumplieron la edad de mocedad, su madre las puso en un teatro local, pues eran bellas a la vista; pero no las envió a todas al mismo tiempo, sino cuando le parecía que cada una había alcanzado la edad conveniente. Comito, de hecho, llegó a ser una de las más valiosas heteras del momento.

Teodora, la hermana mediana, vestida con una túnica corta con mangas, como una esclava, servía a Comito y solía seguirla llevándola sobre sus hombros el banco en que su favorecida hermana estaba sentada en las reuniones públicas. Entonces Teodora era aún demasiado joven para conocer la relación normal del hombre con una doncella, pero consentía la innatural violencia de los viles esclavos, que, siguiendo a sus dueños al teatro, empleaban su ocio de esta infame manera. Y durante algún tiempo en un burdel sufrió estos abusos.

Pero tan pronto como llegó a la adolescencia, y estaba ya preparada para el mundo, su madre la puso en el escenario. Inmediatamente se hizo cortesana, de la clase llamada infantería tal cual los antiguos Griegos solían llamar a una mujer común, pues ella no tocaba la flauta o el arpa, ni entrenaba siquiera para bailar, sino que sólo entregaba su juventud a cualquier persona con que se encontrara, en total abandono. Después se unió a los actores del teatro y participaba en sus representaciones, tomando parte en menospreciables escenas de comedia, cuyo objeto era arrancar la carcajada. Pues era muy divertida y una buena mima, e inmediatamente se hizo popular en este arte. No había vergüenza en la muchacha, y nadie la vio dudar: ningún papel era demasiado escandaloso para ella, aceptándolo sin ruborizarse.

Ella era de la clase de comediantes que encanta a la audiencia dejándose abofetear y recibir golpes en las mejillas, y le hace partirse de risa levantando sus faldas enseñando a los espectadores esos secretos femeninos aquí y allí que la costumbre aparta de los ojos del sexo opuesto. Con holgazanería fingida imitaba a sus amantes, y adoptando coquetamente incluso nuevas formas de caricias, era capaz de mantener en una constante agitación los corazones de los disolutos. Y no esperaba a ser solicitada por aquel con el que se reunía, sino al contrario, con gestos incitadores y cómicos movimientos de sus faldas se ofrecía a todos los hombres que pasaban, especialmente a los que eran adolescentes.

En materia de placer nunca fue derrotada. A menudo iba a merendar al campo con diez

hombres o más, en la flor de su fuerza y virilidad, y retozaba con todos ellos, durante toda la noche. Cuando se cansaban del deporte, se acercaba a sus criados, treinta quizá en número, y luchaba en duelo con cada uno de ellos; e incluso ni así encontraba alivio alguno a su deseo. Una vez, visitando la casa de un caballero ilustre, dicen que se situó en el extremo más alto de su triclinio, alzó el frontal de su vestido, sin rubor, y así enseñó negligentemente su impudicia. Y aunque abría de par en par tres puertas a los embajadores de Cupido, se lamentaba de que la naturaleza no había abierto semejantemente los estrechos de su pecho, para que pudiera allí haber ideado otra recepción a sus emisarios.

Frecuentemente quedaba encinta, pero como empleaba todo género de artificios inmediatamente, se producía al poco el aborto. A menudo, incluso en el teatro, a petición de la gente, se quitaba el vestido y se quedaba desnuda en medio, salvo por una faja en la ingle: no porque se avergonzara de mostrar también esto a la audiencia, sino porque existía una ley contra aparecer totalmente desnuda en un escenario, sin al menos con esta mínima prenda. Cubierta así con una cinta, caía al suelo del escenario y se tumbaba sobre su espalda. Esclavos, a quienes fue confiado entonces tal deber, dispersaban granos de cebada desde arriba en el cáliz de esta flor de la pasión, de donde los gansos, entrenados para el propósito, escogerían después los granos uno por uno con sus picos y comerían. Cuando se levantaba, lo hacía sin pudor, sino que parecía más bien la gloria en persona. Pues no sólo era ella misma impudente, sino que hacía a los demás también audaces. A menudo cuando estaba sola con otros actores se desnudaba y se arqueaba provocativa, mostrándose como un pavo real a aquellos que tenían experiencia de ella y a aquellos que aún no habían tenido este privilegio de su entrenada flexibilidad.

Tan perversa era su lujuria que habría ocultado no sólo la acostumbrada parte de su cuerpo, como cualquier mujer, sino también su cara. Así los que eran íntimos con ella inmediatamente reconocieron de ese mismo hecho ser pervertidos, y más de un hombre respetable que coincidía con ella en el foro la evitó y se retiró con rapidez, para que el dobladillo de su capa no tocara a tal criatura, y se pudiera pensar que compartía su contaminación. Pues a los que la veían, especialmente al amanecer, era un pájaro de mal agüero. Y hacia sus compañeras actrices era tan salvaje como un escorpión: pues era muy malvada.

Después, se fue con Hecebolo, un Tirio que había sido gobernador de Pentápolis, sirviéndole de las más bajas formas; pero finalmente pelearon y fue expulsada rápidamente. En consecuencia, se encontró apartada de su género de vida, que se ganaba por la prostitución, tal como había hecho antes de esta aventura. Vino entonces a Alejandría, y atravesando todo el Oriente, hizo su camino a Constantinopla; en cada ciudad haciendo comercio (que es muy seguro y deseo en el nombre de Dios no nombrarlo demasiado claramente) como si el Mal estuviera determinado a que no hubiera tierra en el orbe que no conociera los pecados de Teodora.

Así fue esta mujer nacida y criada, y su nombre era una referencia muy superior a las otras putas ordinarias en las lenguas de los hombres.

Pero cuando regresó a Constantinopla, Justiniano se enamoró apasionadamente de ella. Al principio la mantuvo sólo como su amante, aunque la elevó a rango patricio. A través de él Teodora pudo inmediatamente adquirir un perverso poder y unas muy grandes riquezas. Le parecía ella la cosa más dulce del mundo, y como todos los amantes, deseaba agrandar a su amor con todo posible favor y regalarla con toda su riqueza. La extravagancia añadió combustible a las llamas de la pasión. Con la ayuda de ella para gastar el dinero saqueó al pueblo más que nunca, no sólo en la capital, sino a lo largo del Imperio Romano. Como ambos habían sido durante mucho tiempo de la facción Azul, dieron a esta facción casi el total control de los asuntos de Estado. Fue mucho después cuando lo peor de este mal llegó de la siguiente manera.

Justiniano había estado enfermo varios días, y durante su enfermedad estuvo en tal peligro su vida que incluso se dijo que había muerto; y los Azules, que habían estado cometiendo los crímenes

que he mencionado antes, llegaron al punto de matar a Hipatio, un caballero de no poca importancia, a plena luz del día en la iglesia de Santa Sofía. El grito de horror por este crimen llegó a oídos del Emperador, y todos los cercanos a él aprovecharon la oportunidad de recalcar la magnitud de lo que se estaba haciendo de los asuntos públicos en ausencia del Justiniano; y enumeraron desde el principio cómo se habían muchos crímenes cometido. El Emperador entonces ordenó al Prefecto de la Urbe castigar aquellas ofensas. Este hombre era un tal Teodoto, de sobrenombre la Calabaza. Hizo una completa investigación y pudo arrestar a muchos de los responsables y condenarlos a muerte, aunque muchos otros no fueron encontrados, y escaparon. Luego la Fortuna tuvo a bien que esos sujetos se hicieran cargo de los asuntos del Imperio Romano.

Justiniano, restaurada inesperadamente su salud, inmediatamente decidió condenarlo a muerte por envenenador y mago. Pero, puesto que no tenía pruebas sobre las que condenarlo, torturó a sus amigos hasta que fueron obligados a decir palabras que injustamente lo arruinaron. Y cuando todos se apartaban de él y sólo en silencio lamentaban el complot contra Teodoto, un hombre, Proclo el Cuestor, se atrevió a decir que el hombre era inocente de la acusación lanzada contra él, y que en modo alguno habría merecido la muerte. Gracias a él, a Teodoto le fue permitido por el Emperador exiliarse a Jerusalén. Pero sabiendo allí que hombres habían sido enviados para acabar con él, se ocultó en la iglesia por el resto de su vida hasta que murió. Y este fue el destino de Teodoto.

Pero después de esto, los Azules se hicieron los más prudentes de los hombres. Pues no se aventuraron más a continuar sus ofensas, incluso aunque tenían abierta la posibilidad de transgredir la ley más audazmente que antes. Y la prueba de esto es que cuando unos pocos de ellos después mostraron tal audacia, ningún castigo cayó sobre ellos. Pues aquellos que tenían el poder de castigar, siempre daban a estos malvados tiempo para escapar, animando tácitamente al resto a pisotear las leyes.

X. CÓMO JUSTINIANO PROMULGÓ UNA NUEVA LEY QUE LE PERMITÍA CASARSE CON UNA CORTESANA.

Entonces, en tanto la anterior Emperatriz estuvo viva, Justiniano no pudo encontrar el modo de hacer a Teodora su legítima esposa. En este asunto se opuso a él como en ninguna otra: pues la señora aborrecía el vicio, siendo una campesina de descendencia bárbara, como he mostrado. Nunca pudo hacer nada bueno, a causa de su continua ignorancia de los asuntos de Estado. Cambió su nombre originario, porque temía que la gente lo considerara ridículo, y adoptó el nombre de Eufemia cuando vino a palacio. Pero finalmente su muerte removió este obstáculo al deseo de Justiniano.

Justino, chocho y totalmente senil, era entonces el hazmerreír de sus súbditos; era despreciado por todos por su incapacidad para ocuparse de los asuntos de estado; pero a Justiniano lo servían con considerable temor. Sus manos estaban en todo, y su pasión por la agitación creaba universal consternación.

Fue entonces cuando decidió consumir su matrimonio con Teodora. Pero como era imposible para un hombre de rango senatorio hacer de una cortesana su esposa, estando esto prohibido por una antigua ley, hizo al emperador derogar esta disposición creando otra nueva, que le permitía casarse con Teodora, y en consecuencia haciendo posible para cualquiera también tomar por esposa a una cortesana. Inmediatamente después de esto se hizo con el poder del Emperador, simulando su usurpación con un pretexto aparente: pues fue proclamado colega de su tío como Emperador de los Romanos por la cuestionable legalidad de una elección inspirada por el temor.

Así Justiniano y Teodora ascendieron al trono imperial tres días antes de Pascua, un tiempo, de hecho, en que hacer vistas o saludar a algún amigo está prohibido. Y no muchos días después Justino murió de enfermedad, después de reinar nueve años. Justiniano era único monarca, junto con, en efecto, Teodora.

Así fue que Teodora, a pesar de nacida y criada tal y como he relatado, se elevó a la dignidad real soslayando todos los obstáculos. Pues ningún pensamiento de vergüenza vino a Justiniano al casarse con ella, aunque podía haber elegido a la virgen más noble, más educada, más modesta, cuidadosamente criada, virtuosa y hermosa de todas las mujeres del Imperio Romano en conjunto: una doncella, como dicen, de noble pecho. En su lugar, prefirió hacer su mujer a la que había sido mujer común de todos los hombres, asimismo, indiferente a toda su historia revelada, tomó en matrimonio a una mujer no sólo culpable de cualquier contaminación sino que además se jactaba de sus muchos abortos.

Apenas necesito mencionar ninguna otra prueba del carácter de este hombre: pues toda la perversidad de su alma quedó de manifiesto totalmente en esta unión, lo cual sirve de intérprete, testigo y relator extenso de su descaro. Pues cuando un hombre una vez no hace caso a la deshonra de sus acciones y está dispuesto a arrostrar el desprecio de la sociedad, no hay después camino de ilegalidad que sea tabú para él, sino que con cara imperturbable avanza, fácilmente y sin escrúpulos, a los actos de infamia más profundos.

Sin embargo, ni un solo miembro del Senado, viendo esta desgracia cayendo sobre el Estado, osó quejarse o censurar el hecho; sino que todos ellos se inclinaron ante ella como si fuera una diosa. Ni hubo un sacerdote que mostrara enfado, sino que todos se dieron prisa en saludarla como Alteza. Y el populacho que la había visto antes en el escenario, levantaron inmediatamente las manos para proclamarse sus esclavos de facto y de nombre. Ni soldado alguno se quejó al serle ordenado que afrontara los peligros de la guerra en beneficio de Teodora ni hubo hombre alguno en la tierra que se aventurara a oponérsele.

Confrontados con esta desgracia, todos se rindieron, supongo, a la necesidad, pues era como si el Destino estuviera dando prueba de su poder para controlar los asuntos humanos tan malignamente como quisiera, mostrando que sus decretos no necesitan siempre ser acordes a la razón o a la rectitud humana. Así el Destino a veces eleva a mortales rápidamente a las alturas desafiando la razón, en oposición a todos los gritos de la justicia, y que no admite obstáculo, urgiendo a sus favoritos a apoderarse de sus objetivos sin estorbos ni impedimentos. Pero como esto es la voluntad de Dios, así dejémoslo estar y sea escrito.

Entonces Teodora era hermosa de rostro y de una gran gracia, aunque era pequeña de estatura; su tez era moderadamente colorida, si bien algo pálida; y sus ojos eran deslumbrantes y vivaces. Toda la eternidad no sería suficientemente larga para permitir a uno referir sus calaveradas en el escenario, pero los pocos detalles que he mencionado son suficientes para demostrar el carácter de la mujer ante las generaciones futuras.

Lo que ella y su esposo hicieron juntos debe ahora ser brevemente descrito: pues nada se hizo por uno sin el consentimiento del otro. Durante algún tiempo se supuso generalmente que eran totalmente distintos en mente y acción; pero después se reveló que su aparente diferencia había sido planeada, de modo que sus súbditos no pudieran unánimemente rebelarse contra ellos, sino en su lugar dividirlos en opinión.

Así dividieron a los Cristianos en dos partes, pretendiendo cada uno tomar partido por una, confundiendo a sí a ambas, como pronto mostraré; y entonces arruinaron a ambas facciones políticas. Teodora fingió apoyar a los Azules con todo su poder, animándoles a tomar la ofensiva contra la facción contraria y llevar a cabo los hechos de violencia más indignantes; mientras que Justiniano, afectando estar disgustado y secretamente celoso de ella, también fingía que no podía oponerse abiertamente a sus órdenes. Y así daban la impresión a menudo de que estaban actuando en oposición entre sí. Entonces él ordenaba que los Azules debían ser castigados por sus crímenes, y ella se quejaría airadamente de que contra su deseo era vencida por su marido. Con todo, los Azules, como he dicho, parecían cautos, pues no agredieron a sus vecinos tanto como podrían haber hecho.

Y en los juicios cada uno fingía estar a favor de uno de los litigantes, y presionaban para que el hombre con peor derecho en el caso ganara: y así robaban a ambos litigantes la mayor parte de la propiedad en liza.

Del mismo modo, el Emperador, tomando a muchas personas en su intimidad, les confería cargos con poder a través de los cuales podían defraudar al Estado hasta los límites de su ambición. Y tan pronto como habían reunido suficiente botín, perdían el favor ante Teodora, e inmediatamente eran arruinados. Al principio él simulaba una gran simpatía en su favor, pero pronto perdía de algún modo su confianza en ellos, y un aire de duda oscurecía su celo a su favor. Entonces Teodora los trataba vergonzosamente, mientras él, inconsciente de lo que se les estaba haciendo, confiscaba sus propiedades y audazmente se apoderaba de sus fortunas. Por tales hipocresías bien planeadas confundían al pueblo y, pretendiendo estar en disconformidad el uno con el otro, podían establecer una firme y mutua tiranía.

XI. CÓMO EL DEFENSOR DE LA FE ARRUINÓ A SUS SÚBDITOS.

Tan pronto como llegó Justiniano al poder cambió todo de arriba abajo. Lo que había estado antes prohibido por ley, ahora lo introdujo en el gobierno, a la par que revocaba todas las costumbres establecidas como si se le hubieran confiado el hábito de Emperador bajo la condición de revolverlo todo. Abolió cargos, e inventó otros nuevos para el manejo de los asuntos públicos. Hizo lo mismo con las leyes y con las ordenanzas del ejército; y su razón no era ninguna mejora de la justicia o ventaja pública, sino simplemente que todo pudiera así ser nuevo y llamado según su decisión. Y a lo que estaba más allá de su poder de abolición, le daba cualquier otro nombre según su voluntad.

Nunca se cansó de saquear las propiedades y de asesinar a los hombres. Tan pronto como había robado todas las casas de valor, buscaba alrededor otras; entretanto malgastaba los despojos de sus precedentes saqueos en subsidios a los bárbaros o en levantar extravagantes edificaciones sin sentido. Y cuando había arruinado a quizás miríadas en este loco pillaje, inmediatamente se ponía a planear cómo podía hacer lo mismo con otros incluso en gran número.

Como los Romanos entonces estaban en paz con todo el mundo y no tenía otros medios de satisfacer su pasión por el asesinato, incitó a los bárbaros a luchar unos con los otros. Por ninguna razón en absoluto convocó a los jefes Hunos y con estúpida magnanimidad les entregó enormes sumas de dinero, alegando hacer esto para asegurar su amistad. Esto, como dije, también lo hizo en tiempos de Justino. Estos Hunos, tan pronto como habían conseguido este dinero, lo enviaban junto con sus soldados a otros de sus caudillos, con la palabra de hacer incursiones en la tierra del Emperador, de modo que pudieron obtener además un tributo de él, para comprar una segunda paz. Así los Hunos esclavizaron al Imperio Romano y fueron pagados por el Emperador para que continuaran haciéndolo.

Esto animó aún a otros a robar a los Romanos pobres; y después de sus pillajes, eran además premiados también por el generoso Emperador. De este modo todos los Hunos, pues cuando no era una de sus tribus era otra, continuamente corrían y devastaban el Imperio. Pues los bárbaros eran mandados por diferentes caudillos, y la guerra, gracias a la necia generosidad de Justiniano, se prolongaba así sin fin. Por ello ningún lugar, montaña, cueva, o cualquier otro punto en territorio Romano, durante este tiempo, permaneció sin ser afectado, y muchas regiones fueron saqueadas más de cinco veces.

Estos infortunios, y aquellos que fueron causados por los Medos, Sarracenos, Eslavos, Antes, y el resto de Bárbaros, los he descrito en mis precedentes trabajos. Pero, como dije en el prefacio de este mi relato, la causa real de estas calamidades había de ser dicho aquí.

A Cosroes también pagó grandes cantidades de oro a cambio de la paz, y entonces con arbitrariedad estúpida causaba la ruptura de la tregua haciendo todo esfuerzo para asegurarse la amistad de Alamandur y sus Hunos, quienes habían estado en alianza con los Persas, pero esto lo he tratado extensamente en mis capítulos sobre este asunto.

Sin embargo, mientras estaba animando a la confrontación civil y la guerra en las fronteras para confundir a los Romanos, con un único pensamiento en su mente: que la tierra se empapara de sangre humana y pudiera hacerse con más y más botín, inventó nuevas formas de acabar con sus súbditos. Entonces entre los Cristianos en todo el Imperio Romano, había muchos con doctrinas disidentes, que se llaman herejías por la iglesia establecida, tales como las de los Montanistas y los Sabatianos, y cualesquiera otras que hacen que las mentes de los hombres se aparten del verdadero camino. Todo lo de estos creyentes ordenó que fuera abolido, y su lugar ocupado por el dogma ortodoxo, amenazando con, entre otras penas por desobediencia, la pérdida del derecho de los

heréticos a legar sus bienes a sus hijos u otros parientes.

Entonces las iglesias de los llamados heréticos, especialmente de aquellos que pertenecían a los disidentes Arrianos, eran increíblemente ricas. Ni todo el Senado junto ni otro grupo grande del Imperio Romano tenían en propiedad algo comparable a lo de esas iglesias. Pues sus tesoros de oro y plata, y montones de piedras preciosas iban más allá de cualquier narración o cuenta; tenían sus propias mansiones y villas enteras, tierras en todo el mundo, y cualesquiera otras cosas que se puedan contar como riqueza entre los hombres.

Como ninguno de los Emperadores precedentes había molestado a estas iglesias, muchos hombres, incluso aquellos de la fe ortodoxa, ganaban su sustento trabajando en sus propiedades. Pero el Emperador Justiniano, en confiscando aquellas propiedades, al mismo tiempo privaba a mucha gente de aquello que había sido su único modo de ganarse la vida.

Agentes fueron enviados a todas partes para forzar a cualesquiera encontraran a renunciar a la fe de sus padres. Esto, que parece impío para la gente rústica, les hizo rebelarse contra aquellos que les daban tal orden. Así muchos perecieron a manos de la facción perseguidora, y otros se suicidaron, pensando absurdamente que esta era la mejor solución entre dos males; pero la mayor parte con mucho de ellos abandonaron la tierra de sus padres, y huyeron del país. Los Montanistas, que vivían en Frigia, se encerraron en sus iglesias, se arrojaron al fuego, y ascendieron a la gloria en las llamas. Y a partir de entonces todo el Imperio Romano fue una escena de masacre y huida.

Una ley similar fue promulgada contra los Samaritanos, que iniciaron en Palestina una agitación indescriptible.

Aquellos, de hecho, que vivían en mi propia Cesárea y en las otras ciudades, considerando estúpido sufrir un mal trato por la ridícula tontería de un dogma, tomaron el nombre de Cristianos en lugar del que habían tenido antes, por la cual precaución pudieron evitar los peligros de la nueva ley. La más respetable y alta clase de estos ciudadanos, una vez que hubieron adoptado esta religión, decidieron permanecer fieles a ella; la mayoría, empero, como si fuera en rencor por haber no voluntariamente, sino por la imposición legal, abandonado las creencias de sus padres, pronto ingresaron en la secta de los Maniqueos y en lo que es conocido como politeísmo.

Las gentes del campo, empero, se unieron y resolvieron tomar las armas contra el Emperador, eligiendo como su candidato al trono a un bandido llamado Julián, hijo de Sabaro. Y durante un tiempo se sostuvieron contra las tropas imperiales; pero finalmente, vencidos en batalla, fueron muertos, junto con su caudillo. Diez miríadas de hombres se dice perecieron en este encuentro, y la más fértil tierra del orbe se vio así desierta de campesinos. A los propios Cristianos de estas tierras, el asunto los puso en gran dificultad, pues mientras sus beneficios producidos por aquellas propiedades eran cortados, hubieron de pagar altos impuestos anuales al Emperador durante el resto de sus vidas, asegurada la no remisión de este gravamen.

Entonces dirigió su atención a aquellos llamados Gentiles, torturando sus personas y saqueando sus tierras. De esta gente aquellos que decidieron hacerse Cristianos de nombre se salvaron de momento; pero no pasó mucho antes de que aquellos, también, fueran sorprendidos haciendo libaciones y sacrificios y otras ceremonias malditas. Y cómo trató a los Cristianos será relatado a continuación.

Después de esto promulgó una ley prohibiendo la sodomía: una ley no dirigida contra las ofensas cometidas después de su publicación, sino contra aquellos que pudieran haber sido convictos de haber practicado este vicio en el pasado. El curso de esta persecución fue muy ilegal. Se dictaron sentencias cuando no había acusador; la palabra de un hombre o niño, y la de quizás un esclavo, obligado contra su voluntad a testimoniar contra su dueño, se tuvieron por prueba suficiente. Aquellos que eran condenados fueron castrados y luego exhibidos en público. Al inicio, esta persecución se dirigió sólo contra aquellos que, de la facción Verde, eran reputados

especialmente ricos, o habían por otra parte despertado envidias.

La malicia del Emperador se dirigió también contra los astrólogos. Por consiguiente, los magistrados designados para castigar a los ladrones abusaron también de los astrólogos, por ninguna razón salvo la de pertenecer a esta profesión; azotándolos en la espalda y haciéndoles desfilar por la ciudad en camellos, aunque eran ancianos, y de todo punto respetables, sin haber reproche contra ellos, salvo el de que estudiaban la ciencia de las estrellas mientras vivían en tal ciudad.

Por consiguiente hubo una constante corriente de emigración no sólo a la tierra de los bárbaros sino a lugares muy alejados de la tierra Romana; y en cada campo y ciudad uno podía ver multitudes de extranjeros. Pues para escapar de la persecución, todos cambiaron prontamente su país por otro, como si su propia tierra hubiera sido tomada por un enemigo.

XII. PROBANDO QUE JUSTINIANO Y TEODORA ERAN REALMENTE DEMONIOS CON FORMA HUMANA.

Entonces la riqueza de aquellos que en Constantinopla y otras ciudades eran considerados prósperos, sólo miembros del Senado, fue confiscada brutalmente, de la manera que he descrito, por Justiniano y Teodora. Pero cómo pudieron robar incluso al Senado toda su riqueza lo revelaré ahora.

Había en Constantinopla un hombre llamado Zenón, nieto de aquel Antemio que fue antaño Emperador de Occidente. Este hombre fue nombrado, con malicia premeditada, prefecto de Egipto, y se le ordenó partir inmediatamente a su destino. Pero difirió su viaje mucho para embarcar con sus bienes más valiosos, pues tenía incontable copia de oro y plata con perlas, esmeraldas y otras tales piedras preciosas. Visto lo cual, sobornaron a algunos de sus criados de mayor confianza para sustraer estos objetos de valor de la nave tan rápidamente como pudieran llevárselos, poner fuego en el interior de la nave, e informar a Zenón de que su nave había estallado en llamas por combustión espontánea, con la pérdida de toda su hacienda. Después, cuando Zenón murió súbitamente, tomaron posesión de su herencia inmediatamente como sus herederos legales, pues se inventaron un testamento que, se comenta, realmente no era suyo.

De la misma manera se hicieron herederos de Tatiano, Demóstenes e Hilara, que eran los primeros en el Senado Romano. Y obtuvieron los bienes de otros falsificando cartas haciéndolas pasar por testamentos. Así se hicieron herederos de Dionisos, que vivía en Líbano, y de Juan, hijo de Basilio, quien era el más notable ciudadano de Edesa y había sido dado contra su voluntad por Belisario como rehén a los Persas, como he contado en otra parte. Pues Cosroes rechazó dejar ir a Juan, alegando que los Romanos habían incumplido los términos de la tregua, como prenda de la cual Juan le había sido entregado por Belisario; y le dijo que le trataría sólo como un prisionero de guerra. Así la madre de su padre, que aún vivía, reunió un rescate de no menos de dos mil libras de plata y estaba lista para lograr la libertad de su nieto. Pero este dinero cuando llegó a Daras, el Emperador lo supo por un comerciante y prohibió que la negociación fuera adelante, diciendo que la riqueza Romana no debía ser entregada a bárbaros. No mucho después de esto, Juan cayó enfermo y partió de este mundo, con lo cual el gobernador de la ciudad fabricó una carta, que, dijo, Juan le había escrito a él como amigo no mucho antes, para manifestar que deseaba que su hacienda fuera para el Emperador.

Apenas podría enumerar a todas las demás personas de cuyos bienes los emperadores decidieron ser herederos. Sin embargo, hasta el momento en que la rebelión llamada Nika ocurrió, se apoderaron de las haciendas de los ricos, una cada vez; pero cuando aquello ocurrió, como he relatado en otra parte, incautaron de golpe todas las propiedades de casi todos los miembros del Senado. En todos los muebles y en lo mejor de las tierras pusieron sus manos y retuvieron cuanto quisieron; pero cualquier cosa que era de menos valor que los amargos y pesados impuestos, se la devolvieron a sus dueños anteriores como un gesto filantrópico. Por consiguiente estos infortunados, oprimidos por los recaudadores y acosados por los intereses siempre crecientes de sus deudas, encontraron la vida ser una carga en comparación con la cual la muerte era preferible.

Por lo cual para mí (y para muchos otros de nosotros), estos dos parecían no seres humanos, sino verdaderos demonios, y lo que los poetas llaman vampiros: que juntan sus cabezas para ver cómo pueden más fácil y rápidamente destruir la raza y los asuntos de los hombres; y asumiendo cuerpos humanos, se hacen hombres demonio, y así convulsionaron el mundo. Y uno podría encontrar pruebas de esto en muchas cosas, pero especialmente en el poder sobrehumano con el que lograron sus deseos.

Pues cuando uno examina de cerca, hay una clara diferencia entre lo que es humano y lo que

es sobrenatural. Ha habido muchos hombres, durante todo el curso de la historia, que por azar o por naturaleza han inspirado un gran pavor, arruinando ciudades o países o cualquier cosa que cayera en sus manos, pero destruir a todos los hombres y traer la calamidad a todo el orbe habitado quedó para que lo hicieran estos dos, a los que el Destino ayudó en sus planes de corromper a toda la humanidad. Pues por terremotos, pestes y crecidas de ríos se produjo una enorme ruina en este tiempo, como ahora mostraré. Así no por un poder humano, sino por algún otro tipo de potestad lograron sus terribles objetivos.

Y dicen que su madre comentó una vez a algunos de sus íntimos que Justiniano no era hijo de Sabacio, su marido, ni de hombre alguno. Pues cuando estaba en la época en que lo concibió, la visitó un demonio, invisible pero dando prueba perceptible de que estaba con ella en el modo en que un hombre se une con una mujer, después de lo cual desapareció completamente como en un sueño.

Y algunos de aquellos que habían estado con Justiniano en palacio ya tarde, por la noche, hombres que eran puros de espíritu, pensaron que habían visto una extraña forma demoníaca tomando su lugar. Un hombre dijo que el Emperador súbitamente se levantó de su trono y caminó, y de hecho nunca había solido permanecer sentado durante mucho, e inmediatamente la cabeza de Justiniano había desaparecido, mientras el resto de su cuerpo parecía aumentar y disminuir, ante lo cual el espectador estaba paralizado de horror y temeroso, preguntándose si sus ojos lo engañaban. Pero percibió que realmente la cabeza desaparecida aparecía y se unía al cuerpo otra vez tan extrañamente como lo había abandonado.

Otro dijo que estaba al lado del Emperador cuando estaba sentado, y de súbito su cara cambió en una masa informe de carne, sin cejas ni ojos en su lugar, ni otra característica distintiva, y, después de un tiempo, la apariencia normal de su cara volvió. Escribo estas cosas no como alguien que las viera por mí mismo, sino que las oí de hombres buenos que habían visto estos sucesos extraños en aquel entonces.

Dicen también que un cierto monje, muy devoto de Dios, a instancias de aquellos que vivían con él en el desierto fue a Constantinopla para pedir gracia para sus vecinos que habían sido ultrajados más allá del límite. Y cuando llegó allí, obtuvo inmediatamente una audiencia con el Emperador; pero apenas cuando estaba a punto de llegar a su presencia, paró cuando sus pies estaban en el umbral, y caminó repentinamente hacia atrás, dando media vuelta. Con lo cual el eunuco que lo escoltaba, y otros que estaban presentes, le señalaron que siguiera adelante. Pero no contestó una palabra, y, como un hombre que hubiera recibido un golpe, regresó de nuevo a su punto de partida. Y cuando algunos le preguntaron por qué había actuado así, dicen que declaró claramente que vio al Rey de los Demonios sentado en el trono en palacio, y que procuraría no reunirse más con él o pedirle ningún favor.

De hecho, ¿cómo iba a ser este hombre probablemente cualquier otra cosa sino un espíritu malvado, que nunca conoció la honesta saciedad de la bebida o alimento o sueño, sino que probaba al azar las comidas que le habían servido ante él, vagaba por el palacio en las horas intempestivas de la noche, y estaba poseído por la lujuria inextinguible de un demonio?

Además algunos amantes de Teodora, en la época en que estaba en el escenario, dicen que de noche un demonio a veces descendía sobre ellos y los sacaba de la habitación, de modo que pudiera pasar toda la noche con ella. Y había una cierta bailarina llamada Macedonia, que pertenecía a la facción Azul de Antioquía, que vino a tener mucha influencia. Pues solía escribir cartas a Justiniano mientras Justino aún era Emperador, y así lograba ella que expulsaran a cualesquiera hombres notables contra los que tuviera resentimiento y confiscar sus bienes para el Erario.

Esta Macedonia, dicen, saludó a Teodora al tiempo de su llegada de Egipto y Libia; y cuando vio que ella se preocupaba gravemente y estaba deprimida por los malos tratamientos que había sufrido de Hecebolo y por la pérdida de su dinero durante esta aventura, intentó animar a Teodora recordándole que la Fortuna probablemente hiciera luego que otra vez fuera dueña de una gran

riqueza. Entonces, dicen, Teodora solía relatar cómo una noche, a altas horas de la madrugada, tuvo un sueño, ordenándole no pensar en dinero, ya que cuando llegara a Constantinopla, compartiría el lecho del Rey de los Demonios, y que debía pensar en hacerse su esposa legítima y después de eso ser la señora de todo el dinero del mundo. Y que esto es lo que ocurrió es la opinión de la mayoría de la gente.

XIII. AFABILIDAD Y PIEDAD ENGAÑOSAS DE UN TIRANO.

Justiniano, mientras que era tal y como he descrito sobre su carácter en general, se mostraba por otra parte accesible y afable para con sus visitantes; nadie de todos aquellos que solicitaban audiencia con él fue nunca rechazado, incluso los que lo trataron incorrecta o ruidosamente nunca lo hicieron enojarse. Por otra parte, nunca se avergonzó de los asesinatos que cometió. Así, nunca mostró signo de cólera o irritación ante ningún ofensor, pero con una cara apacible y la frente serena dio órdenes de destruir a miríadas de hombres inocentes, saquear ciudades y confiscar cualquier propiedad para el Erario Público.

Uno pensaría de esto que el hombre tenía la mentalidad de un cordero. Si, empero, alguien intentaba acercarse a él y pedirle suplicante que perdonara a sus víctimas, hacía muecas como una bestia salvaje y la aflicción se apoderaba de aquellos que veían sus dientes de esta manera enseñados.

Y mientras parecía que albergaba firme creencia en Cristo, esto, empero, fue también para ruina de sus súbditos, pues permitió que los sacerdotes audazmente se apoderaran de los bienes de sus vecinos, e incluso tomó una simpatía comprensiva a sus robos, imaginando que compartía así su piedad divina cuando juzgaba tales casos. Al actuar así, pensaba que hacía una cosa santa cuando daba la razón al sacerdote y lo dejaba ir libre con su botín adquirido ilícitamente. La justicia, en su mente, significaba que los sacerdotes conseguían la victoria sobre sus oponentes. Cuando él mismo de esta manera ilegal lograba la propiedad de bienes de gente viva o muerta, inmediatamente los dedicaba a una de las iglesias, simulando su violencia con el color de la piedad, de modo que sus víctimas no podían tener la posibilidad de recuperar su hacienda. Además, cometió un incontable número de asesinatos por la misma causa, ya que en su celo de ingresar a todo hombre en la doctrina Cristiana, temerariamente mataba a cuantos disentían, y esto también lo hizo en nombre de la piedad, pues no consideraba homicidios esas muertes, cuando los que perecían eran creyentes de una fe distinta a la suya.

Tan implacable era su sed de sangre humana. Y con su esposa, proclive también a lograr este objetivo de destruir a la humanidad, no olvidó ninguna posible excusa para la matanza. Pues aquellos dos eran casi gemelos en sus deseos, aunque simularan diferir: ambos eran sinvergüenzas, sin embargo afectaban oponerse uno al otro, y así destruían a sus súbditos. El hombre era más ligero de carácter que una nube de polvo y podía ser convencido para hacer cualquier cosa que cualquier hombre deseara hacer, siempre y cuando la materia no requiriera de filantropía o generosidad. Escuchaba sin fin discursos laudatorios, y sus aduladores no tenían ninguna dificultad en persuadirlo de que estaba destinado a elevarse tan alto como el sol y caminar sobre las nubes.

Una vez, de hecho, Triboniano, que estaba sentado cerca de él, dijo que su mayor temor era que Justiniano algún día por motivo de su piedad fuera llevado al cielo y desapareciera en un carro de fuego. Tal alabanza, si no ironía, como esta la interpretaba conforme a la firme convicción que albergaba en su mente.

Con todo si reparaba alguna vez en la virtud de algún hombre, pronto lo ultrajaba como a un villano; y cuando abusaba de alguno de sus súbditos, luego cambiaba de parecer y lo elogiaba, sin ninguna razón para el cambio. Pues lo que pensaba era siempre lo contrario de lo que decía y deseaba aparentar.

Cómo era afectado por la amistad o la enemistad lo he indicado por la prueba de sus acciones. Pues como enemigo era implacable e inalterable, y para sus amigos inconstante. Así, arruinó temerariamente a la mayoría de los que fueron leales, pero nunca se hizo amigo de alguno a los que odiaba. Incluso a aquellos, que parecían ser sus asociados más próximos y queridos, los traicionó,

después de no mucho tiempo, para agradar a su esposa o a otro cualquiera, aunque estaba bien enterado de que sólo por su devoción a él habían muerto. Pues era abiertamente desleal en todo, excepto, de hecho, a la inhumanidad y a la avaricia. De estos ideales ningún hombre podía apartarlo. Lo que su esposa no podía de otra manera inducirle a que hiciera, lograba que estuviera dispuesto a hacerlo sugiriéndole los grandes beneficios que se esperarían del asunto en que ella estaba pensando. Pues si había algo infame, no tenía ningún escrúpulo en contra de promulgar una ley y luego negarla. Ni sus decisiones eran tomadas según las leyes que él mismo había escrito, sino según estuviera influido por la visión de una mayor o más magnífica expectativa de beneficio. Robando, poco a poco, las propiedades de sus súbditos, no vio ninguna razón para sentirse avergonzado, aunque esto lo hacía cuando, de hecho, no lo podía arrebatar todo de una vez, ya aduciendo alguna acusación inesperada ya presentando una declaración de voluntad falseada.

No hubo, mientras gobernó a los Romanos, ninguna fe segura en Dios, ninguna esperanza en la religión, ninguna defensa en la ley, ninguna seguridad en el negocio, ninguna confianza en un contrato. Cuando daba a sus funcionarios cualquier asunto para que lo manejaran para él, si mataban a muchas de sus víctimas y robaban al resto, eran vistos por el emperador con alto favor y hacía de ellos una mención honorable por ejecutar tan perfectamente sus instrucciones. Pero si demostraban alguna misericordia y después volvían a él, fruncía el ceño y era a partir de entonces su enemigo.

Desdeñando la capacidad de esos hombres como algo pasado de moda, no los llamaba más a su servicio. Por lo tanto, muchos estaban impacientes por demostrarle qué malos eran, aun cuando ellos no eran realmente de esa manera en absoluto. Hacía promesas frecuentes, garantizadas con un juramento o por una confirmación escrita, y luego se olvidaba directamente de ellas adrede, pensando que esta gran negligencia aumentaba su importancia. Y Justiniano actuaba así no sólo con sus súbditos, sino con muchos enemigos, como he dicho ya.

Era incansable; y dormía apenas, por lo general; no tenía ningún apetito por el alimento o la bebida, sino que tomaba un bocado con las extremidades de sus dedos, lo probaba y lo dejaba en la mesa, como si comer fuera un deber impuesto a él por la naturaleza y de ningún interés. De hecho, permanecía a menudo sin alimento durante dos días y noches, especialmente en los días precedentes a la festividad llamada Pascua, que impone tal ayuno. Entonces, como he dicho, estaba a menudo sin comer durante dos días, viviendo solamente con una poca agua y algunas hierbas salvajes, durmiendo quizás una sola hora, y pasando después el resto del tiempo caminando hacia arriba y hacia abajo.

Pero si, téngase presente, hubiera empleado estos días de fiesta en buenos trabajos, los problemas podrían haber sido aliviados considerablemente. En lugar de ello, dedicó la fuerza completa de su naturaleza a la ruina de los Romanos, y tuvo éxito en arrasar el Estado desde sus cimientos. Pues su vigilia constante, sus privaciones y sus trabajos fueron arrostrados por ninguna otra razón que la de idear cada día nuevas y mayores calamidades para su pueblo. Porque estaba, como he dicho, inusualmente dotado de talento para inventar y rápido en lograr actos impíos, de modo que incluso al final las buenas cualidades que en él existían se dirigieron a propiciar la caída y ruina de sus súbditos.

XIV. JUSTICIA EN VENTA.

Fue este un tiempo en que la administración de los asuntos cayó en una gran confusión, y de las antiguas costumbres ninguna permaneció vigente; unos pocos ejemplos referiremos para ilustrar este aserto, y el resto deberá quedar en silencio, para que este libro pueda tener un final. En primer lugar, Justiniano, no teniendo aptitud natural alguna para la dignidad imperial, ni adoptó los modales reales ni pensaba fuera ello necesario para su prestigio. En su expresión, en su vestido y en sus ideas era un bárbaro. Cuando deseaba promulgar un decreto, no lo hacía a través de la oficina del Cuestor, como era usual, sino prefería más frecuentemente anunciarlo él mismo, a pesar de su acento bárbaro; o a veces hacía que un grupo de amigos íntimos suyos lo publicaran juntos, de modo que aquellos que se veían concernidos por el edicto no sabían a cuál de ellos dirigirse.

A los secretarios privados, como son llamados, que habían cumplido con su deber durante años, no se les confiaba la redacción de los despachos secretos del Emperador, sino, al contrario, los escribía él mismo y prácticamente todo su texto; de modo que en los pocos casos en que se olvidaba de dar instrucciones a los magistrados urbanos, no sabían a dónde ir para enterarse sobre sus deberes. Pues no dejaba a nadie en el Imperio Romano decidir nada independientemente, sino que, asumiendo todo para sí con arrogancia insensata, dictaba la sentencia en los litigios antes de que vinieran a juicio, aceptando la versión de uno de los litigantes sin escuchar al otro, y después proclamaba que la discusión estaba concluida, no influido por la ley o la justicia, sino abiertamente rendido a la baja avaricia. En aceptar sobornos el Emperador no sentía ninguna vergüenza, puesto que el hambre por la riqueza devoraba su decencia.

A menudo los decretos del Senado y aquellos del Emperador estuvieron en conflicto. El Senado, empero, estaba sólo para dar un efecto pintoresco, sin ningún poder para votar o hacer cosa alguna. Era convocado como algo puramente formal, para cumplir con las antiguas leyes, y ninguno de sus miembros tenía permitido añadir una sola palabra. El emperador y su consorte asumieron la decisión de todos los asuntos en disputa, y su deseo sin duda prevalecía. Y si alguno pensaba que su victoria en un caso era incierta porque era ilegal, sólo tenía que dar al emperador más dinero y una nueva ley era inmediatamente promulgada revocando la anterior. Y si alguno incluso prefería la ley que había sido derogada, el gobernante no sentía ninguna reluctancia en restablecer su vigencia de la misma manera.

Bajo este reinado de violencia nada era estable, sino que la balanza de la justicia se movía en círculo, inclinándose a la parte que podía cargar el platillo de dicha balanza con la cantidad más pesada de oro. Públicamente en el Foro, y bajo el manejo de los funcionarios de palacio, la venta de las decisiones de la Corte y de las leyes continuó.

Los funcionarios llamados Referendarios no estaban muy satisfechos con cumplir meramente su obligación de presentar al Emperador las solicitudes de los peticionarios y de referir a los magistrados qué había decidido en la causa del solicitante, sino que, reuniendo testimonios sin valor de todas partes, con noticias falsas y asertos mendaces, engañaban a Justiniano, quien estaba naturalmente inclinado a prestar oídos a cualquier clase de cosa; y luego volvían ante los litigantes, sin decirles qué se había dicho durante su entrevista con el emperador, pidiéndoles tanto dinero como querían. Y nadie osaba oponérseles. Así los derechos de los litigantes quedaban sin proteger.

Los soldados de la guardia Pretoriana, que estaban presentes en los juicios de la corte imperial en palacio, también usaban de su poder para influir en las decisiones judiciales. Todos, podría uno decir, salían de sus puestos y se encontraban con que estaban en libertad de poder recorrer por lugares que tenían prohibidos y que nunca antes les habían consentido pisar; todas las barreras se habían venido abajo, incluso se perdieron los nombres de las antiguas restricciones. El gobierno

estaba como una reina rodeada por niños retozantes. Pero debo prescindir de nuevos ejemplos, como he dicho al comienzo de este capítulo.

Estoy, empero, obligado a mencionar al hombre que primero enseñó al emperador a vender sus decisiones. Éste era León, un natural de Cilicia, un malvado ansioso de enriquecerse. Este León era el príncipe de los aduladores, y tenía la virtud de ganarse la buena voluntad de los ignorantes. Ganándose la confianza del emperador, dirigió la locura del tirano hacia la ruina del pueblo. Este hombre fue el primero en mostrar a Justiniano cómo cambiar la justicia por dinero.

Tan pronto como aprendió a ser un ladrón, nunca ya paró, sino que avanzando por este camino, el mal creció tanto que si alguien deseaba ganar un caso injusto contra un hombre honesto, iba primero a León, y conviniendo que una parte de la propiedad en disputa sería dividida entre este hombre y el monarca, dejaba el palacio con su caso ilícito ya ganado. Y León pronto amasó una gran fortuna de este modo, llegó a ser señor de muchas tierras y fue el mayor responsable de poner el estado Romano de rodillas.

No había seguridad en los contratos, ni derecho, ni palabra, ni compromiso escrito, ni castigo, ni nada, a menos que primero se hubiera entregado el dinero a León y al emperador. E incluso comprar el apoyo de León no daba seguridad, ya que Justiniano era muy inclinado a tomar el dinero de ambas partes: no sentía culpabilidad por robar a cualquier persona, y luego, cuando ambos habían confiado en él, traicionaba a uno y mantenía su promesa con el otro, al azar. No veía nada malo en tal doble juego, siempre que le hiciera ganar. Esta es la clase de persona que era Justiniano.

XV. CÓMO LOS ROMANOS SE CONVIRTIERON EN ESCLAVOS.

Teodora también endureció incesantemente su corazón en la práctica de la inhumanidad. Lo que hacía, nunca fue para agradar u obedecer a alguien; lo que deseaba, lo lograba por sí misma aplicando todo su poder, y nadie osaba interceder por quien se había cruzado en su camino. Pues ni el paso del tiempo ni el pleno rigor del castigo ni la destreza del rogante ni la amenaza de muerte, cuya venganza enviada por el Cielo es temida por toda la humanidad, podían persuadirla de disminuir su cólera. En vez de ello, el hijo del difunto heredaría la enemistad de la Emperatriz, junto con el resto del patrimonio de su padre y aquel a su vez lo legaba a la tercera generación. Pues el espíritu de ella estaba más que preparado a manifestarse para la destrucción de los hombres, mientras no hubo cura alguna para su fiebre.

Cuidaba de su cuerpo más de lo necesario, si bien menos de lo que ella consideraba deseable. Pues entraba temprano en el baño y salía de él tarde, y habiéndose bañado, se iba a desayunar. Después del desayuno descansaba. En la comida y en la cena participaba de cada clase de comida y de bebida; y dedicaba muchas horas a dormir, por el día hasta el anochecer, por la noche hasta el amanecer. Aunque perdía sus horas así de inmoderadamente, cuanto tiempo del día le quedaba lo juzgaba suficiente para dirigir el imperio Romano.

Y si el Emperador le confiaba cualquier asunto a alguien sin consultárselo, el resultado de ello sería para el funcionario su pronta y violenta pérdida de favor y una muerte muy vergonzosa.

Era fácil para Justiniano enterarse y manejar todo, no sólo a causa de su tranquilidad de temperamento, sino porque difícilmente dormía alguna vez, como he dicho, y porque no era cuidadoso con sus audiencias. En efecto, se le dio a la gente del pueblo, aun de origen oscuro y desconocido, la gran oportunidad no sólo de ser admitido en presencia del tirano, sino de conversar con él, y tratarle en privado.

Pero a presencia de la emperatriz ni los más altos funcionarios podían acceder sino con gran esfuerzo y cuitas; como esclavos tenían que esperar todo el día en una pequeña y atestada antecámara, pues ausentarse era un riesgo que ningún funcionario osaba asumir. Así permanecían allí de pie, esforzándose cada uno en mantener su rostro por encima del de su vecino, de modo que los eunucos, cuando venían de la sala de audiencias, pudieran verlos. Algunos eran llamados después, quizá, de varios días; y cuando entraban a presencia de ella con gran temor, eran rápidamente despedidos tan pronto habían hecho la reverencia y besado sus pies. Pues hablar o hacer cualquier petición, salvo lo que ella ordenaba, no estaba permitido.

El gobierno entonces no era de personas libres, sino de siervos, y Teodora era la guía de los esclavos. Tanto se había la sociedad Romana corrompido, entre la falsa bondad del tirano y la áspera implacabilidad de su consorte. Pues no se podía confiar en su sonrisa, y nada podía hacerse contra su ceño. En la afabilidad de uno había inestabilidad, en la severidad de la otra un obstáculo a la acción, pero en avaricia, crueldad y disimulo iban de la mano. Ambos fueron mentirosos de primera categoría.

Y si alguien que había caído en desgracia ante Teodora era acusado de algún error pequeño e insignificante, inmediatamente fabricaba nuevos cargos injustificados contra el hombre, y hacía que el asunto llegara a ser una acusación realmente seria. Se hacían todo tipo de acusaciones, los tribunales estaban constituidos para saquear a las víctimas, con jueces seleccionados por ella, que competían entre sí para ver quién de ellos podría satisfacerla más al ajustar su decisión a la inhumanidad de la emperatriz. Y así la hacienda de la víctima era inmediatamente confiscada, y, después de que fuera cruelmente azotado, incluso aunque perteneciera quizás a una familia noble y antigua, ella lo hacía duramente condenar a muerte o al exilio.

Pero si alguno de sus favoritos ocurría que era sorprendido en un asesinato u otro crimen grave, ridiculizaba y menospreciaba los esfuerzos de sus acusadores, y les obligaba, aun contra su voluntad, a retirar los cargos. De hecho, tan pronto sentía inclinación por un asunto, lo convertía, aunque fuera muy serio, en una broma, como si de nuevo estuviera en el escenario de un teatro.

Una vez un anciano patricio, quien había sido durante largo tiempo un alto funcionario (cuyo nombre bien conozco, pero me cuidaré mucho de mencionarlo, para no traer el ridículo eterno sobre él), que era incapaz de cobrar de uno de los asistentes de la emperatriz una considerable suma de dinero que le era debida, fue ante ella con la intención de reclamar su crédito e implorarle su ayuda. Pero Teodora estaba avisada y les dijo a sus eunucos que tan pronto el patricio fuera admitido en su presencia, lo rodearan entre todos y estuvieran atentos a sus palabras, instruyéndoles sobre el modo en que tenían que responder después de que las pronunciara. Y cuando el patricio fue admitido a sus habitaciones privadas, besó a la emperatriz sus pies según la costumbre y, llorando, le dijo:

«Señora, es duro para un patricio pedir dinero. Pues lo que en otros hombres suscita simpatía y piedad, en uno de mi rango es considerado una desgracia. Cualquier otro hombre que sufriera la pobreza puede alegar esto en su defensa ante sus acreedores, y recibir inmediatamente una ayuda frente a esta dificultad, pero un patricio, no sabiendo de dónde puede sacar los fondos para pagar a sus acreedores, estaría avergonzado primeramente en admitirlo.

»En efecto, Señora, tal es mi ruego. Tengo acreedores a los que debo dinero, mientras otros me lo deben a mí. Y a aquellos a los que debo dinero, quienes me están presionando para que les pague, no puedo, por causa de mi reputación, intentar no pagarles; mientras que mis deudores, porque no son patricios, se niegan a pagarme con cualquier excusa. Te ruego, por tanto, te suplico y te pido que me ayudes en lo que es justo, y libérame de mi actual apuro».

Así habló, y la emperatriz le respondió musicalmente:

«Señor patricio Fulano», a lo cual el coro de eunucos cantó:

«¡Tu hernia parece que te molesta mucho!

Y cuando el hombre le pedía de nuevo, haciendo un segundo discurso similar al primero, le respondía como antes, y el coro cantaba la misma letra: hasta que, levantándose, el pobre infeliz se inclinó según la usual forma de reverencia y se fue a casa.

Buena parte del año la emperatriz residía en los suburbios próximos a la costa, especialmente en el lugar llamado Heraeum, y la numerosa muchedumbre de sus asistentes estaba sujeta a una gran inconveniencia, pues era difícil conseguir las vituallas necesarias, y estaban expuestos a los peligros del mar, especialmente a las frecuentes tormentas inesperadas y al ataque de la ballena. Sin embargo, ellos tenían en nada las desgracias más amargas de la humanidad, siempre y cuando pudieran disfrutar de los placeres de su corte.

XVI. QUÉ LES OCURRÍA A AQUELLOS QUE CAÍAN EN DESGRACIA ANTE TEODORA.

Cómo trataba Teodora a aquellos que la ofendían será ahora expuesto, aunque de nuevo sólo puedo dar unos pocos ejemplos, u obviamente la exposición no tendría final.

Cuando Amalasueta decidió salvar su vida abandonando su reinado sobre los Godos y retirándose a Constantinopla (como he relatado en otro lugar), Teodora, considerando que la señora era de noble nacimiento y reina, más que hermosa y una maravilla planeando intrigas, sospechó de sus encantos y audacia, y temiendo la inconstancia de su marido, se hizo no poco celosa, y determinó llevar a la señora a su perdición.

Así persuadió inmediatamente a Justiniano para que enviara a Pedro, solo, a Italia como embajador ante Teodato. Cuando partió, el emperador le dio las instrucciones que he descrito en el capítulo sobre este suceso, donde, empero, no pude decir toda la verdad del asunto, por temor a la emperatriz. Pero ella le dio una única orden secreta: sacar a aquella señora de este mundo cuanto antes, sobornando al hombre con la esperanza de mucho dinero, si cumplía su orden. Y cuando llegó a Italia (pues el hombre no es por naturaleza demasiado vacilante a la hora de cometer un asesinato, si ha sido sobornado por la promesa de un alto cargo o una considerable suma dineraria), por argumentos que desconozco, persuadió a Teodato de que apartara a Amalasueta. Por consiguiente, ascendió al rango de Maestro de Oficios, logró un inmenso poder y se ganó un odio universal.

Había entonces un secretario de Justiniano llamado Prisco: un completo villano y Paflagonio, de un carácter presto a complacer a su señor, al que era más que devoto, y que esperaba del emperador similar consideración. Y muy pronto se hizo consecuentemente dueño de una gran riqueza, ilícitamente adquirida. Encontrándolo insolente y siempre intentando oponerse a ella, Teodora lo denunció al Emperador. Al principio no tuvo éxito; pero luego tomó el asunto en sus propias manos: embarcó al hombre en un barco, navegó a un determinado puerto, hizo que lo tonsuraran y le obligó contra su deseo a hacerse monje. Y Justiniano, pretendiendo no saber nada del asunto, nunca preguntó dónde estaba Prisco, ni lo volvió a mencionar después, permaneciendo silencioso, como si se hubiera olvidado completamente de él. Sin embargo, no se olvidó de apropiarse de cuantas propiedades había tenido que abandonar este Prisco.

Nuevamente, Teodora sospechó de uno de sus criados llamado Areobindo, bárbaro de nacimiento, pero un joven hermoso, al que había hecho su administrador. En vez de acusarlo directamente, decidió maltratarlo cruelmente en su presencia (aunque dicen que estaba muy enamorada de él) sin dar una justa razón para castigarlo. Lo que pasó después con este hombre es desconocido, ni hay nadie que siquiera lo haya visto después. Pues si la emperatriz quería mantener oculta alguna de sus acciones, ésta permanecía secreta y sin mencionar; y si había alguien que conociera del asunto no le era permitido hablar de ello ni a su mejor amigo, ni podía nadie que intentara saber qué había ocurrido descubrirlo, aunque fuera una persona muy curiosa y entrometida.

Ningún otro tirano desde el comienzo de la humanidad inspiró alguna vez tanto miedo, puesto que ni una palabra se podía pronunciar contra ella sin que ella se enterara: su multitud de espías le traían noticias de todo cuanto se decía y hacía en público y en privado. Y cuando decidía que el momento de tomar venganza había llegado contra algún ofensor, hacía como sigue. Convocando al hombre, si éste era un notable, lo entregaba discretamente a uno de sus asistentes confidenciales, y le ordenaba que lo escoltara al límite más lejano del dominio Romano. Y su agente, al amanecer, cubriendo la cara de la víctima con una capucha y atándolo, lo embarcaba en una nave y lo

acompañaba al lugar elegido por Teodora. Allí dejaría secretamente al infeliz a cargo de otro cualificado para este trabajo, a quien mandaba que mantuviera al prisionero bajo guardia y no hablara con nadie del asunto hasta que la emperatriz tuviera piedad del desgraciado o, si el tiempo transcurría, que languidciera bajo el peso de sus cadenas y sucumbiera.

Entonces había un tal Basanio, de la facción Verde, un joven prominente, que incurrió en su ira por hacer alguna observación descortés. Basanio, alarmado del enojo de ella, huyó a la iglesia del Arcángel San Miguel. Inmediatamente mandó al Prefecto tras él, acusando a Basanio no de injurias sino de pederastia. Y el Prefecto, sacando al hombre de la iglesia, lo hizo azotar intolerablemente mientras todo el populacho, cuando vio a un ciudadano Romano de buena clase tan vergonzosamente maltratado, rápidamente simpatizó con él, y gritaron tan ruidosamente que le dejaran libre que el Cielo debió de haber oído sus reproches. Con lo cual la emperatriz lo castigó más, y lo hizo castrar de tal modo que se desangró hasta morir, y su hacienda fue confiscada, aunque su caso no había sido enjuiciado. Así, cuando esta mujer estaba enfurecida, ninguna iglesia ofrecía santuario, ninguna ley daba protección, ninguna intercesión del pueblo conseguía misericordia para su víctima. Ni nada en el mundo podía pararla.

Así tomó animadversión de un cierto Diógenes, porque pertenecía a los Verdes: un hombre educado y querido por todos, incluyendo el propio emperador. Sin embargo, llena de cólera lo denunció por homosexual. Sobornando a dos de sus criados, los presentó como acusadores y testigos contra su señor. Pero, como fue juzgado en público y no secretamente, como era su usual práctica en tales casos, los jueces elegidos eran muchos y de distinguido carácter, a causa del alto rango de Diógenes; y después de evaluar las pruebas de los criados, decidieron que eran insuficientes para probar la acusación, especialmente porque aquellos eran unos niños.

Entonces la emperatriz metió a Teodoro, uno de los amigos de Diógenes, en uno de sus calabozos privados; y allí primero con adulaciones, después con azotes, intentó abatirlo. Como aún resistía, ordenó que una cuerda de piel de buey se le atara en torno a la cabeza, sobre las orejas, y luego que fuera retorciéndose para que le apretara. Pero aunque apretaron la cuerda hasta que sus ojos comenzaron a salirse de sus órbitas y Teodora pensó que los perdería completamente, aún así se negó a confesar lo que no había hecho. En consecuencia los jueces, por falta de pruebas, lo absolvieron, mientras que toda la ciudad hizo una fiesta para celebrar su liberación. Y esto fue así.

XVII. CÓMO SALVÓ A QUINIENTAS PROSTITUTAS DE UNA VIDA DE PECADO.

He narrado antes, en este relato, qué hizo a Belisario, Focio y Buzes.

Había dos miembros de la facción Azul, Cilicios de nacimiento, que con muchos otros hicieron violencia a Calínico, gobernador de la Cilicia Segunda; y cuando su criado, que estaba cerca de su amo, intentó protegerlo, lo mataron ante los ojos del gobernador y de todo el pueblo. El gobernador, abriendo un proceso legal y encontrándolos culpables de ese y de otros homicidios, dictó condena de muerte contra los dos. Teodora oyó esto, y para mostrar su preferencia por los Azules, crucificó a Calínico, sin preocuparse de deponerlo de su cargo, sobre el terreno donde los asesinos habían sido enterrados.

El Emperador simuló lamentar la muerte de su gobernador y ponerse de luto, y yendo de un sitio a otro quejándose y lanzando amenazas contra los responsables del hecho. Pero no hizo nada, salvo apoderarse de la hacienda del finado.

Teodora también prestó considerable atención a castigar a las mujeres cogidas en pecado carnal. Reunió a más de quinientas rameras en el Foro, que se ganaban la vida miserablemente vendiéndose allí por tres óbolos, y las envió al otro continente, donde fueron reunidas en un monasterio llamado «Arrepentimiento» para forzarlas a reformar su modo de vida. Algunas de ellas, empero, se lanzaron de noche desde los parapetos y se libraron así de una indeseada salvación.

Había en Constantinopla dos muchachas, hermanas, de una muy ilustre familia (no sólo habían sido su padre y abuelo cónsules, sino incluso antes sus antepasados habían sido senadores). Aquellas muchachas se habían casado pronto, pero enviudaron cuando sus maridos fallecieron. E inmediatamente Teodora, acusándolas de vivir demasiado felizmente, eligió nuevos maridos para ellas, dos mozos simples y desagradables, y ordenó que se celebraran los esponsales. Temiendo su repulsivo destino, las hermanas huyeron a la iglesia de Santa Sofía, y corriendo a la cámara bautismal, se aferraron fuertemente a la pila que allí había. Pero tales privaciones y maltratos les infligió allí la emperatriz, que para escapar de sus padecimientos finalmente convinieron en aceptar las nupcias propuestas. Pues no había lugar sagrado o inviolable para Teodora. Así, contra su voluntad aquellas señoras fueron unidas a hombres pobres e insignificantes, muy por debajo de su rango, aunque tenían muchos pretendientes de buen nacimiento. Su madre, que también era viuda, estuvo presente en la ceremonia sin osar protesta o lamento alguno por su infortunio.

Después Teodora vio su error e intentó consolarlas, en detrimento de la causa pública, pues hizo a sus maridos duques. Ni esto trajo alivio para las jóvenes, pues aflicciones sin fin e intolerables fueron infligidas por estos hombres sobre prácticamente todos sus súbditos, como he relatado en otra parte. Teodora, empero, de nada se preocupaba en lo concerniente a la administración o al gobierno, siempre que lograra ella su deseo.

Accidentalmente quedó encinta de uno de sus amantes, cuando aún estaba en el escenario, y apercibiéndose de su estado tarde, empleó todas las medidas usuales para causar el aborto, pero a pesar de todos los métodos fue incapaz de prevalecer sobre la naturaleza en ese estado avanzado de gestación. Encontrando que nada podía hacerse, abandonó el intento y se vio obligada a dar a luz al niño. El padre del recién nacido, viendo que Teodora estaba afligida y disgustada, porque la maternidad interfería negativamente en la forma en que normalmente había usado su cuerpo y sospechando con buena razón que abandonaría al niño, se lo quitó. Lo llamó Juan, y navegó con él a Arabia. Después, cuando estaba ya por morir y Juan era un chaval de catorce años, el padre le contó toda la historia de su madre.

Así el chico, después de que celebrara los últimos ritos por su padre difunto, al poco vino a

Constantinopla y anunció su presencia a los chambelanes de la emperatriz. Y éstos, no concibiendo en su mente la posibilidad de que se comportara inhumanamente, contaron a la madre que su hijo Juan había llegado. Temiendo que la historia llegara a oídos de su marido, Teodora pidió que su hijo fuera llevado a su presencia. Tan pronto entró, lo entregó a uno de sus criados, que tenía ordinariamente confiada la ejecución de tales misiones. Y de qué manera el pobre chaval abandonó este mundo no puedo decirlo, pues nadie lo volvió a ver desde entonces, ni siquiera después de que la emperatriz muriera. Las mujeres de la corte eran en este tiempo casi todas de abandonada moral. No corrían ningún riesgo por ser infieles a sus maridos, puesto que el pecado no tenía castigo; incluso si eran cogidas en el acto, no sufrían punición, pues todo lo que tenían que hacer era acudir a la emperatriz, proclamar que la acusación no estaba probada y comenzar un contraataque contra sus maridos. Éstos, vencidos sin combatir, tenían que pagar una multa de dos veces la dote, y eran normalmente azotados y enviados a prisión; y a la próxima que veían a sus esposas adúlteras de nuevo, las señoras estaban acicalándose y delicadamente entreteniendo a sus amantes más abiertamente que nunca. De hecho, muchos de estos adúlteros obtenían una promoción y honores por sus amorosos servicios. Después de tal experiencia, la mayoría de los maridos que sufrían aquellos ultrajes de sus esposas preferían desde entonces ser condescendientes en vez de ser azotados, y les dieron total libertad y no se pusieron a espiar sus asuntos.

La idea de Teodora era controlar todo en el Estado para su servicio. Los cargos civiles y eclesiásticos estaban todos en sus manos, y sólo hubo una cosa que siempre procuró lograr y guardar como estandarte de sus nombramientos: que ningún caballero honesto alcanzara un alto rango, por temor de que tuviera escrúpulos de obedecer sus órdenes.

Arreglaba todas las bodas, como si tales celebraciones le correspondieran por derecho, y los novios no se conocían antes de la ceremonia. Un esposo podía encontrarse súbitamente con una mujer elegida no porque le gustara, lo que es costumbre incluso entre los bárbaros, sino porque Teodora lo quería así. Y lo mismo era para las novias, que fueron obligadas a tomar como esposos a hombres a los que no amaban. Incluso hizo con frecuencia que la novia saltara de la cama matrimonial, y por ninguna razón en absoluto enviaba al novio lejos, antes de que hubiera oído el estribillo de la canción nupcial; y sus únicas palabras, airadas, serían que la muchacha le había desagradado. Entre los muchos a los que hizo esto estaban Leoncio, el referendario, y Saturnino, el hijo de Hermógenes, Maestro de Oficios.

Así, este Saturnino fue prometido a una prima virgen, nacida libre y buena muchacha, a la que su padre Cirilo había prometido en matrimonio justo después de la muerte de Hermógenes. Cuando su cámara nupcial estaba preparándose, Teodora arrestó a la servidumbre, que fue conducida a otro lecho nupcial, donde a él, llorando y gimiendo terriblemente, le obligaron a casarse con la hija de Crisomalo. Ésta había sido antes bailarina y hetera; en ese tiempo vivía en palacio, con otras dos mujeres, una de su mismo nombre y otra llamada Indaro, las cuales habían abandonado los falos y los escenarios para estar al servicio de la emperatriz.

Saturnino, aviniéndose finalmente a estar con su nueva esposa, descubrió que no era virgen; y más tarde le dijo a uno de sus amigos que su recién llegada esposa no había venido a él intacta. Cuando este comentario llegó a Teodora, ordenó a sus criados, acusándole de indiferencia impía hacia la solemnidad de su juramento matrimonial, que lo alzaran como a un colegial que había sido insolente con su profesor, y después de azotarlo en sus partes traseras, le dijo que después de esto no fuera tan tonto.

Lo que le hizo a Juan de Capadocia ya lo he relatado en otra parte; y me es preciso añadir que el trato que le hizo fue debido a su cólera, no a las transgresiones de aquel contra el Estado (y prueba de ello es que aquellos que luego cometieron cosas incluso peores contra sus súbditos no recibieron de ella un trato semejante), sino porque no sólo había osado oponerse a ella en otras cosas, sino que la había denunciado ante el emperador, con el resultado de que ella se encontró casi

enfrentada con su esposo. Estoy explicando esto ahora, porque es en este libro, como dije en el prólogo, en el que cuento las verdades reales y los motivos de los hechos.

Cuando lo confinó en Egipto, después de que hubo sufrido tales humillaciones como he descrito antes, ni siquiera entonces estaba contenta con el castigo de este hombre, sino que nunca cesó de buscar falsos testigos contra él. Cuatro años después, fue capaz de encontrar a dos miembros de la facción Verde que habían tomado parte en la rebelión de Cícico, y que se decía habían estado implicados en el ataque contra un obispo. Los quebró mediante azotes y amenazas, y uno de ellos, inspirado por sus promesas, acusó a Juan de asesinato, en tanto que el otro rechazó completamente ser cómplice de esta farsa, incluso cuando estaba tan quebrantado por la tortura que parecía estar a punto de morir. Por tanto, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo lograr la muerte de Juan bajo este pretexto. Pero a los dos jóvenes les fueron sus manos derechas amputadas: a uno, porque no había querido sostener un falso testimonio; al otro, porque su conspiración no fuera completamente puesta en evidencia. Y aunque hacía estas cosas a la vista de todos, Justiniano no se daba por enterado de lo que exactamente hubiera estado haciendo Teodora.

XVIII. CÓMO JUSTINIANO MATÓ A UN TRILLÓN DE PERSONAS.

Que Justiniano no era un hombre, sino un demonio, como he dicho, con forma humana, uno puede probarlo considerando la enormidad de las maldades que hizo caer sobre la humanidad. Pues en la monstruosidad de sus acciones el poder de un diablo se manifiesta. Un cómputo exacto de todos a los que destruyó sería ciertamente imposible, pienso yo, de hacer para cualquier persona salvo para Dios. Podría uno, supongo, contar todos los granos de arena antes que a los hombres que este emperador asesinó. Examinando los países que dejó deshabitados, diría que mató a un trillón de personas. Libia, grande como es, la devastó tanto, que tendrías que recorrer un largo camino para encontrar a un solo hombre, y sería remarcable. Con todo, ochenta mil Vándalos capaces de llevar armas habían habitado allí, y en cuanto a sus esposas, hijos y esclavos, ¿quién podría conjeturar su número?. Con todo, aún más numerosos que aquellos eran los Mauritanos, quienes con sus esposas e hijos fueron todos exterminados. E, igualmente, muchos de los soldados Romanos y de aquellos que les siguieron allá desde Constantinopla ahora están cubiertos por la tierra, de modo que si uno se aventurara a decir que cinco millones de hombres perecieron sólo en Libia, no estaría, imagino, contando ni la mitad.

La razón de esto fue que después de que los Vándalos fueron derrotados, Justiniano planeó no cómo podía consolidar mejor su dominio del país, ni cómo salvaguardando los intereses de aquellos que le eran leales podía ganarse la voluntad de sus súbditos, sino que en vez de ello llamó absurdamente de vuelta a Belisario inmediatamente, con la acusación de que intentaba ser Rey (una idea de la que Belisario era completamente incapaz), y de esa manera pudo manejar él mismo los asuntos allí y poder saquear toda Libia. Enviando comisionados a evaluar la provincia, impuso gravosos tributos donde antes no había habido ninguno. Se apoderaba de cuantas tierras fueran de mayor valor y prohibió a los arrianos observar sus ceremonias religiosas. Se olvidó de enviar a tiempo los bastimentos y estipendios necesarios para los soldados, siendo con ellos muy estricto también en todo lo demás; motines en todas partes se produjeron con el resultado de la muerte de muchos. Pues nunca pudo seguir las costumbres establecidas, sino que con toda tranquilidad lanzó todo a la confusión y perturbación.

Italia, que es no menos de tres veces más grande que Libia, quedó deshabitada en todas partes, incluso peor que en el otro país; y de esto la cuenta de aquellos que perecieron allí se puede imaginar. La razón para lo que ocurrió en Italia ya lo he dejado claro. Todos los crímenes en Libia fueron reproducidos aquí; enviando a sus auditores a Italia, pronto trastornó y arruinó todo.

El gobierno de los Godos, antes de esta guerra, se había extendido desde la tierra de los Galos hasta las fronteras de la Dacia, donde está la ciudad de Sirmio. Los Germanos ocuparon la Galia Cisalpina y buena parte de las tierras de los Venecianos, cuando el ejército Romano arribó a Italia. Sirmio y sus alrededores estaban en manos de los Gépidos. Todo esto lo despobló completamente. Pues aquellos que no murieron en la batalla perecieron de enfermedad y hambre, las cuales, como es usual, vinieron después de la guerra. Iliria y toda Tracia, esto es, desde el golfo de Jonia hasta los suburbios de Constantinopla, incluyendo Grecia y el Quersoneso tracio, fueron arrasados por los Hunos, Eslavos y Antes, casi cada año, desde la época en que Justiniano comenzó a gobernar el imperio Romano, e hicieron cosas intolerables a los habitantes. Pues en cada una de estas incursiones, diría, más de dos mil Romanos fueron muertos o esclavizados, de modo que todo este país se convirtió en un desierto como el de Escitia.

Tales fueron los resultados de las guerras en Libia y en Europa. Mientras, los Sarracenos estaban continuamente haciendo razzias contra los Romanos en Oriente, desde Egipto a las fronteras de Persia, y tan bien hicieron su trabajo, que en todo este país pocos fueron los que quedaron, y nunca será posible saber, me temo, cómo muchos de ellos perecieron. También los

Persas bajo Cosroes tres veces invadieron el resto de este territorio Romano, saquearon las ciudades, y ya matando ya llevándose a los hombres que capturaban en las ciudades y en el país, dejaron deshabitada la tierra cada vez que la invadieron. Desde el momento en que invadió la Cólquide, la ruina cayó sobre ellos, Lazios y Romanos, hasta el día de hoy.

Además, ni Persas ni Sarracenos, ni Hunos ni Eslavos, ni tampoco el resto de bárbaros pudieron retirarse de territorio Romano sin daño. En sus correrías, y aún más en sus asedios a ciudades y en las batallas, donde vencieron a las fuerzas adversarias, participaron con mucho en las desastrosas pérdidas. No sólo los Romanos, sino casi todos los bárbaros sintieron entonces la inhumanidad de Justiniano. Pues mientras que el propio Cosroes era muy malo, como he mostrado debidamente en otra parte, Justiniano fue el único que siempre le dio ocasión para hacer la guerra. Pues no prestaba atención en ajustar sus políticas a un momento apropiado, sino que hizo todo en el momento inadecuado: en tiempo de paz o tregua buscaba astutamente un pretexto para la guerra con sus vecinos; mientras que en tiempos de guerra, perdía sin motivo el interés, vacilaba demasiado tiempo en preparar la campaña, escatimando los fondos necesarios, y en vez de poner su mente en la guerra, dirigía su atención a la astronomía y a la investigación de la naturaleza de Dios. Con todo, no abandonaba las hostilidades, puesto que era demasiado sanguinario y tirano, incluso cuando era incapaz de vencer al enemigo por causa de su negligencia en enfrentarse a la situación.

Así, mientras fue emperador, toda la tierra estuvo roja con la sangre de casi todos los Romanos y bárbaros. Tales fueron los resultados de las guerras a lo largo del imperio durante este tiempo. Pero la controversia civil en Constantinopla y en las demás ciudades, si se contara a los muertos, no sumaría un número más pequeño de fallecidos que los que perecieron en las guerras, creo yo. Puesto que la justicia y el castigo imparcial se dirigieron raramente contra los delincuentes y cada una de las dos facciones intentaban ganarse el favor del emperador contra la otra, ningún partido mantuvo la paz. Cada cual, según su sonrisa o su ceño, estaba ya aterrorizada ya airada. A veces unos atacaban a los otros con todas sus fuerzas, a veces luchaban en pequeños grupos, o incluso se apostaban emboscados contra el primer hombre del partido contrario que aparecía. Durante treinta y dos años, sin descanso, cometieron ultrajes unos contra otros, siendo muchos de ellos castigados con la muerte por el magistrado municipal.

Sin embargo, el castigo de esos delitos se dirigía principalmente contra los Verdes.

Además la persecución de los Samaritanos y de los llamados herejes llenó la tierra Romana de sangre. Permítase que esta actual recapitulación sea suficiente para recordar lo que he descrito más por extenso un poco antes. Tales fueron las calamidades que azotaron a toda la humanidad durante el imperio de ese demonio encarnado en Justiniano, de las cuales este, como emperador, fue el responsable. Pero qué males tramó contra los hombres por cierto poder oculto y fuerza diabólica yo ahora lo relataré.

Durante su gobierno sobre los Romanos, ocurrieron muchos desastres de diferente especie: los cuales unos dijeron que eran debidos a la presencia y manejos del Maligno, y otros consideraron que eran ejecutados por la Divinidad, que, disgustada con el imperio Romano, se había alejado de él y se lo había entregado al Diablo. El río Escirto inundó Edesa, generando padecimientos sin cuento entre los habitantes de esa región, como he escrito en otra parte. El Nilo, creciendo como es usual, pero no bajando su nivel de la manera acostumbrada, trajo terribles calamidades al pueblo allí, como he también contado antes. El río Cidno inundó Tarso, cubriendo casi toda la ciudad durante muchos días, y no retirándose hasta que había hecho daños irreparables.

Terremotos destruyeron Antioquía, la ciudad principal de Oriente, Seleucia, que esta situada cerca y Anazarbo, la ciudad más importante de Cilicia. ¿Quiénes podrían contar el número de aquellos que murieron en esas ciudades?. Con todo, uno tiene que añadir también a aquellos que vivían en Ibora, en Amasea, la mayor ciudad del Ponto, en Poliboto en Frigia, llamada Polimede por los Pisidios, en Licnido en el Épiro y en Corinto, todas ellas ciudades muy populosas desde antiguo.

Todas fueron destruidas por terremotos en este tiempo, con la pérdida de casi todos sus moradores. Y luego vino la peste, que he mencionado antes, matando al menos a la mitad de aquellos que habían sobrevivido a los terremotos. A tantos hombres les llegó su perdición, cuando Justiniano vino a dirigir el estado Romano primero como regente y luego cuando detentó la magistratura imperial.

XIX. CÓMO SE APODERÓ DE LA RIQUEZA DE LOS ROMANOS Y LA MALGASTÓ.

Cómo se apropió de toda la riqueza narraré a continuación, trayendo primero a colación una visión que, al comienzo del reinado de Justiniano, fue revelada a un hombre de ilustre rango en un sueño.

En este sueño, dijo, le parecía estar de pie en alguna parte de Constantinopla, en la orilla del mar, que está frente a Calcedonia, y vio a Justiniano en medio del estrecho. Y primero Justiniano se bebía toda el agua del mar, de modo que parecía después estar en tierra, sin haber más olas que rompieran contra ella; entonces otra agua, cargada de inmundicia y desperdicios, salió de las alcantarillas y cubrió la tierra. Y ésta también se la bebió, secando por segunda vez el lecho del canal. Esta es la visión que tuvo en el sueño.

Entonces Justiniano, cuando su tío Justino llegó al trono, encontró el imperio bien provisto de fondos públicos. Pues Anastasio, que había sido el más previsor y económico de todos los emperadores, temiendo (lo que de hecho ocurrió) que el heredero del imperio se encontrara en la necesidad de dinero y saqueara quizás por ello a sus súbditos, llenó el Erario hasta el borde con oro, antes de que terminara su vida. Todo esto gastó inmediatamente Justiniano, entre su programa sin sentido de construcciones en la costa y sus pródigos regalos a los bárbaros, aunque uno pudiera haber pensado que el más extravagante de los emperadores necesitaría cien años para agotar tal riqueza. Pues los tesoreros y aquellos que estaban a cargo de las otras propiedades imperiales habían sido capaces, durante el imperio de Anastasio de más de 27 años sobre los Romanos, de acumular fácilmente 3.200.000 sólidos; y de todo esto nada de nada quedó, ya que había sido malgastado por este hombre mientras aún vivía Justino, como he relatado ya.

Lo que confiscó ilegalmente y gastó durante su vida, ningún relato, ningún cómputo, ninguna narración podría nunca ponerlo de manifiesto. Pues, como un río siempre fluyente que traga cada vez más, saqueó a sus súbditos, para arrojárselo inmediatamente a los bárbaros.

Habiendo, así pues, malgastado la riqueza pública, dirigió su mirada a sus súbditos. A la mayoría inmediatamente privó de sus haciendas, arrebatándoselas arbitrariamente por la fuerza, levantando falsos cargos contra todos los que en Constantinopla y en cada ciudad fueran reputados ricos.

A algunos los acusó de politeísmo, a otros de herejía contra la fe Cristiana ortodoxa, a algunos de pederastia, a otros de amoríos con monjas o de otra unión ilegal; a algunos de sedición, o de favorecer a los Verdes, o de traición contra él, o de cualquier otra cosa; o se intituló arbitrariamente heredero de un difunto e incluso de una persona viva, cuando podía. Tales fueron las sutilezas de sus acciones. Y cómo se benefició de la insurrección contra él que fue llamada Nika, haciéndose heredero de los Senadores, ya lo he relatado; y también cómo, algún tiempo antes de que estallara la rebelión, privó secretamente a cada hombre de sus posesiones.

A todos los bárbaros, en toda ocasión, dio grandes sumas: a los de Oriente y a los de Occidente, a los del Norte y a los del Sur, y hasta a los de Britania, en suma a todos los pueblos de toda la tierra habitada, de modo que a naciones, de cuyos nombres nunca antes habíamos oído hablar, entonces las conocimos, viendo a sus embajadores por primera vez. Pues cuando se enteraron de la locura de este hombre, vinieron a él y a Constantinopla en avalancha desde todo el mundo. Y no con vacilación, sino encantado por esto, y pensando que era buena suerte destruir la prosperidad de los Romanos y arrojarla a los bárbaros o a las olas del mar, diariamente enviaba a cada uno a casa con sus brazos llenos de regalos.

Así, todos los bárbaros se convirtieron en dueños de toda la riqueza de los Romanos, ya

siendo enriquecidos con ella por el Emperador, ya saqueando el imperio Romano, ya exigiendo un rescate por los prisioneros de guerra, ya traficando con las treguas. Y la profecía del sueño, que mencioné arriba, vino a concretarse en la realidad.

XX. DEGRADACIÓN DE LA CUESTURA.

Había también ideado otras formas de robar a sus súbditos, que describiré ahora tan bien como pueda, por las que los privó, no de todo a la primera, sino poco a poco, de todas sus fortunas. Primero creó un nuevo magistrado municipal, con la facultad de dar licencia a los comerciantes para vender sus mercaderías a los precios que desearan, por el cual privilegio pagaban un impuesto anual. Por consiguiente, la gente, que compraba sus provisiones en estas tiendas, tenía que pagar tres veces lo que el producto valía y estas personas no tenían a quien acudir para pedir alguna compensación, aunque con esto gran daño era causado, pues como parte del impuesto iba al Erario los magistrados veían una oportunidad de enriquecerse, de lo cual se servían para eso. Así, los funcionarios del gobierno estaban involucrados en este vergonzoso negocio, mientras que los comerciantes, autorizados para actuar ilegalmente, engañaban de forma intolerable a los que tenían que comprarles, no sólo subiendo sus precios muchas veces, como he dicho, sino también defraudando a los clientes de otras formas nunca antes vistas.

De nuevo dio licencias a muchos monopolios, como son llamados, vendiendo el bienestar de sus súbditos a aquellos que estaban dispuestos a dedicarse a este reprensible tráfico, después que hubiera exigido su precio por el privilegio. A aquellos que hicieron este arreglo con él, les dio el poder de dirigir los negocios según les placiera; y vendió este privilegio abiertamente, incluso a todos los demás magistrados. Y puesto que el emperador siempre conseguía su pequeña parte del botín, aquellos funcionarios y sus subordinados, que estaban a cargo del trabajo, hacían su trabajo con menos ansiedad de la que tenían aquellos que caían bajo sus garras.

Como si los magistrados antes designados no fueran bastantes para este propósito, creó otros dos nuevos, aunque el Prefecto municipal había podido antes ocuparse de todas las causas criminales. La verdadera razón del cambio era, en efecto, que pudiera tener informantes adicionales, y así abusar de los inocentes con más celeridad. De los nuevos dos cargos, uno, en teoría designado para castigar a los ladrones, fue llamado Pretor del Pueblo; el otro fue encargado del castigo de los casos de pederastia, ayuntamiento ilegal con mujeres, blasfemia, y herejía; y su nombre oficial era Cuestor.

Entonces el Pretor, siempre que encontraba cualquier cosa muy valiosa entre las mercancías robadas que llegaban a su conocimiento, se suponía que tenía que dársela al Emperador y decir que carecía de dueño que la reclamara. De esta manera el emperador consiguió continuamente la posesión de mercaderías gratis. Y el Cuestor, cuando condenaba a personas que se presentaban ante él, confiscaba cuanto quería de sus propiedades haciéndose rico contra derecho, y al emperador entregaba cada vez todo lo que deseaba de entre las riquezas de esas personas. Pues los subordinados de aquellos magistrados ni buscaban acusadores ni traían testigos cuando esos casos iban a juicio, sino que durante todo ese tiempo los acusados fueron condenados a muerte y sus propiedades expropiadas sin el debido juicio y examen.

Después, este monstruo asesino ordenaba a los funcionarios y al Prefecto municipal tratar todos los asuntos criminales de igual manera, haciéndoles que compitieran entre ellos para ver cuál podía destruir a más gente en el menor tiempo. Y uno de ellos le preguntó una vez, dicen, «si alguien es alguna vez denunciado ante los tres, ¿quién de nosotros tendrá jurisdicción sobre el caso?». A lo cual replicó: «el que actúe más rápido».

Así rebajó desvergonzadamente el oficio de Cuestor, que los antiguos emperadores casi sin excepción habían tenido en gran respeto, teniendo cuidado de que los hombres a los que nombraban para el cargo eran experimentados y sabios, observantes de la ley, e insobornables, ya que sería una calamidad para el imperio, si los hombres que ejercían esta alta magistratura fueran ignorantes o

avariciosos.

Pero el primer hombre al que el Emperador nombró para el cargo fue Triboniano, cuyas acciones he relatado con detalle en otra parte. Y cuando Triboniano partió de este mundo, Justiniano se apoderó de su hacienda, aunque dejó en este mundo a un hijo y a muchos nietos cuando abandonó esta vida. Junilo, un Libio, fue después nombrado para el cargo: un hombre que nunca antes había oído hablar de leyes, pues no era un orador; sabía Latín, pero en cuanto al Griego, nunca había ido a la escuela primaria y era incapaz de hablar este idioma. Con frecuencia, cuando intentaba decir una palabra Griega, sus criados se burlaban de él. Era además muy proclive a obtener ganancias vergonzosas, como se probaba por el hecho de que no experimentaba vergüenza alguna cuando puso en venta los documentos pertenecientes al emperador. Y por una moneda nunca vaciló extender su mano para cogerla. Y durante unos siete años el Estado hizo el ridículo de esta manera. Y después que Junilo abandonara este mundo, nombró para este cargo a Constantino, un hombre no familiarizado con el derecho, sino excesivamente joven, sin experiencia real en la corte y el mayor rufián y el más ladrón de todos los hombres. De esta persona Justiniano se encariñó mucho, y llegó a ser su amigo íntimo, puesto que a través de él el emperador vio que podría robar y ejercer ese cargo como él deseaba. En consecuencia, Constantino acumuló una gran riqueza en poco tiempo y tomó aires de pompa prodigiosa, con su nariz en las nubes despreciando a todos los hombres; e incluso aquellos que deseaban ofrecerle grandes sobornos tenían que entregarlos a aquellos que estaban en su especial confianza, para tener así éxito en lograr sus peticiones, pues no fue nunca posible reunirse ni hablar con él, salvo cuando estaba acudiendo ante emperador o acababa de dejarlo, e incluso entonces caminaba con gran prisa, para que no perdiera el tiempo con alguien que no tenía dinero que darle. Esto es lo que hizo el emperador con la cuestura.

XXI. EL TRIBUTO DEL AIRE, Y CÓMO A LOS EJÉRCITOS FRONTERIZOS SE LES PROHIBIÓ CASTIGAR A LOS INVASORES BÁRBAROS.

El Prefecto del Pretorio entregaba cada año al Emperador más de 300 centenarios además de los impuestos públicos. Este tributo fue llamado el tributo del aire, para mostrar, supongo, que no era un deber o gravamen regular, sino que caía en sus manos por casualidad desde el cielo. Debería ser llamado el tributo de villanía, pues utilizándolo como pretexto los magistrados robaban a sus súbditos más que nunca, con la excusa de que tenían que entregarlo al emperador, mientras ellos mismos no tenían dificultad en apropiarse de los caudales públicos. Por esto Justiniano les dejaba sin castigo, esperando el momento en que hubieran ganado una inmensa fortuna; tan pronto como esto sucedía, levantaba alguna acusación contra ellos para el que no había defensa, y confiscaba toda su hacienda a la vez, como había ya hecho a Juan de Capadocia.

Todos los que fueron nombrados para un cargo durante este periodo se hicieron por supuesto inmensamente ricos de una vez, con dos excepciones: Focas, al que he mencionado en otro lugar como un hombre completamente honesto, que permaneció incorrupto durante su cargo; y Baso, que fue nombrado después. Ninguno de estos señores ocupó su cargo durante un año, sino que fueron depuestos después de unos pocos meses como inútiles y desajustados a los tiempos. Pero si entrara en todos los detalles, este libro nunca tendría fin. Suficiente es con decir que todos los restantes magistrados de Constantinopla eran igual de culpables. También hizo Justiniano lo mismo en todas las partes del imperio Romano. Eligiendo a los peores sinvergüenzas que pudo encontrar, les vendía por grandes sumas de dinero las magistraturas, que iban a corrompidas por tales gentes. De hecho, un hombre honesto o uno con algo de inteligencia nunca pensaría en gastar su propio dinero para comprar el privilegio de robar a personas inocentes. Cuando Justiniano había reunido este dinero de tales sujetos con los que había llegado a un acuerdo, les daba completo poder sobre sus súbditos, por el que, saqueando el país y a sus habitantes, llegaban a hacerse ricos. Y puesto que habían pedido prestado a alto interés dinero para pagar al emperador sus magistraturas, tan pronto como llegaban a las ciudades de su jurisdicción, trataban a sus súbditos con toda clase de maldad, preocupándose únicamente de cómo podían cumplir sus acuerdos con sus acreedores y luego cómo podían entrar en la lista de los muy ricos. No veían peligro y no sentían vergüenza por esta conducta; más bien, preveían que contra más ilegalmente mataran o saquearan, mayor sería su reputación, pues el nombre de asesino y ladrón probarían la energía de su servicio. Sin embargo, tan pronto como oía que estos oficiales se habían hecho ricos en la medida adecuada, Justiniano los entrampaba con el pretexto adecuado e inmediatamente se apoderaba de sus fortunas en un momento.

Aprobó una ley según la que los candidatos a los cargos debían jurar que se mantendrían limpios de todo asunto turbio y que nunca darían o recibirían soborno alguno como funcionarios; todas las maldiciones que fueron citadas por los antiguos él las invocó contra todos aquellos que violaran esta disposición. Pero la ley no estuvo vigente un año antes de que él mismo, despreciando sus palabras y maldiciones, desvergonzadamente sacara estos cargos en venta, y no secretamente, sino en el Foro. Y los compradores de cargos, rompiendo también sus juramentos, saquearon más que nunca.

Después ideó otro proyecto inaudito. Las magistraturas que creyó eran las más poderosas en Constantinopla y en las otras grandes ciudades, decidió no venderlas más tal como lo había estado haciendo, sino que las puso en manos de hombres escogidos con un sueldo fijo, a quienes ordenó que le entregaran todos los ingresos de sus botines. Y estos hombres, después de recibir su paga, actuaban sin temor y arrasaban todo en el país, y una autoridad comprada iba pasando de unos a otros, a modo de magistratura, y robando a los ciudadanos. El emperador era siempre muy

cuidadoso en elegir para sus agentes a hombres que eran los verdaderamente peores sinvergüenzas de todo el orbe y no tenía problema en encontrar a aquellos que eran lo suficientemente malos. Cuando, de hecho, designó a los primeros bribones para los cargos, y el ejercicio de su poder arrojó luz sobre su corrupción, nos quedamos atónitos de que la naturaleza humana hubiera producido tanta depravación. Pero cuando los sucesores de aquellos cargos fueron después más allá de los primeros ejercientes en cuanto a villanía, los hombres estaban preguntándose entre sí cómo sus predecesores podían haber sido considerados malvados, viendo que los nuevos magistrados eran mucho peores que los antiguos, a tal punto que estos parecían hombres de altas cualidades en comparación con aquellos. Y los que fueron nombrados en tercer lugar superaron a los del segundo en toda forma de depravación, y aquellos que a su vez les siguieron, superaron a los anteriores incluso, merced a su ingenio en inventar nuevos métodos de cometer crímenes, con lo que terminaron por dar a todos sus predecesores el nombre de virtuosos y honestos. Y como el mal progresaba, finalmente quedó demostrado que la maldad del hombre no tiene un límite natural, sino que cuando se tiene como base la experiencia de los que han estado antes y cuando se da una licencia que inspira una total inmunidad, se está dando ánimos para perpetrar los más despreciables abusos sobre todos los que se topan en su camino, hasta tal punto que ni siquiera quienes sufren la opresión pueden medirla. Y así eran los Romanos tratados por sus magistrados.

Después que los ejércitos de los hostiles Hunos hubieran varias veces esclavizado y saqueado a los habitantes del imperio Romano, los generales Tracios e Ilirios planearon atacarles en su retaguardia, pero se abandonó la idea cuando les fueron mostradas cartas del emperador Justiniano prohibiéndoles atacar a los bárbaros en base a que la alianza con ellos era necesaria a los Romanos contra los Godos, quizás, o contra algunos otros enemigos.

Después de esto, aquellos bárbaros arrasaron el país y esclavizaron a los Romanos como enemigos, y cargados con el botín y los prisioneros, como amigos y aliados de los Romanos regresaban a sus hogares. A menudo algunos de los agricultores de aquellas regiones, movidos por su afecto para con sus hijos y esposas, que habían sido reducidos a la esclavitud, formaron bandas y atacaron a los Hunos al retirarse, consiguiendo matar a muchos de ellos y capturar sus caballos junto con todo el botín. Pero las consecuencias de su éxito fueron desafortunadas para ellos. Pues agentes fueron enviados desde Constantinopla para golpearlos, torturarlos e imponerles fuertes multas sin ninguna clase de remordimiento, hasta que devolvieron todos los caballos que habían tomado de los bárbaros.

XXII. OTRAS CORRUPTELAS EN LOS ALTOS CARGOS.

Cuando el emperador y Teodora hubieron removido a Juan de Capadocia, desearon nombrar a un sucesor en el cargo, y convinieron en elegir a un granuja peor aún; por ello buscaron por todas partes tal instrumento de tiranía, examinando todas las clases de hombres que podían arruinar a sus súbditos lo más rápido. Entonces, como medida temporal, nombraron para el cargo a Teodoto: un hombre que no era bueno en ningún aspecto, pero que no era lo suficientemente malo para satisfacerles; y entretanto continuaron su búsqueda general hasta que, finalmente, casi para su sorpresa, descubrieron a un cierto cambista llamado Pedro, un Sirio de origen, apellidado Barsymes. Éste, después de años de estar sentado a una mesa donde las monedas de bronce eran cambiadas y estaba obteniendo los más vergonzosos beneficios por sus negocios, ideando sus hurtos de dinero con gran habilidad y deslumbrando siempre a sus clientes con la rapidez de sus dedos. Porque era bastante listo en robar libremente las posesiones de aquellos que se encontraban con él, en jurar y encubrir el pecado de sus manos por la impudencia de su lengua. Y cuando había sido reclutado como un miembro de la guardia Pretoriana, se hizo tan indigno que era sobremanera agradable para Teodora y le dio la más válida ayuda en arreglar los detalles de sus malvadas empresas. Así, inmediatamente depusieron a Teodoto de su cargo al que había sido elevado después del Capadocio, y nombraron entonces a Pedro, quien hacía cualquier cosa para agradar a ambos. Pues, aunque privó a los soldados en servicio de todo su estipendio, nunca fue visto ser tocado por el miedo o la vergüenza, es más, incluso puso las magistraturas en venta a un nivel aun más grande que como se había hecho antes, y, haciéndolas menos honorables, solía venderlas a hombres que no vacilaron en continuar este impío negocio, dando expreso permiso a aquellos que compraron sus cargos para tratar las vidas y propiedades de sus súbditos como quisieran.

Un negocio fue inmediatamente concluido entre él y el hombre que había pagado el precio del cargo que le daba licencia completa para el saqueo y el pillaje. Así, desde la capital del imperio se permitió el tráfico de vidas humanas y Pedro negoció el pacto de destrucción de las ciudades, mientras que en los más altos tribunales y en los lugares públicos de los mercados ambulaban criminales legalizados, que describían sus negocios como la recuperación de los dineros entregados como precio de su cargo, sin haber esperanza de que sus crímenes fueran alguna vez punidos. Y entre todos aquellos que servían a estos magistrados como subordinados, una numerosa y notable compañía, elegía siempre a los peores. Pero en esto no sólo él era culpable, sino más bien todos los que asumieron este cargo antes y después. Y un abuso similar fue practicado también en el cargo de Maestro, como es llamado, y entre los oficios palatinos que suelen atender el servicio de manejar los tesoros y fondos conocidos como privada y de administrar el patrimonium, y, hablando en general, entre todos los cargos establecidos no sólo en Bizancio sino también en las demás ciudades. Porque desde el tiempo en que este tirano se hizo cargo de los asuntos públicos, en cada magistratura los ingresos que pertenecían a los oficiales inferiores eran reclamados regularmente, sin justa razón, a veces por el propio Justiniano, y a veces por el hombre que ejercía el cargo, y los hombres que servían bajo sus órdenes, siendo extremadamente pobres, a lo largo de todo este periodo eran obligados a trabajar en las condiciones más serviles.

Entonces, una vez una gran cantidad de grano había sido transportada a Bizancio, pero después que la mayor parte de este se hubiera corrompido, asignó cantidades proporcionadas a cada una de las diversas ciudades de Oriente, aunque no era conveniente que fuera ingerido por el hombre. E hizo la asignación no al precio en que el mejor grano solía ser vendido, sino a uno mucho más alto, y fue necesario para los compradores, después de gastar grandes sumas de dinero para afrontar unos precios tan opresivos, arrojar el grano al mar o a la cloaca. Y puesto que una gran cantidad de grano en buen estado que aún no se había descompuesto quedaba en los almacenes,

decidió venderlo también a un gran número de ciudades que tenían cierta necesidad de grano. Porque de este modo dobló el dinero que el Erario había previamente pagado a los estados tributarios por ese mismo grano. Pero el siguiente año, cuando la cosecha de grano no fue tan generosa, la flota porteadora de grano llegó a Bizancio con menos de lo que era necesitado, y Pedro, estando en la incertidumbre por esta situación, decidió comprar de las granjas de Bitinia, Frigia y Tracia una gran cantidad de grano. Y los habitantes de aquellas regiones fueron obligados a transportar con gran trabajo los cargamentos al mar y llevarlos a Bizancio con gran peligro, y recibir por todo ello precios miserables; y la pérdida para ellos alcanzó a tal cifra que habrían estado contentos de tener podido presentar al instante el grano en un almacén gubernamental y pagar por este privilegio. Esta es la carga que han solido llamar «requisa». Pero cuando, incluso entonces, el abastecimiento de grano en Bizancio no llegó a ser suficiente para cubrir las necesidades, muchos elevaron amargas quejas por la situación contra el emperador. Y al mismo tiempo casi todos los soldados, viendo que no habían recibido su paga usual, se entregaron a tumultos y disturbios a lo largo de la ciudad. Así, el Emperador parecía al final estar disgustado con el hombre y deseaba relevarlo de su cargo en base a aquellos hechos que han sido mencionados y porque había oído que tenía oculta una prodigiosa cantidad de dinero, que había defraudado al gobierno, lo cual efectivamente fue así.

Pero Teodora no permitió a su marido actuar, porque tenía una especial inclinación por Barsymes a causa de su depravación, según me parece, y porque era muy eficiente en provocar la ruina de los ciudadanos. Porque ella misma era una persona muy despiadada y completamente gobernada por una crueldad inhumana y exigía que sus agentes se parecieran en carácter a ella tanto como fuera posible. Pero dicen que fue puesta bajo un encantamiento por Pedro y le mostraba su favor contra su deseo. Porque este Barsymes había manifestado un excepcional interés en magos y espíritus maléficos, y albergaba una gran admiración por los Maniqueos, como son llamados, y nunca vaciló en mostrarse abiertamente como su valedor. Y sin embargo, incluso cuando la emperatriz supo de esto, no declinó su buena disposición para con él, sino que vio conveniente protegerlo y apoyarlo aún más por esta causa. Pues ella también desde su infancia había tratado con magos y hacedores de sortilegios, pareciendo sus hábitos de vida conducirla hacia esta dirección, y a lo largo de su vida conservó su fe en tales cosas y siempre depositó su confianza en ellos. Y también se dijo que la manera en que hizo a Justiniano manejable no radicaba tanto en la disuasión como en el uso de espíritus malvados para tenerlo obligado. Porque este hombre no era una persona tan recta o justa o tan firme en la virtud como para rechazar siempre los intentos de toda clase sobre él ya mencionados, sino que, por el contrario, siendo claramente susceptible a la petición de sangre y al dinero, encontraba bastante fácil ser permisivo con aquellos que trataban de engañarlo o adularlo. Pero incluso en aquellos asuntos en los que tomaba particular interés solía cambiar de opinión sin ninguna razón y había llegado a convertirse absolutamente en una inestable nube de polvo. Por esta razón ninguno de sus allegados, ni ninguno de sus conocidos en general, no depositaban ninguna esperanza en él, sino que, por el contrario, habían acabado sometiéndose a los constantes cambios de opinión en cuanto a lo que iba a hacer.

Así, siendo fácilmente accesible a los magos, como ha sido dicho, llegó a ser muy manejable en manos de Teodora también; y principalmente por esta razón la emperatriz amaba sobremanera a Pedro por ser un experto en tales materias. Así, el Emperador lo depuso sólo con dificultad del cargo que previamente ostentaba, pero a instancia de Teodora poco después los nombró Maestro del Tesoro, apartando de este cargo a Juan, que lo había asumido sólo unos pocos meses atrás. Este era un hombre natural de Palestina, y una persona muy apacible y buena, que ni era experto en inventar modos de lograr ganancias ilícitas ni había nunca maltratado a ningún hombre en el mundo. De hecho, todo el populacho lo amaba con extraordinaria devoción. Y justo por esta razón no agradaba a Justiniano y a su esposa en absoluto, porque tan pronto como inesperadamente descubrían entre sus subordinados a uno de buen carácter, perdían la cabeza y se disgustaban al máximo, buscando con impaciencia por todos los medios quitarlo de en medio a la primera oportunidad.

En cualquier caso, fue de esta manera que Pedro sucedió a este Juan y asumió el oficio de la tesorería imperial, y una vez más se convirtió en la principal causa de grandes calamidades para todos. Porque interrumpió la mayor parte del pago que había sido ordenado desde antiguo que se debía entregar por el Emperador a muchos cada año en una suerte de consolación, y él mismo, entretanto, por medios impropios, se enriqueció con dinero público y se cuidó de entregar una parte de él al Emperador. Y los que habían sido privados de su dinero se vieron inmersos en un gran dolor, puesto que también vio adecuado acuñar monedas de oro no a su valor normal sino reduciendo su valor materialmente, una cosa que nunca había sido hecha antes. Tal era la forma de conducta del Emperador en el asunto de las magistraturas.

XXIII. CÓMO LOS TERRATENIENTES FUERON ARRUINADOS.

Y procederé a contar a continuación cómo, en todas partes del imperio, arruinó a los poseedores de tierras, aunque era suficiente prueba de sus sufrimientos referir los hechos de los ya antedichos magistrados que fueron enviados a todas las ciudades. Porque los terratenientes fueron los primeros a los que aquellos magistrados oprimieron y saquearon, pero también el resto de la historia será relatado.

Antaño había una costumbre establecida largo tiempo atrás según la cual cada gobernante Romano debía, no sólo una vez durante su reinado sino también a menudo condonar a sus súbditos los atrasos que tuvieren de los impuestos, de modo que aquellos que se encontraban en dificultades financieras y que no tuvieren modo de pagar sus atrasos no fueran demasiado presionados, de manera que los recaudadores no tendrían excusa para perseguir a aquellos que, aunque eran contribuyentes, realmente nada debían. Pero Justiniano durante treinta y dos años no hizo tal concesión a sus súbditos, y en consecuencia aquellos que no pudieron pagar se vieron en la necesidad de huir abandonando su país para nunca más regresar. Otros, más prósperos, se cansaron de intentar contestar a las acusaciones continuas de los denunciantes de que el impuesto que habían siempre pagado era menos del que era exigido según el actual tipo impositivo sobre sus propiedades. Porque estos infortunados temían no tanto la imposición de nuevos impuestos como que fueran gravados por el injusto peso de tener que pagar retroactivamente una cantidad adicional por tributos de tantos años. Muchos, de hecho, prefirieron abandonar sus haciendas a los denunciantes o la confiscación del Estado.

Además, los Medos y los Sarracenos habían saqueado gran parte de Asia, y los Hunos y Eslavos toda Europa. Ciudades conquistadas habían sido o destruidas hasta sus cimientos u obligadas a pagar un terrible tributo. Hombres habían sido reducidos a la esclavitud junto con toda su propiedad, y cada territorio había sido abandonado por sus habitantes a causa de las continuas incursiones. Sin embargo los impuestos no fueron perdonados, salvo en el caso de ciudades conquistadas por el enemigo, y sólo por un año. Sin embargo si, como el emperador Anastasio había hecho, hubiera decidido excusar a las ciudades expugnadas de la tributación durante siete años, incluso así creo, que no habría hecho tanto como debiere.

Porque Cabades se retiraba después de hacer apenas daños a los edificios, pero Cosroes quemaba hasta los cimientos todo cuanto tomaba, y dejaba enormes ruinas por allá donde pasaba, infligiendo grandes padecimientos a sus víctimas. Y para estos hombres a los que condonó esta porción ridículamente pequeña de impuestos, así como para todos los demás hombres que habían a menudo soportado los ataques del ejército Medo, y habían sido saqueados por los Hunos y los Sarracenos en las tierras de oriente, y para los Romanos que aguantaban una no menos terrible e incesante destrucción a manos de los bárbaros en Europa cada día, para estos hombres, digo, este emperador inmediatamente se convirtió en un enemigo peor que todos los bárbaros juntos. Porque tan pronto como el enemigo se había retirado, los poseedores de tierras eran inmediatamente aplastados por nuevas requisas, impuestos y tasas a prorrata.

Explicaré ahora qué eran estas cosas. Aquellos que poseían tierras fueron obligados a alimentar al ejército Romano, con arreglo a la tasa impuesta sobre cada propietario, siendo las entregas hechas, no donde permitía la estación del año en la que la requisa tiene que ser cumplida, sino donde los oficiales lo entienden posible y han determinado, y al hacer estas requisas no se hace ninguna investigación para ver si los granjeros tienen en sus tierras las provisiones requeridas. Y si no acopian en sus tierras suficientes provisiones para los soldados y los caballos, los infortunados deben salir y comprarlas a un precio excesivo, allá donde puedan, incluso si estaban en un lugar distante y luego tenían que transportarlas desde ese lugar al sitio donde el ejército estaba

acuartelado, y después entregarlas a los oficiales del ejército no al precio legal, sino según la voluntad de los comandantes. Y esto es lo que es llamado compra por requisa y el resultado ha sido que todos los propietarios de granjas han sido sangrados hasta la muerte. Pues por este proceso son obligados a pagar su impuesto anual no menos de diez veces, viendo que no sólo tienen que alimentar al ejército, sino a menudo también transportar el grano a Constantinopla. Barsymes no fue el único que osó este ultraje, pues el capadocio antes que él había hecho lo mismo, y los sucesores de Barsymes después de él. Tal en general era la compra por requisa.

Pero el término «impuesto» es usado para describir una especie de nunca antes vista ruina que cae súbitamente sobre los propietarios de tierras y destruye completamente su esperanza de subsistencia. Porque este es un tributo sobre la tierra que ha sido abandonada o está improductiva, cuyos propietarios y granjeros han tenido la desgracia o de morir o de, abandonando sus tierras ancestrales, estar ahora viviendo en la miseria debido a las aflicciones acaecidas a ellos por causa de estos impuestos. Y no vacilan en imponerlo sobre cualquiera que no haya sido todavía por completo arruinado.

Tal es el significado del término impuesto, frecuentemente exigido durante este tiempo. Pero en cuanto a la tasa a prorrata, para exponer el tema con las menos palabras posible, el asunto es como sigue: las ciudades estuvieron sufriendo muchas exacciones dañinas en todo momento y particularmente durante este periodo, cuyas causas y forma de aplicación no describiré ahora, o el relato no tendría fin. Estas cargas eran pagadas por los tenedores de tierras, entregando cada uno una suma en proporción al impuesto regularmente señalado a él. Pero estas tribulaciones no paraban siquiera aquí. La peste, que había atacado a los habitantes del mundo, no perdonó al imperio Romano. La mayoría de los granjeros perecieron, y cuando por esta razón las tierras, como era de esperar, quedaron desiertas, el emperador no tuvo piedad con los propietarios de esas tierras. Porque nunca aflojó su recaudación del impuesto anual, y no sólo tenían que pagar sus tributos, sino también la parte de sus vecinos difuntos. Y además de todo esto, tenían que hospedar a los soldados en sus mejores habitaciones, mientras que ellos mismos durante este tiempo vivían en la parte peor y más pobre de sus viviendas.

Tales eran los constantes males que afligían a la humanidad bajo el gobierno de Justiniano y Teodora, porque ocurrió que ni la guerra ni ninguna otra de las mayores calamidades cesaron durante este tiempo. Y puesto que hemos hecho mención de las habitaciones de acogida de los militares, no debemos pasar por alto el hecho de que los propietarios de casas en Bizancio, teniendo que convertir sus viviendas en alojamientos para un número de bárbaros de hasta setenta mil, no sólo no podían conseguir ningún beneficio de sus propiedades, sino que estaban sobremanera afligidos por esas desagradables condiciones.

XXIV. INJUSTO TRATO A LOS SOLDADOS.

No debo pasar por alto su tratamiento de los soldados, para cuyo mando nombró a los más villanos de todos los hombres, con instrucciones de que tomaran de los soldados tanto de su dinero como les fuere posible, bajo la premisa de que la doceava parte de lo que recibieran era suyo. Su método cada año era el que sigue. Según una ley el estipendio militar no es entregado a todos por igual año tras año, sino que cuando los hombres son aún jóvenes y sólo recientemente se han incorporado al ejército, para éstos el sueldo es más bajo, mientras que para aquellos que han estado en servicio y se encuentran hacia la mitad de la lista de soldados, su salario se incrementa. Pero cuando se han hecho viejos y están a punto de ser licenciados del ejército, la paga es mucho más grande, con el fin de que no sólo puedan, cuando en el futuro vivan como ciudadanos particulares, tener suficiente para su supervivencia, sino también puedan, cuando hayan alcanzado el término de su vida, dejar algunos bienes a los miembros de su familia. Así el tiempo, promoviendo continuamente a los soldados desde los niveles más bajos de la escala militar hasta el rango de aquellos que han muerto o sido licenciados del ejército, regula en base a la antigüedad el estipendio que ha de ser pagado por el Erario a cada hombre. Pero los Logotetes, como son llamados, no permitían que los nombres de los fallecidos fueran borrados de las listas, incluso cuando muriera gran número de soldados a la vez por otras causas, y especialmente, como era el caso de la mayoría, en el curso de las numerosas guerras. Además, no reponían durante mucho tiempo las listas militares. Y el resultado de esta práctica se mostró desafortunada de todo punto: primero para el estado, porque el número de soldados en activo era siempre insuficiente; segundo para los soldados sobrevivientes, porque eran pospuestos ante aquellos que habían muerto mucho antes y así se encontraban situados en una posición inferior a la que les correspondía y recibían un estipendio que era más bajo que el que tendrían si ostentaran el rango al que tenían derecho; y finalmente para los Logotetes, quienes durante todo este tiempo tenían que entregar a Justiniano una parte del dinero que era de los soldados.

Además, abrumaban a los soldados con muchas otras e injustas formas de castigo, como recompensa por los peligros que arrostraban en el campo de batalla, so pretexto de que eran Griegos, como si nadie de esta nación pudiera ser valiente, o de que no estaban autorizados por el emperador para servir en la milicia, incluso cuando mostraban el sello a tal efecto, el cual los Logotetes no dudaban en cuestionar; o de que se habían ausentado de su puesto durante unos pocos días. Después también algunos de la guardia de Palacio fueron enviados a lo largo de todo el Imperio Romano y aparentemente fueron a buscar entre los ejércitos a todos aquellos que fueran inapropiados para el servicio activo y algunos fueron privados de su uniforme por ser viejo e inútil, de modo que para el resto de sus vidas tuvieron que ganarse el pan merced a la caridad en el Foro, exhibiendo sus lágrimas y lamentos como reclamo; y los demás, para no sufrir similar destino, les entregaron grandes sumas de dinero, de modo que los soldados perdieron todo afecto por su profesión, se vieron reducidos a la pobreza y no albergaron ya ningún entusiasmo por las armas. Fue justo por esta razón que el poder Romano vino a ser destruido en Italia. De hecho, cuando Alejandro el Logotete fue enviado allí, tuvo la insolencia de lanzar estas acusaciones a los soldados e intentó obtener dinero de los Italianos, alegando que les estaba castigando por su comportamiento durante el reinado de Teodorico y los Godos. Y no sólo fueron oprimidos los soldados por la indigencia y la pobreza a causa de la conducta de los Logotetes, sino que también los subordinados, que servían a todos los generales, un grupo antaño numeroso y muy estimado, fueron machacados por el peso del hambre y la extrema pobreza. Esta situación suya era así porque a raíz de ello no tenían modo de subvenir a sus ordinarias necesidades.

Y añadiré algo más a aquello que he dicho, puesto que el asunto de los soldados me lleva a

ello. Los emperadores Romanos en los pasados tiempos situaban gran cantidad de soldados en todos los puntos de la frontera del Imperio para guardar el limes de Roma, sobre todo en la parte oriental, impidiendo así las incursiones de Persas y Sarracenos. Esas tropas solían llamarse limitanei. A estos el emperador Justiniano al principio los trató con tanta indiferencia y mala manera, que sus pagadores se retrasaban cuatro o cinco años en pagarles, y si la paz era firmada entre Romanos y Persas, estos infelices eran obligados, en la suposición de que se beneficiarían mucho de las bondades de la paz, a hacer un presente al Erario sacado de la paga que les pertenecía. Y luego, sin ninguna buena razón, eran expulsados del ejército. Por ende las fronteras del imperio Romano quedaron desnudas de vigilancia y los soldados súbitamente se encontraron dependiendo de la caridad.

Otro grupo de soldados, no menos de tres mil quinientos, habían sido asignados originariamente a la vigilancia de Palacio. Eran los llamados Escolares. Y el Erario estaba habituado desde tiempos anteriores a pagar siempre a estos soldados estipendios más altos que a los restantes miembros de la milicia. Estos hombres eran elegidos por los anteriores emperadores por su excelencia, siendo reclutados para este honor entre los Armenios. Pero desde el tiempo en que Zenón asumió la potestad imperial el acceso había quedado abierto para que todos pudieran vestir este honorable uniforme, incluyendo cobardes y personas desconocedoras del arte militar. Y según avanzó el tiempo, incluso esclavos, pagando un soborno, podían ser admitidos en este cuerpo. De esta manera, cuando Justino asumió el imperio, Justiniano nombró a muchos para este honorable servicio, asegurándose por este expediente grandes cantidades de dinero. Pero cuando finalmente observó que no había ya más vacantes en ese cuerpo armado, añadió a sus filas dos mil reclutas y a estos solía llamarlos supernumerarios. Pero cuando él mismo asumió el imperio, apartó a estos supernumerarios con gran celeridad, sin darles nada a cambio.

Sin embargo, para aquellos que estaban incluidos en el cuerpo regular de los Escolares ideó lo siguiente. Cuando se esperaba que un ejército fuera mandado contra Libia, Italia o Persia, les dio órdenes de empacar como si fueran a tomar parte en la expedición, aunque sabía bien que en absoluto eran aptos para el servicio activo y ellos, atemorizados, le enviaron sus estipendios de un determinado periodo para que no se les enviara. Y ocurrió entonces que esto se lo hizo a los Escolares muchas veces. Y Pedro, igualmente, durante todo el tiempo que ocupó la magistratura de Magíster, como es llamada, los estuvo constantemente acosando con tales insólitas exigencias. Pues, si bien era de hecho un hombre moderado y no del todo versado en ofensas insultantes, al mismo tiempo, empero, era el mayor ladrón del mundo y absolutamente colmado de vergonzante avaricia. Este Pedro ha sido mencionado también en los libros precedentes por haber ejecutado el asesinato de Amalasueta, la hija de Teodorico.

Y hubo también otros en Palacio que gozaban de mucha mayor estima, porque el Erario estaba acostumbrado a concederles un más alto estipendio en base a que por su parte habían pagado crecidas sumas de dinero para poder pertenecer a un cierto servicio. Estos son los llamados Domésticos y Protectores, y desde antiguo han sido imperitos en las cosas de la guerra. Porque sólo por el interés del rango y la apariencia de la posición se habían enrolado en las unidades Palaciegas. Y desde antaño algunos de estos habían tenido su residencia en Bizancio, otros en Galacia y otros en diversos lugares. Pero a estos también Justiniano constantemente andaba intimidando en la manera antedicha, obligándoles así a entregarle el estipendio que les pertenecía. Y esto será explicado sumariamente. Había una ley por la que cada cuatro años el emperador presentaría a cada soldado un cierta suma de oro. Así, cada cuatro años solía enviar mensajeros a través de todos los lugares del imperio Romano y dar cinco piezas de oro a cada soldado. Y no podía haber ningún fallo en este asunto, en ningún momento ni de ninguna manera. Pero desde el momento en que este hombre asumió la administración del Estado, ni hizo tal cosa ni tuvo intención de hacerla, aunque había ya pasado un periodo de treinta y dos años, de modo que los hombres incluso llegaron a olvidarse de esta costumbre.

Y pasaré ahora a explicar otro de los métodos de saquear a sus súbditos. Aquellos que hacían guardia y llevaban informes para el emperador y los oficiales en Bizancio, o quienes prestaban cualquier otro servicio eran asignados a lo primero a los rangos más bajos y con el tiempo ascendían a paso firme a cargos superiores ocupados por los que se habían muerto o retirado y cada uno de ellos procuraba ascender del rango que ocupaba hasta el momento en que por fin ocupaba el cargo más alto y conseguía el punto más encumbrado posible de su carrera. Para aquellos que han logrado este alto rango un salario ha sido asignado desde antiguo, tan alto que cada año ganan más de cien centenarios de oro, con lo que sucedía que no sólo ellos mismos tenían suficiente para las necesidades de su avanzada edad, sino que podían compartirlo con otros muchos, como una cosa general, lo que, en cuanto a los asuntos del estado, suponía alcanzar un alto punto de prosperidad. Pero este emperador, quitándoles prácticamente todos los ingresos, les trajo lamentos a ellos y al resto de la humanidad. En efecto, la pobreza cayó sobre ellos primero y luego se extendió al resto que anteriormente habían compartido con ellos aquellos beneficios. Y si alguno calculara las pérdidas que cayeron sobre ellos por este motivo durante un periodo de treinta y dos años, llegaría a conocer qué enorme monto total les quitó.

XXV. CÓMO ROBÓ A SUS PROPIOS OFICIALES.

Así eran maltratados por el tirano los hombres de servicio. Y ahora procederé a hablar del trato dado a mercaderes, navegantes y artesanos en el Foro y, a través de ellos, a todos los demás. Hay dos estrechos en cada orilla de Bizancio: una en el Helesponto entre Sestos y Abidos; la otra en la desembocadura del Ponto Euxino, donde se erige la iglesia de la Santa Madre. Ahora en el estrecho del Helesponto no hay ninguna aduana, pero un determinado magistrado está situado por el emperador en Abidos, vigilando si algún navío transporta armas a Bizancio sin licencia del emperador, y también si alguien está yéndose de Bizancio sin el permiso firmado por los funcionarios que tienen esta función, pues nadie puede abandonar Constantinopla sin el previo consentimiento de aquellos que prestan servicio a las órdenes del Maestro de los Oficios, y recaudando de los dueños de los barcos un peaje que no era conocido por nadie, pero el cual era una suerte de pago reclamado por el hombre que ejercía este cargo como compensación por su labor. Pero el hombre enviado al otro estrecho había siempre recibido su salario del emperador y vigilaba con gran diligencia las cosas que he mencionado más arriba y además si alguna cosa estaba siendo enviada a los bárbaros que están asentados a lo largo del Ponto Euxino, cosas de la clase que no está permitido exportar de la tierra de los Romanos a sus enemigos. Este hombre, empero, no tenía permitido aceptar nada de aquellos que navegaban por aquella ruta. Pero desde el tiempo en que el emperador Justiniano asumió el imperio, ha establecido una aduana en cada estrecho y enviando regularmente a dos oficiales asalariados (aunque no les pagó el salario convenido), sin embargo les ordenó que usaran de todos los medios a su alcance para entregarle de este nuevo peaje tanto dinero como les fuera posible. Y ellos, preocupados sólo de demostrarle su lealtad, terminaron por robar a los navegantes todo el valor de sus mercaderías.

Tales fueron las medidas que tomó en cada uno de los estrechos. Y en Constantinopla ideó el siguiente plan. Comisionó a uno de sus íntimos, un Sirio de nacimiento llamado Addeo, ordenándole que asegurara para él algún beneficio de los barcos que arribaban al puerto. Y este desde ese momento no permitía a ninguna nave que llegara al puerto de Bizancio partir de allí sin ser molestada, sino que penalizaba a los propietarios de los barcos con el valor de su navío o bien les obligaba a volverse a Libia y a Italia. Y algunos de ellos, sin embargo, se negaron a someterse a tal chantaje prefiriendo quemar sus barcos a seguir navegando a tal precio. Y se consideraban afortunados si escapaban con este solo sacrificio. Aquellos que no tenían más remedio que continuar navegando para poder vivir, cargaban mercancías por un valor tres veces superior para poder llegar a destino, de modo que los mercaderes tenían que recuperar estas pérdidas vendiendo sus productos a los compradores a un precio muy alto, con el resultado de que los Romanos casi murieron de inanición.

Tal era el camino por el que estaba discurriendo todo lo concerniente a la administración del Estado. Pero pienso que no debería omitir una mención a lo que hizo el Erario imperial con relación a la pequeña moneda. Pues mientras que antiguamente los cambistas estaban acostumbrados a dar a aquellos que negociaban con ellos doscientos diez óbolos, que se llaman follis, por un estáter de oro, esas personas, obteniendo para sí ganancias particulares, hicieron fijar que por un estáter de oro se dieran ciento ochenta óbolos. De este modo, quitaban una séptima parte del valor de cada moneda de oro... a todos los ciudadanos.

Pero cuando aquellos soberanos habían sujetado la mayoría de las mercancías al control de los monopolios, como son llamados, y cada día estaban estrangulando a aquellos que deseaban comprar algo y habían respetado tan sólo las tiendas donde se vendía ropa, también idearon un plan para hacerse con este negocio. Los vestidos de seda habían sido confeccionados desde antiguo en las ciudades de Beirut y Tiro en Fenicia. Y los mercaderes y artesanos de estos productos habían vivido

allí desde tiempos antiguos y este comercio desde allí se había extendido al resto del mundo. Y cuando, en el imperio de Justiniano, los mercaderes que se dedicaban a este tráfico en Bizancio y en otras ciudades estaban vendiendo estas mercaderías a un precio excesivo, excusándose con el pretexto de que en ese momento estaban pagando a los Persas un precio mayor que antes, y que las fábricas textiles eran ahora más numerosas en la tierra de los Romanos, el emperador dio a todos la impresión de que estaba enojado por esto, y promulgó una ley por la que una libra de este producto no costaría más de ocho piezas de oro. Y la pena designada para los transgresores consistiría en ser incautado todo el dinero que tuvieran. Esto pareció al pueblo imposible y fútil. Porque no era posible para los importadores, habiendo traído estas mercancías a un alto precio, venderlas por otro menor a los consumidores. Por tanto, no se dedicaron más a la importación de esta mercadería y gradualmente vendieron el resto de sus productos mediante métodos ilegales, dándoselos a algunos notables que encontraban satisfacción en gastar su dinero en tales finuras a pesar del enorme desembolso de dinero (o que, en cierto sentido, estuvieran obligados a hacerlo). Y cuando la emperatriz supo de estas transacciones por los chivatazos de ciertas personas, aunque no investigó el rumor que se oía, sin embargo, inmediatamente incautó toda la mercancía de esos hombres y además les impuso una multa de un centenario de oro.

Pero este negocio en particular estaba bajo el control, entre los Romanos al menos, del oficial a cargo del Erario imperial. En consecuencia, habiendo nombrado a Pedro apellidado Barsymes para este oficio poco después, le permitieron hacer cosas execrables. Pues mientras exigía a todos los demás hombres la observancia estricta de la ley, los artesanos de este gremio fueron requeridos a trabajar para él solo, y vendía luego las sedas tintadas, en absoluto furtivamente sino en el Foro, a un precio de no menos de seis piezas de oro la onza si era de calidad normal, y más de veinticuatro piezas de oro si se trataba del tinte imperial, llamado holovero. Y mientras el emperador recaudaba fuertes sumas de dinero de esta manera, él mismo ganaba aún más sin ser observado y esta práctica, que comenzó con él, ha continuado siempre. Porque, hasta el momento presente, el encargado del Erario se ha constituido, sin tratar de ocultarse, como único importador y vendedor de esta mercancía. En consecuencia los importadores que antaño se habían ocupado de este tráfico en Constantinopla y en otras ciudades, por tierra y mar, ahora tienen que aguantar, como era de esperar, los daños que se originan por este comportamiento. Y en las demás ciudades prácticamente toda la población se encontró de súbito reducida a la mendicidad. Porque los mercaderes y los artesanos se vieron por tanto obligados a pasar hambre y muchos en consecuencia cambiaron de ciudadanía y se marcharon como fugitivos a la tierra de Persia. Pero siempre el Maestro del Erario permaneció como único titular de este negocio y mientras consintió en entregar al emperador parte de sus beneficios, como se ha dicho, se llevó la mayor parte para sí y se estaba enriqueciendo a costa de las calamidades públicas. Baste con esto sobre tal asunto.

XXVI. CÓMO EXPOLIÓ LA RIQUEZA DE LAS CIUDADES Y SAQUEÓ A LOS POBRES.

Hablaremos ahora de cómo tuvo éxito en destruir la riqueza y todas las cosas que confieren honor y valor en Bizancio y en todas las ciudades. Primero decidió abolir el rango de rétor, porque inmediatamente privó a los rétores de todos sus honorarios con los que antes se habían habituado a disfrutar y enorgullecerse cuando habían abandonado su profesión de abogacía, y les ordenó que litigaran unos con otros directamente bajo juramento; y siendo así desdeñados, los rétores se sumieron en enorme desesperación. Y después que hubo confiscado los bienes de los senadores y de otras gentes prósperas, como ha sido relatado, en Constantinopla y en todo el imperio Romano, quedó poco trabajo para los abogados. Los hombres nada tenían digno de mención para ir a tratar en los tribunales. Así, de todos los famosos abogados, pocos quedaron y se vieron despreciados y reducidos a la penuria, obteniendo de su trabajo nada salvo insultos.

Además, también hizo que los médicos y maestros de los niños libres padecieran penuria de todo lo necesario para la vida, pues los honorarios que los anteriores emperadores habían decretado que les fueran entregados a cargo del Erario público fueron cancelados por completo. Además, todos los ingresos que los habitantes de todas las ciudades habían estado recaudando localmente para sus propias necesidades cívicas y para sus espectáculos públicos los transfirió y osó mezclarlos con los ingresos públicos. E igualmente los médicos y profesores no gozaron de ninguna estima, ni nadie pudo más cuidar de los edificios públicos, ni las lámparas públicas fueron conservadas en las ciudades para su iluminación, ni hubo consuelo alguno para sus habitantes. Porque los teatros, hipódromos y circos fueron todos clausurados en su mayor parte (lugares en que su esposa había nacido, crecido y educado). Y luego ordenó que aquellos espectáculos fueran cerrados, incluso en Constantinopla, de modo que el Erario no tuvo que pagar las usuales sumas a las numerosas y casi incontables personas que vivían de ello. Y hubo tristeza y dolor privado y público, como si aún otra aflicción del Cielo les hubiera golpeado, y no hubo más alegría en la vida de nadie. Y ningún otro tema de conversación existía ya entre el pueblo, ya estuvieran en casa, en el mercado o en los templos, que los nuevos desastres, calamidades e infortunios que ocurrían en un grado incomparable.

Tal era la situación en las ciudades. Y aquello que queda por decir es digno de ser contado. Dos cónsules de los Romanos eran elegidos cada año, uno en Roma y el otro en Constantinopla. Y cualquiera que era llamado a este honor estaba seguro de verse obligado a gastar más de veinte centenarios de oro, siendo una pequeña porción de esta cantidad pagada de su bolsillo y la mayor parte por el emperador. Este dinero era distribuido entre aquellos que he mencionado y aquellos que en general carecían de otros medios de subsistencia, y particularmente actores y así permitía dar auxilio constante a todo lo que era para bien de la ciudad. Pero desde el momento que Justiniano llegó al poder, estas distribuciones no fueron hechas según costumbre, pues a veces un cónsul permanecía en el cargo un año tras otro, hasta que finalmente el pueblo perdió la esperanza de ver a otro nuevo, incluso en sus sueños. Como resultado, se produjo una universal pobreza, ya que el emperador no entregó más a sus súbditos lo que habían tenido por costumbre recibir, sino que, al contrario, procuró quitarles de todas las maneras y en todas partes lo poco que aún tenían.

Cómo este ladrón ha estado tragándose todos los dineros públicos y cómo ha estado privando a los miembros del Senado de sus propiedades, a cada uno individualmente y a todos en conjunto, ha sido, pienso, suficientemente descrito. Y cómo lanzando falsos cargos confiscó las haciendas de todos a quienes reputaba ricos, imagino haberlo ya adecuadamente contado, como en el caso de los soldados, oficiales y guardias de palacio, los agricultores y terratenientes, aquellos cuya profesión es la oratoria, además de tenderos, navieros, marineros, mercaderes, jornaleros y vendedores, así como aquellos que se ganaban la vida con representaciones en el teatro y además todas las demás

clases, puedo decir, que fueron alcanzados por el daño que infería este hombre.

Y procederé ahora a hablar de cómo trató a los mendigos y al pueblo llano y a los pobres y a aquellos afligidos con toda clase de discapacidad física; su trato a los sacerdotes será descrito en mis siguientes libros. Primero de todo, habiendo tomado el control, como ha sido dicho, de todas las tiendas y habiendo establecido los llamados monopolios de los bienes más indispensables, procedió a sacarle a toda la población más del triple de los precios normales. En cuanto a sus otras hazañas, puesto que son simplemente incontables, no intentaré siquiera hacer su catálogo en un libro sin fin. Pero diré que a los compradores de pan robó de la forma más cruel todo el tiempo, hombres que, siendo trabajadores manuales, empobrecidos y afligidos con todo tipo de minusvalías físicas, no podían evitar comprar el pan. De estos exigía tres centenarios al año, con el resultado de que los panaderos alzaban los precios y rellenaban el pan con cáscaras y cenizas, porque el emperador no tenía escrúpulos de obtener beneficios ni siquiera de esta impía adulteración. Aquellos que estaban a cargo de este oficio, aplicando este truco para su lucro particular, con facilidad llegaron a ser muy ricos y redujeron a los pobres a una intolerable miseria en plenos tiempos de abundancia, porque fue completamente prohibido que todo hombre comprara grano en cualquier parte, sino que era obligado que todos compraran y comieran de ese pan.

Y aunque vieron que el acueducto de la ciudad se había roto y estaba transportando sólo una pequeña parte de agua a la ciudad, no hicieron caso del asunto y no consintieron en gastar ni un sólido en ello, a pesar del hecho de que una gran multitud del pueblo, ardiendo de indignación, estaba siendo reunida en las fuentes y que todos los baños habían sido cerrados. Y sin embargo malgastaba una gran cantidad de dinero sin ningún motivo en edificios sobre el mar y otras edificaciones sin sentido, erigiendo nuevas construcciones en todas partes de los suburbios, como si los palacios en que todos los emperadores anteriores habían estado contentos de vivir a lo largo de sus días no pudieran albergar su hogar. Y esto no se hacía por motivos económicos, sino para lograr la destrucción del género humano, ya que se negaba a reconstruir el acueducto. Porque nadie en toda la historia ha nacido alguna vez en el mundo que estuviera más deseoso que Justiniano de conseguir dinero, para luego empezar nuevamente a malgastarlo de inmediato. De estos dos recursos, esto es, pan y agua, que como único remedio quedaba a los que estaban hundidos en la miseria, ambos fueron usados por este emperador para perjudicarlos, como he escrito, ya que hizo que un recurso, es decir, el agua, fuera imposible de conseguir, y el otro, el pan, fuera muy caro de comprar.

Y amenazó de esta manera no sólo a la clase humilde de Bizancio, sino también, a los que vivían en otros lugares, como será relatado por mí inmediatamente. En efecto, cuando Teodorico conquistó Italia, dejó donde estaban a los que estaban sirviendo como soldados en el Palacio de Roma, para que al menos un recuerdo de los antiguos tiempos se conservara allí, pagando a cada hombre un pequeño estipendio diario; y estos soldados eran muy numerosos. Porque los Silenciaros, como son llamados, los Domésticos y los Escolares estaban entre ellos, aunque en su caso nada militar quedaba salvo el nombre de ejército, y este sueldo era apenas suficiente para vivir. Y Teodorico ordenó que este pago se transmitiera a su muerte a sus hijos y parientes. Y a los pobres que tenían su asiento junto a la Iglesia del apóstol Pedro, ordenó que el Erario les entregara siempre cada año tres mil medidas de grano. Estas pensiones fueron recibidas por todos los pobres hasta que Alejandro, llamado «Tijeras», llegó a Italia. Pues este hombre decidió inmediatamente, sin vacilación, abolir todos. En sabiendo esto, Justiniano, emperador de los Romanos, aprobó esta decisión y tuvo a Alejandro en aún más alto honor que antes. Durante su viaje allá causó también el siguiente perjuicio a los Griegos. La fortaleza de las Termópilas había sido largo tiempo guardada por los campesinos cercanos, quienes se turnaban en la vigilancia de la muralla cuandoquiera se anunciaba una incursión de bárbaros contra el Peloponeso. Pero cuando Alejandro visitó el lugar durante la travesía a Italia, él, pretendiendo que estaba actuando en interés de los Peloponesios, rechazó confiar la fortaleza a los campesinos. Así, situó tropas allí en número de dos mil y ordenó

que su estipendio no fuera pagado por el Erario imperial, sino por los fondos civiles y los dineros reservados a los espectáculos de todas las ciudades de Grecia, so pretexto de que aquellos soldados tenían que ser mantenidos a costa de ese lugar y por ende de toda Grecia. En consecuencia, todos los lugares de Grecia, incluyendo la mismísima Atenas, no pudieron restaurar los edificios públicos ni pudieron pagar ninguna otra cosa útil. Justiniano, empero, sin vacilar, confirmó estas medidas del «Tijeras».

Así, de la manera descrita, estos asuntos fueron transcurriendo. Pero debemos ahora proceder a tratar el caso de los pobres en Alejandría. Aquí vivía un cierto Hefesto, abogado, que asumió el gobierno de Alejandría y en su condición de tal puso fin a una sedición ciudadana amenazando a los revoltosos, pero redujo a todos los habitantes a la completa miseria. Pues inmediatamente puso todas las mercancías bajo monopolio, prohibiendo a los demás mercaderes vender nada, y él mismo se convirtió en el único traficante y vendedor de todas las mercaderías, fijando los precios según su voluntad merced a su suprema autoridad. Pero la consiguiente carestía de las provisiones necesarias sumió en la mayor de las aflicciones a Alejandría, donde antes incluso los más pobres habían podido vivir adecuadamente. Y el alto precio del pan aplastó a la mayoría, porque compraba todo el trigo de Egipto él mismo, no permitiendo que nadie comprara ni tan siquiera un celemín, y así controlaba el abastecimiento y el precio del pan a su voluntad. De este modo en poco tiempo ganó una fabulosa fortuna y cumplió el deseo del emperador en este asunto. Y mientras el populacho de Alejandría, por temor a Hefesto, sobrellevaba su angustiosa situación en silencio, el emperador, gracias al dinero que llegaba a su bolsillo constantemente, amaba a este hombre intensamente.

Y este Hefesto, para poder ganarse más aún la voluntad del emperador, ideó el siguiente plan. Diocleciano, un anterior emperador de los Romanos, había decretado que un gran monto de grano fuera dado por el Erario cada año para cubrir las necesidades de los Alejandrinos. Y el populacho, habiendo distribuido este grano entre ellos mismos en primer lugar, ha transmitido esta costumbre a sus descendientes hasta hoy. Pero Hefesto, desde este tiempo, quitó a los pobres hasta dos millones de medidas anuales de grano y los transportó a los almacenes del Estado, escribiendo al emperador que el pueblo había hasta entonces estado recibiendo el grano por error, y no en beneficio del público interés. Y en consecuencia el emperador confirmó esta decisión y lo tuvo en mayor favor aún. Los Alejandrinos, cuya esperanza de vida radicaba en esta distribución sufrieron muy cruelmente como resultado de esta inhumana acción.

XXVII. CÓMO EL DEFENSOR DE LA FE PROTEGÍA LOS INTERESES DE LOS CRISTIANOS.

Los hechos de Justiniano eran tantos y tales que toda la eternidad no sería suficientemente larga como para describirlos adecuadamente. Así unos pocos ejemplos habrán de bastar para iluminar todo su carácter ante las futuras generaciones: qué hipócrita era, cómo despreciaba a Dios, las leyes y al pueblo que se mostraba leal a él, el cual en apariencia era favorecido por él, si bien ninguna vergüenza sentía por nada, ya cuando producía la ruina del Estado, ya al ejecutar cualquier otra fechoría. Ni siquiera se molestaba en intentar excusar sus acciones y su único cuidado era cómo podía hacerse con la posesión de todas las riquezas del mundo.

Comenzaré con esto. El emperador nombró al patriarca de Alejandría, Paulo de nombre. Pero resultaba que al mismo tiempo un cierto Rodón, Fenicio de origen, dominaba en Alejandría. Este hombre fue conminado a que apoyara en todo a Paulo con todo celo, de modo que ninguna de sus órdenes quedara sin cumplir. Porque de este modo pensaba que podría ganarse la adhesión de los herejes que había en Alejandría al Concilio de Calcedonia. Había un cierto Arsenio, natural de Palestina, que había servido útilmente a la emperatriz Teodora en un muy importante asunto, y por esta circunstancia había adquirido gran poder y una gran cantidad de dinero y había alcanzado la dignidad de senador, aunque era un perfecto bellaco. Este hombre era, en efecto, Samaritano, pero para no perder el poder de que gozaba había visto oportuno adoptar el nombre de Cristiano. Su padre y hermano, empero, fiados en el poder de este hombre, habían continuado en Escitópolis, conservando su fe ancestral, y, cumpliendo las instrucciones de aquel, andaban ejecutando intolerables males contra todos los Cristianos. En consecuencia, los ciudadanos se levantaron contra ellos y los mataron de forma muy cruel y muchos daños vinieron a suceder al pueblo de Palestina por esta causa. Y en este tiempo ni Justiniano ni Teodora hicieron mal alguno a Arsenio, aunque este había sido la principal causa de todas las dificultades, sino que le prohibieron acudir a Palacio nunca más, porque estaban siendo presionados muy insistentemente por los Cristianos por motivo de estos sucesos. Este Arsenio, pensando agradar al emperador, no mucho después partió en compañía de Paulo hacia Alejandría, para ayudarle en otros negocios y en particular auxiliarle en lo posible a atraerse la obediencia de parte de los Alejandrinos. Pues declaró que en el momento en que tuvo el infortunio de ser excluido de Palacio, no había abandonado el estudio de todas las doctrinas de los Cristianos. Pero esto molestó a Teodora, ya que ella pretendía ir en contra del emperador en esto, como he escrito anteriormente. Así, cuando Paulo y Arsenio hubieron llegado a Alejandría, Paulo entregó a Rodón a cierto diácono llamado Psoes para que lo ejecutara, diciendo que constituía un obstáculo que le impedía cumplir las órdenes del emperador. Y Rodón, actuando según las instrucciones del emperador, enviadas a él por cartas frecuentes y urgentes, decidió torturar al hombre. Y murió al poco, roto por la tortura. Entonces, cuando la nueva de esto vino al emperador, este, de inmediato, merced a la vehemente instancia de la emperatriz, expresó su horror ante lo que habían hecho Paulo, Rodón y Arsenio, como si hubiere olvidado sus instrucciones a aquellos hombres. Entonces nombró a Liberio, un patricio de Roma, gobernador de Alejandría, y mandó a algunos sacerdotes de buena reputación a Alejandría, para investigar el asunto. Entre estos estaba el archidiácono de Roma, Pelagio, que estaba comisionado por el Papa Vigilio para actuar como su legado.

Probado el crimen, Paulo, condenado por asesinato, fue depuesto de su obispado; Rodón, quien huyó a Constantinopla, fue decapitado por el emperador y su hacienda confiscada, aunque el hombre mostró trece cartas que el emperador le había escrito urgiéndole, apremiándole y ordenándole que apoyara a Paulo en todas las cosas y no se opusiera a él en nada en absoluto, con el fin de que pudiera cumplir las órdenes del emperador concernientes a la fe. Y Liberio, por deseo de

Teodora, crucificó a Arsenio y el emperador vio adecuado confiscar sus bienes, aunque no tenía más cargos con que acusarle que el de haberse unido a Paulo. Si sus actos en este asunto fueron justos o no, no puedo decir, pero pronto mostraré por qué he descrito este suceso.

Algún tiempo después, Paulo arribó a Constantinopla y ofreció al emperador siete centenarios de oro a cambio de restaurarlo en el sagrado oficio del que, según él, había sido depuesto ilegalmente. Justiniano tomó el dinero cortésmente y trató al hombre honorablemente, y convino en nombrarle patriarca de Alejandría inmediatamente, aunque otro ostentaba tal honor, como si no supiera que él mismo había asesinado y robado la propiedad a aquellos que habían sido amigos y auxiliadores de Paulo.

Así el emperador estaba llevando el asunto con gran vehemencia y entusiasmo y Paulo esperaba que definitivamente recobraría el sacerdocio en todo caso. Pero Vigilio, que estaba presente en ese momento en Bizancio, se negó totalmente a ceder ante el emperador, si daba tal orden. Y añadió que no podría anular una decisión que Pelagio ya había dado como legado suyo. Y el emperador, cuya única idea era conseguir dinero, se olvidó del asunto.

Ahora trataré de otro caso similar. Había un cierto Faustino, natural de Palestina, descendiente de Samaritanos, pero que en cumplimiento de la ley había adoptado el nombre de Cristiano. Este Faustino llegó a ser senador y gobernador de su provincia, y cuando el término de su cargo expiró poco después, volvió a Constantinopla, donde fue denunciado por algunos sacerdotes de haber favorecido a los Samaritanos y perseguido impiamente a los Cristianos de Palestina. Justiniano pareció estar furioso y profundamente resentido por este motivo, esto es, que mientras gobernaba el imperio de los Romanos el nombre de Cristo fuera insultado por alguien. Así, cuando el Senado hizo una investigación del asunto, castigó a Faustino con el destierro a instancias del emperador. Pero el emperador recibió de Faustino todo el dinero que quiso e inmediatamente revocó la decisión que había hecho adoptar. De este modo Faustino, una vez más en posesión de su antigua dignidad, y recuperada la amistad del emperador, fue nombrado Conde de los dominios imperiales en Palestina y Fenicia, donde sin temor hizo tanto daño como quiso. El modo en que Justiniano protegió los verdaderos intereses de los Cristianos puede verse con estos ejemplos, unos pocos, según lo que el tiempo me ha permitido describir.

XXVIII. SU VIOLACIÓN DE LAS LEYES DE LOS ROMANOS, Y CÓMO LOS JUDÍOS FUERON MULTADOS POR COMER CORDERO.

Ahora mostraré en pocas palabras cómo sin vacilar abolió leyes cuando había dinero de por medio. Había un cierto Prisco en la ciudad de Emesa, que tenía una gran habilidad natural para imitar la escritura de otros, y era muy bueno en esta clase de ilegal negocio. Entonces ocurrió que la iglesia de Emesa había heredado largo tiempo atrás la propiedad de un distinguido patricio llamado Mamiano, de familia ilustre y de gran riqueza. Durante el imperio de Justiniano, Prisco investigó a todas las familias de la antedicha ciudad y si encontraba a alguna persona que gozara de abundantes recursos y de la que pudiera sustraer grandes sumas de dinero, cuidadosamente trazaba su línea genealógica y cuando encontraba antiguas cartas de los antepasados de esas personas, elaboraba muchos documentos aparentando haber sido escritos por ellos, en las que prometían pagar a Mamiano crecidas sumas de dinero en base a que las habían recibido en depósito de él. Y la suma total reconocida en estos documentos falsificados alcanzaba a no menos de cien centenarios. Y eligiendo la escritura de un cierto hombre que había solido tener asiento en el Foro en la época en que Mammiano estaba vivo, un hombre que gozaba de gran reputación por su sinceridad y virtud y que solía preparar todos los documentos de los ciudadanos, sellando cada uno personalmente con su propia firma (tal persona es llamada por los Romanos tabellio), Prisco, después de confeccionar una maravillosa imitación de la escritura de este hombre, entregó los documentos a los que administraban los negocios de la iglesia de Emesa, después que estos le hubieren prometido entregarle una parte del dinero. Pero como estaba vigente una ley, por la que se estatuyó que en caso normal la acción de reclamación se sujetaría a un límite de treinta años, salvo ciertos casos, como las hipotecas, cuyo límite se extendería hasta los cuarenta años, idearon el siguiente plan.

Viniendo a Bizancio y desembolsando fuertes sumas de dinero a este emperador, le suplicaron que cooperara con ellos en lograr la destrucción de los ciudadanos que no habían sido hallados culpables de nada. Y él, después que recibió el dinero, sin vacilar mínimamente promulgó una ley por la que las iglesias serían excluidas de esos límites, y que por el contrario las reclamaciones hechas a esta institución podrían ser ejercidas en cualquier momento dentro de un periodo de cien años. Y esta ley fue aplicable no sólo para Emesa, sino también para todo el imperio Romano. Y para aplicar este decreto envió a Emesa a cierto Longino, hombre enérgico y fuerte físicamente, quien después también ocupó el oficio de prefecto de Constantinopla. Y aquellos que llevaban los negocios de la iglesia reclamaron de aquellas personas dos centenarios en base a esas falsificaciones. E inmediatamente se aseguraron el convencimiento de Longino, pues los demandados no pudieron defenderse debido al gran lapso de tiempo que había pasado y a la ignorancia de los hechos. Y todos los demás ciudadanos estaban muy apenados por esto y enojados con los acusadores, sobre todo los notables de la ciudad, que quedaban expuestos a cualquier demanda. Y puesto que el mal se estaba por entonces extendiendo contra la mayoría de los ciudadanos, ocurrió que la providencia de Dios, podría uno decir, intervino como sigue. Longino ordenó a Prisco, el autor de este fraude, que le llevara todos los documentos y cuando este se negó, le golpeó con gran violencia. Y Prisco, no pudiendo soportar el golpe de un hombre tan fuerte, cayó de espaldas y, temblando de miedo por la sospecha de que Longino había averiguado toda la verdad de lo que realmente había hecho, confesó su crimen. Así todo el mal fue sacado a la luz y las denuncias cesaron.

Sin embargo, estas constantes y ordinarias falsificaciones de las leyes Romanas no fueron el único mal que hizo, sino que el emperador también concibió la idea de abolir las leyes que concernían a los Hebreos con el objeto de destruir sus tradiciones. En efecto, si ocurría, por ejemplo, que algún año el calendario hacía que la Pascua Judía caía antes que la Cristiana, prohibía

a los Judíos celebrar su festividad, hacer sacrificio alguno a Dios o cumplir cualquiera de sus costumbres. Muchos de ellos fueron fuertemente multados por los magistrados por comer cordero en tal ocasión, como si esto fuera contra las leyes del Estado. Y aunque conozco bien infinidad de otras acciones de Justiniano, no añadiré nada más, pues debo poner fin a mi narración y, además, el carácter del hombre ha quedado revelado con suficiente claridad merced a lo que ha sido dicho.

XXIX. OTROS INCIDENTES QUE LO MUESTRAN COMO UN MENTIROSO Y UN HIPÓCRITA.

Ahora mostraré qué mentiroso e hipócrita era. Liberio, al que recientemente he mencionado, fue depuesto por él de su cargo y en su lugar nombró a Juan, un Egipcio, apellidado Laxarión. Cuando Pelagio, un amigo íntimo de Liberio, supo de esto, preguntó al emperador si la nueva del nombramiento de Laxarión era verdad. Y él inmediatamente lo negó, asegurándole que no había hecho tal cosa y le entregó una carta para Liberio, ordenándole que se mantuviera en su puesto más firmemente y que no lo dejara de ningún modo. Pues no era su deseo, dijo, removerle de esa magistratura en ese momento. Y Juan tenía un tío en Bizancio llamado Eudamonte, quien, habiendo sido elevado al rango senatorio y habiendo adquirido una gran riqueza, fue durante un tiempo Conde de las propiedades personales del emperador. Este Eudamonte, en oyendo esta decisión, también acudió ante el emperador para preguntarle si el cargo era asignado realmente a su sobrino. Y Justiniano, en contradicción con lo que había escrito a Liberio, ahora escribió un documento a Juan, diciéndole que asumiera el cargo con toda tranquilidad, pues, dijo, estaba de su parte y no había cambiado de opinión. Y Juan, convencido por estas afirmaciones, ordenó a Liberio retirarse del cargo, pues había sido depuesto oficialmente. Pero Liberio, con igual confianza basada en la carta recibida del emperador, se negó. Entonces Juan se fue a por Liberio con una guardia armada y Liberio con sus propios soldados se defendió. Durante la lucha muchos murieron, incluyendo el mismo Juan, el nuevo gobernador. A instigación de Eudemonte, Liberio fue convocado a Constantinopla. El Senado investigó el asunto y absolvió a Liberio, ya que lo que hizo había sido en defensa propia y no como agresor. El emperador, empero, no lo dejó en paz hasta que le pagó una multa, que secretamente le había impuesto. Esto muestra el amor de Justiniano a la verdad y cómo mantenía su palabra.

No estará fuera de lugar que cuente la secuela del incidente. Este Eudemonte murió al poco, dejando muchos parientes pero no redactando últimas voluntades. Y hacia el mismo tiempo cierto hombre, llamado Eufراتas, que había sido el principal eunuco de Palacio, murió, dejando un sobrino, pero sin hacer testamento que regulara el destino de su considerable hacienda. El emperador se apoderó de ambas propiedades, nombrándose heredero y no dio ni medio óbolo a los herederos legales. ¡Tal respeto por la ley y por la familia mostraba el emperador!. De la misma forma se había apoderado de la hacienda de Ireneo, quien había muerto mucho antes, aunque no tenía ningún derecho para reclamarla.

Y no podría pasar por alto otro incidente directamente relacionado con los antedichos, que ocurrió hacia la misma época. Había un cierto Anatolio, que era el primero de la Curia de Ascalón. La hija de este hombre había sido debidamente casada con un ciudadano de Cesárea, Mamiliano de nombre, varón de linaje muy notable. Y la muchacha era la heredera, ya que era la única descendiente de Anatolio. Estaba prescrito por una antigua ley que cuando un senador en una ciudad muriera sin dejar hijos varones, la cuarta parte de su hacienda fuera entregada a la Curia de su ciudad, mientras que los herederos naturales del difunto disfrutarían del resto, pero el emperador dio en este caso demasiada prueba de su verdadero carácter, pues sucedió que promulgó una ley en ese momento, por la que regulaba los casos de esa clase de una forma diametralmente opuesta, disponiendo por ende que cuando un senador muriera sin descendencia masculina, sus herederos naturales recibirían la cuarta parte de su propiedad y el resto sería transferido al Erario imperial e ingresaba en la lista de la Curia urbana. Y sin embargo nunca desde la creación del mundo había el Erario o el emperador recibido los bienes de un senador. Mientras esta ley estaba vigente, Anatolio murió. Su hija se vio en la obligación de compartir su herencia con el Erario y con el Senado de la ciudad con arreglo a la ley, y recibió cartas del emperador y de la Curia de Ascalón, asegurándole

que no habría más reclamaciones de su parte, pues ya habían recibido su parte correcta y justamente. Luego también Mamiliano murió, el hombre que había sido yerno de Anatolio y dejó una única hija, que heredó todos los bienes de su padre, como era de esperar. Pero después ella también falleció, mientras que su madre aún estaba viva, habiéndose casado con un noble pero sin haber tenido ya hijos ni varones ni hembras. Sin embargo, Justiniano se apoderó de toda la hacienda, alegando como justificación que no sería piadoso que la hija de Anatolio, ya anciana, se convirtiera en una mujer rica merced a las propiedades de su padre y de su marido. Pero para que la mujer no quedara en la indigencia, ordenó que le fuera entregada una moneda de oro al día mientras viviera, escribiendo en el decreto, por el cual le robaba sus bienes, que le daba ese dinero por piedad: «porque es mi costumbre, dijo, hacer lo que es pío y recto».

Pero en cuanto a estos asuntos es suficiente con referir tales hechos, para que mi relato no sea excesivo, ya que no es posible para ninguna persona contarlos todos. Pero que Justiniano no veló por los Azules siquiera, que tanto le apoyaban, cuando había dinero en juego, lo referiré ahora. Vivía un Cilicio llamado Maltanes, yerno de aquel León que, como he dicho, era Referendario. Justiniano envió a este Maltanes a restaurar el orden entre los Cilicios. Bajo este pretexto Maltanes infligió intolerables sufrimientos a la mayoría de sus paisanos y les robó todo su dinero, algo del cual envió al tirano, enriqueciéndose injustamente con el resto. Entonces algunos soportaron su desgracia en silencio, pero aquellos que en Tarso eran Azules, confiando en el favor de la emperatriz, se reunieron en el Foro para insultar a Maltanes, quien no estaba presente. Cuando Maltanes supo de esto, rápidamente acudió a Tarso con muchos soldados. En llegando con las primeras luces del amanecer, ordenó a sus soldados que entraran en las casas y las saquearan. Pensando que aquello era una invasión de enemigos, los Azules se defendieron. Y entre otros males que se produjeron en medio de la oscuridad nocturna, sucedió que Damián, un senador, fue asesinado por herida de flecha. Este Damián era el patrón de los Azules en la ciudad. Y cuando nuevas llegaron a Bizancio de estos sucesos, los Azules se indignaron, movieron gran tumulto por toda la ciudad, se quejaron violentamente al emperador y profirieron contra León y a Maltanes las más terribles amenazas. El emperador simuló estar no menos enojado por el asunto e inmediatamente escribió ordenando una investigación y el castigo de Maltanes. Pero León le entregó una gran suma de dinero, de modo que ahí finalizó su investigación y su interés por los Azules. Dejado el suceso sin investigar, Maltanes luego llegó a Constantinopla ante el emperador y fue recibido muy amistosamente y lo tuvo en gran honor. Pero cuando se marchaba, los Azules, que no se olvidaban del asunto y lo estaban vigilando, se arrojaron sobre él en el mismo Palacio y lo habrían matado si uno de los Azules, sobornado por León, no lo hubiere impedido. Y, sin embargo, ¿quién no llamaría misérrimo al Estado, en el que el emperador acepta sobornos para paralizar cualquier investigación y en el que los facciosos, por su parte, mientras el emperador está en Palacio osan atacar a uno de sus magistrados y ejercer violencia sobre él?. Sin embargo, ningún castigo fue impuesto ni a Maltanes ni a sus agresores. Y por este solo hecho se puede colegir bien el carácter de Justiniano.

XXX.

OTRAS INNOVACIONES DE JUSTINIANO Y TEODORA, Y UNA CONCLUSIÓN.

Y en cuanto a la cuestión de si Justiniano tuvo en alguna consideración el bienestar del imperio, las cosas que hizo a los magistrados y espías arrojarán luz. Los emperadores Romanos precedentes disponían de un sistema de correo público que les permitía saber fácil y rápidamente de invasiones del enemigo en cualquier provincia, de sediciones en las ciudades o de cualquier otro inesperado problema, de las acciones de los gobernadores y de cualesquiera otros que estuvieran en cualquier parte del imperio Romano. Este sistema era como sigue. En la distancia que abarcaba una jornada de camino para un viajero, se establecieron postas, a veces ocho, a veces menos, pero en general no menos de cinco. Y en cada posta había preparados no menos de cuarenta caballos y un número de mozos de cuadra en proporción al número de caballos. Y merced al relevo frecuente de caballerías, que eran de las mejores razas, los viajeros podían avanzar en un día el trayecto de diez jornadas y cumplir por ello la misión que se les había encomendado. Además, los campesinos en todas partes y sobre todo si sus tierras se extendían en el interior, eran muy prósperos gracias a este sistema, porque cada año vendían los excedentes de sus cosechas de grano al gobierno para el mantenimiento de caballos y mozos, y así ganaban mucho dinero. Y el resultado de todo esto fue que mientras el Erario regularmente recibía los impuestos fijados a cada hombre, los que pagaban los impuestos recibían su dinero de nuevo inmediatamente y así el imperio lograba un efecto beneficioso.

Esta era la situación antaño. Pero este emperador primero abolió las postas desde Calcedonia a Daciviza y obligó a los correos, muchos contra su voluntad, a viajar desde Constantinopla directamente a Helenópolis por mar. Cuando embarcaban entonces en pequeños botes de la clase que la gente solía usar para cruzar el estrecho, en caso de que una tormenta les sobreviniera, se encontraban en un enorme peligro. Puesto que se les exigía rapidez, no podían esperar a que la tormenta acampara sino que precipitadamente debían proseguir viaje. Y en segundo lugar, mientras que en la ruta que conducía a Persia permitió que el antiguo sistema se mantuviera, sin embargo en las restantes vías que transcurrían por Oriente hasta Egipto sólo consintió que hubiera una posta para cada jornada de viaje, empleando para ello mulas, no caballos, y sólo unas pocas. No hay que admirarse, consecuentemente, de que los acontecimientos que se producían en cada provincia fueran comunicados con dificultad y demasiado tarde como para dar oportunidad para actuar, de modo que no se podía seguir a tiempo el curso de los sucesos, y además los campesinos, pudriéndose su grano por no venderlo, perdían continuamente sus antiguos beneficios.

Y el asunto de los espías es como sigue. Muchos hombres de los antiguos tiempos eran mantenidos por el Estado, hombres que irían a un país enemigo, especialmente al imperio de los Persas, ya so pretexto de vender algo, ya utilizando cualquier otro ardid, llevaban a cabo sus averiguaciones y luego regresaban a territorio Romano, donde podían contar todos los secretos de los enemigos a los magistrados. Y estos, provistos con esta ventajosa información, estarían en guardia y nada imprevisto les acaecería. Y esta práctica había existido entre los Medos también en tiempos lejanos. De hecho, Cosroes, según dicen, incrementó los salarios de sus espías y se benefició de esta precaución, porque nada que ocurriera entre los Romanos escapaba a su conocimiento. Pero Justiniano, por su parte, negándose a gastar nada en absoluto, dejó de utilizar espías y por consecuencia de ello se cometieron muchos errores. Lazica, verbigracia, fue capturada por el enemigo, porque los Romanos habían fallado completamente en descubrir dónde estaba el rey Persa y su ejército. Igualmente el Estado había siempre mantenido gran número de camellos, que transportaban todo el bagaje cuando el ejército Romano marchaba contra el enemigo. Así, los campesinos no tenían que procurar transporte al ejército y los soldados no padecían necesidades. Pero Justiniano se deshizo de casi todos estos animales. Por ello, cuando hoy el ejército Romano

marcha contra el enemigo, es imposible que disponga de todo lo que necesita. Tal era el celo que Justiniano desplegaba en interés del imperio.

De esta manera los asuntos más importantes del imperio marchaban tan mal. Y no hay inconveniente en mencionar también una de las tonterías de Justiniano. Había entre los oradores de Cesárea un cierto Evángelo, hombre de no poca distinción, quien, favorecido por la fortuna, había adquirido mucho dinero y muchas tierras. Y después compró incluso una aldea en la costa marítima a un hombre llamado Porfirión, pagándole tres centenarios de oro. Sabiendo esto, el emperador Justiniano inmediatamente se subrogó en su lugar en la compra, devolviéndole sólo una pequeña parte del precio que había pagado, haciendo el comentario de que nunca casaría bien la titularidad de tal propiedad con la dignidad de Evángelo, un mero orador. Pero nada más diré más sobre estos asuntos, una vez que en cierto modo he hecho mención de ellos.

Y entre las innovaciones de Justiniano y Teodora en la administración del gobierno hay algo digno de ser contado. Antaño, cuando el Senado se aproximaba al emperador, le prestaba homenaje de la siguiente manera. Cada patricio le besaba en el pecho derecho. Y el emperador le besaba en la cabeza y luego lo despedía. Todos los demás se arrodillaban con la rodilla izquierda ante el emperador y después se retiraban. La emperatriz, empero, nunca había sido saludada. Pero en el caso de Justiniano y Teodora, todos los miembros del Senado y aquellos que también ostentaban el rango de patricio, cuando entraran en su presencia, se postraban con sus caras al suelo, extendían sus manos y pies, y besaban primero un pie y luego el otro del Augusto antes de levantarse. Ni Teodora renunció a recibir este testimonio de respeto a su dignidad; igualmente se comportaba como si el imperio Romano estuviera a sus pies, pues incluso recibió a los embajadores de los Persas y de otros bárbaros y les entregó presentes, una cosa que no había ocurrido desde el principio de los tiempos. Y mientras otrora aquellos que trataban con el emperador simplemente solían llamarlo «emperador» y a su consorte «emperatriz» y tenían acostumbrado dirigirse a cada magistrado según su rango correspondiente, sin embargo si alguno se ponía a conversar con alguno de los dos y usaba las palabras «emperador» o «emperatriz» y no las de «señor» o «señora» o se olvidaba de referirse a sí mismo como «su esclavo», era considerado un ignorante o un insolente, y caía en desgracia como si hubiere ejecutado algún horrendo crimen o cometido algún pecado imperdonable.

Y mientras que pocas eran las personas que en antiguos tiempos entraban en Palacio, y estas aún con dificultad, sin embargo desde los tiempos en que asumió el imperio, magistrados y demás personas permanecían constantemente en Palacio. Y la razón era que en días pasados se permitía a los magistrados hacer lo que era justo y legal conforme a su propio juicio. Por ello los magistrados, ocupados en sus tareas administrativas, solían permanecer en sus propias oficinas, y los súbditos del emperador, puesto que nadie veía ni oía acto alguno de violencia, iban a importunarle poco, como era de esperar. Pero estos dos emperadores, siempre manejando en sus manos todos los negocios para ruina de sus súbditos, obligaban a todos a acudir atentos a ellos y a suplicar como siervos. Y era posible ver, prácticamente cada día, los tribunales casi vacíos, mientras que el Palacio del emperador estaba lleno de una multitud que empujaba y daba pisotones y que nada hacía todo el rato sino servilismo. Y aquellos que se suponía eran íntimos de la pareja imperial, estando constantemente allí todo el día y buena parte de la noche, sin dormir ni comer, terminaban por quedar mortalmente exhaustos. Y esto era lo único que lograban merced a su presunta buena fortuna. Y todos aquellos que se veían libres de esta clase de cosas, se preguntaban unos a otros qué sería de la prosperidad de los Romanos. Pues, mientras algunos decían que todos los bienes y dineros estaban en poder de los bárbaros, otros mantenían que el emperador los había ocultado en un gran número de habitaciones especiales. Así, cuando Justiniano, sea hombre o rey de los demonios, abandone las cosas de este mundo, todos aquellos que tengan la fortuna de haberle sobrevivido sabrán la verdad.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*

- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España (3 tomos)*